



Novia
Tropical
(NOVIAS DEL PARAISO 1)



VICKY LOEBEL

Novia Tropical
(Novias del Paraiso 1)
Vicky Loebel

Traducido por Natalia Steckel

“Novia Tropical (Novias del Paraiso 1)”

Escrito por Vicky Loebel

Copyright © 2016 Vicky Loebel

Todos los derechos reservados

Distribuido por Babelcube, Inc.

www.babelcube.com

Traducido por Natalia Steckel

Diseño de portada © 2016 Jaycee Delorenzo of Sweet’n Spicy Designs

“Babelcube Books” y “Babelcube” son marcas registradas de Babelcube Inc.

Tabla de Contenidos

<u>Página de Titulo</u>
<u>Página de Copyright</u>
<u>PRÓLOGO: Novia tropical</u>
<u>Capítulo uno</u>
<u>Capítulo dos</u>
<u>Capítulo tres</u>
<u>Capítulo cuatro</u>
<u>Capítulo cinco</u>
<u>Capítulo seis</u>
<u>Capítulo siete</u>
<u>Capítulo ocho</u>
<u>Capítulo nueve</u>
<u>Capítulo diez</u>
<u>Capítulo once</u>
<u>Capítulo doce</u>
<u>Capítulo trece</u>
<u>Capítulo catorce</u>
<u>Capítulo quince</u>
<u>Capítulo dieciséis</u>
<u>Capítulo diecisiete</u>
<u>Capítulo dieciocho</u>
<u>Capítulo diecinueve</u>
<u>Capítulo veinte</u>
<u>Epílogo: un año más tarde</u>

PRÓLOGO: Novia tropical

UNA isla, UN millonario, DOCE candidatas. Damas, este invierno renuncien al hielo y a la nieve, y viajen al paraíso tropical de St. John en las Islas Vírgenes de Estados Unidos para competir en *Novia tropical*, el nuevo *reality* más picante para la Web.

[\[CLIC PARA ENTRAR\]](#)

¿No puedes participar del concurso? Aún puedes divertirte. Después de cada desafío, el público votará para ayudar a elegir a las ganadoras. Cada semana, durante la primera mitad del show, cuatro perdedoras serán reemplazadas por cuatro nuevas novias potenciales. Por lo tanto, marca este sitio como favorito, visítalo a menudo, y no lo olvides: ¡tú podrías ser la novia del soltero millonario Ryan Andersen!

Capítulo uno

Anna Williams abrió un cuaderno de dibujo sobre el apoyabrazos del sillón para visitas y miró por la ventana mientras atardecía.

—Está nevando —le comentó a su amiga, que estaba en la cama de un hospital—. Otra vez.

Diane apenas echó un vistazo.

—Por supuesto que está nevando. —Oprimió un botón de forma rítmica en la pantalla de su móvil—. Es febrero. Es Milwaukee. Es ley.

—No creo que haya una ley sobre la nieve. —Anna dibujó la forma cuadrada de la ventana—. No conducir tu motocicleta por avenida Downer en una tormenta de nieve... Tal vez haya una ley sobre eso. —Su amiga había tenido la suerte de salir solo con una pierna rota—. Podrías haber terminado en la cárcel.

—Los policías fueron muy comprensivos. Les dije que me había quedado sin cerveza.

—Conducir bajo los efectos del alcohol. Buena idea. —Un farol de la calle parpadeó en un halo de vapor. Anna lo dibujó con trazos débiles de lápiz—. Si decías que habías robado un banco, tal vez ahí habrías tenido problemas.

—Ja, ja.

Una serie de cables brillaban sobre el estacionamiento semivacío del hospital. Anna dibujó una línea en la hoja.

»Como sea —continuó Diane—. No les dije a los policías que había bebido. Dije que tenía que celebrar haber ganado un lugar en *Novia tropical*.

—Ya veo. —Anna sombreó un poco de escarcha en la cara interna del cristal de la ventana—. Mentiste.

—No fue una mentira. Fue una verdad prematura. Aún queda media hora para entrar en el concurso. Eso me recuerda que también usaremos tu teléfono para participar. —Diane estiró la mano con la palma hacia arriba—. Dámelo.

Anna cerró el cuaderno y entregó el móvil. No le molestaba pasar la tarde con su amiga, aunque en realidad no podía darse el lujo de cancelar las clases

particulares de natación que daba. Diane había acompañado a Anna durante dieciocho meses de exámenes y cardiólogos, y durante el baipás de su padre, aun después de que ellos habían tenido que cerrar la pastelería de la familia, lo que había dejado a Diane sin empleo.

La cirugía había sido exitosa. Anna golpeó los nudillos sobre la madera de la silla. “Papá está bien. Si tan solo la nieve amainara... Si tan solo la primavera llegara para que él pudiera salir y jugar unas rondas de golf...”. Los médicos querían que su padre se levantara y caminase, pero el clima glacial lo mantenía en casa.

—¡Está al aire! ¡*Novia tropical*! —La tablet de Diane estaba abierta en el sitio web del concurso—. Están mostrando videos de la serie mientras eligen a las últimas cuatro mujeres. —Tomó ambos teléfonos y accedió al concurso con los pulgares.

Anna se acercó a la cama con la silla. Durante tres semanas, ella y Diane habían mirado la transmisión en vivo de *Novia tropical*, donde las mujeres hacían el ridículo en Internet: comían insectos, llevaban pilas de cocos sobre la cabeza, luchaban por convertirse en la novia de Ryan Andersen, el atractivo soltero millonario del programa. Esa noche, *Novia tropical* seleccionaría a las últimas mujeres para unirse al concurso en el Paradise Resort en las Islas Vírgenes de Estados Unidos. Habría tres semanas más de competencia y luego —suponiendo que Ryan y una de las mujeres se enamoraran—, una boda magnífica.

Tap. Tap. Diane oprimió “enter” una y otra vez en ambos teléfonos. Para cuando eso terminara, necesitaría cirugía en los pulgares, además de la de la pierna.

Un video mostró a un grupo de mujeres que buceaban en jaulas rodeadas de tiburones. Anna frunció el ceño, pero no pudo resistir la vista del agua cristalina y de los peces de colores. Las palmeras se mecían suavemente detrás de Bobbie, la sofisticada conductora, y casi podía sentir la suave brisa tropical.

El video terminó. Apareció un mensaje que anunciaba la primera de las últimas concursantes. Anna debía admitir que era buena publicidad sumar mujeres mientras el programa estaba en curso. Contuvo la respiración.

Nada ocurrió.

Anna suspiró con suavidad.

—Esos policías volverán para arrestarte —le comentó a Diane—. De todas maneras, no sé por qué te inscribes. No puedes competir con una pierna

rota.

—Es el destino. —Su amiga volvió a oprimir letras—. Tengo un presentimiento.

Los presentimientos de Diane habían perdido la lotería de Wisconsin ciento setenta y seis veces seguidas. Miraron un video de mujeres en bikini que se desplazaban, al estilo Tarzán, de árbol en árbol, y luego otro que involucraba un frisbee y mucha loción bronceadora. No eran todas hermosas. No se podía esperar eso en un programa que seleccionaba inscripciones al azar. Pero hasta las menos atractivas se veían notablemente distinguidas.

Los nombres de dos participantes más fueron enviados por mensaje de texto.

»Además —argumentó Diane—, podríamos ganar en tu móvil. Piensa en el sol, en la arena, en que puedes llevar a tu propio estilista. Imagina lo bien que le haría un campo de golf tropical a tu padre.

Anna imaginó a su padre fuerte y bronceado, tal como había estado dos años atrás, en lugar de la sombra irritable que había pasado el invierno caminando de un lado al otro detrás de la ventana de la sala de estar.

»Hace veintisiete grados en el Caribe —señaló Diane—. Todo el año.

Anna frunció el ceño ante la nieve que caía.

»Y, si Ryan Andersen no elige una novia, la ganadora del concurso se lleva veinticinco mil dólares. Apuesto a que por eso enfrentarías a unos cuantos tiburones desde una jaula.

—Enfrentaría a unos cuantos fuera de la jaula. —Veinticinco mil dólares pagarían muchas cuentas—. Aunque sería preferible hacerlo en la arena.

Un video mostraba a mujeres que armaban un vestido con algas y con cáscaras de banana. El concurso seleccionó a la última participante.

El teléfono sonó.

—¡Oh, cielos! —exclamó Diane.

—No es gracioso.

Al sonido original le siguió medio tono de llamado. Diane dio un salto de entusiasmo y luego se agarró el yeso con un gesto de dolor.

—¡Sí! ¡Au! ¡Sí!

En el sitio web de *Novia tropical*, un Ryan Andersen en diferido preguntó: “¿Está mi futura novia en Milwaukee?”

»¡Mañana! —Diane hablaba efusivamente por teléfono—. Cinco de la mañana. Aeropuerto internacional Mitchell. Sin duda. ¡Gracias!

La llamada finalizó. El móvil volvió a sonar con una seguidilla de mensajes de texto.

—¡No puedes ir! —objetó Anna—. ¡No puedes competir con una pierna rota!

Diane sonrió.

—Dame mi bolso.

Anna se inclinó y abrió un cajón.

—No te ayudaré a escaparte del hospital. —Le pasó el bolso a su amiga—. ¡Acabas de pasar por una cirugía!

Diane sacó cuatro billetes de veinte dólares.

—Es todo el efectivo que tengo. Pero el Paradise Resort tiene todo incluido, así que estarás bien.

—¿De qué hablas?

Diane colocó el dinero en manos de Anna.

—Si necesitas... ¿Qué estoy diciendo? Nada de “Si...”. —Sacó las llaves de su departamento—. Pasa por casa y recoge algo de ropa. Lleva las sandalias doradas. Te quedan de maravilla.

¿Estaba loca? Por un instante, Anna imaginó que llevaba a su padre de vacaciones, pero luego se cruzó de brazos y sacudió la cabeza.

—No puedo hacerme pasar por ti. ¡Es fraude!

—¿Quién dijo algo sobre eso? —Diane levantó el móvil. Por primera vez, Anna se dio cuenta de qué aparato había sido el utilizado—. Tú fuiste la elegida.

—No es posible. —Anna se sintió mareada.

—Sí, lo es —respondió Diane—. Y así fue. Y faltan apenas doce horas para el vuelo. ¡Así que lárgate de mi habitación de hospital, ve a casa y dile a tu padre que empaque!

Una catarata de sonidos salió del teléfono. Anna leyó mensajes que confirmaban los boletos y le explicaban cómo llegar a las Islas Vírgenes de Estados Unidos. Le permitían llevar un estilista personal, con todos los gastos pagos, y todas las maletas que quisiera.

—Cielo santo. —Anna no estaba segura de tener una maleta—. No puedo creerlo. —No tenía ningún interés en aparecer en un *reality show* en Internet, mucho menos en ganarse un esposo rico. Sin embargo... Anna levantó la vista. Por la ventana del hospital se veía una noche llena de nieve. “Papá necesita vacaciones”—. Parece que me voy al Caribe.

—No me digas, Sherlock. ¡Ahora, muévete!

Anna se acercó despacio a la puerta, con los ochenta dólares de Diane.

—Gracias por esto. —Entre las facturas médicas de su padre y los gastos mensuales, lo único que Anna podía obtener de un cajero automático era una carcajada—. Te lo devolveré.

—Sé que lo harás —remarcó Diane con una sonrisa—. Porque, cuando seas rica, ¡reabrirás la pastelería de tu padre y triplicarás mi sueldo!

Capítulo dos

El sol de la mañana se derramaba por una ladera con abundante vegetación y brillaba sobre las aguas turquesas de Paradise Bay. En la cima, una suave brisa distribuía hojas de buganvilla rosa y verde, que se escabullían por las paredes de piedra de un pabellón del siglo xviii, meticulosamente restaurado. El dueño del Complejo, Chris Andersen, detuvo la instalación de las luminarias para poder descansar los brazos en el último escalón de la escalera de mano. Las alturas no le fascinaban, y realizar trabajos eléctricos a seis metros de altura, al borde de una ladera, comenzaba a convertirse en su actividad menos favorita. Pero Chris no les pedía a los empleados hacer nada que él mismo no pudiera manejar, y la vista desde Pillsbury Sound hasta St. Thomas era espectacular.

Un par de embarcaciones con turistas llegaron a la bahía. Uno lleno de excursionistas de un día, quienes pasarían la tarde en las playas de arenas blancas del Paradise Resort y, con suerte, gastarían algunos dólares allí. El otro era un catamarán que llevaba buceadores con esnórquel al arrecife de coral que rodeaba la isla.

Chris frunció el ceño al observar que el conductor del catamarán — Tempest Fugitive (conocía bien la embarcación)— se había percatado de que los embarcaderos públicos estaban ocupados, y había elegido uno de los privados, que pertenecía al Complejo. No podía culparlos. El tremendo circo del *reality Novia tropical* hacía casi imposible que los locales de St. John pudieran seguir con sus tareas habituales.

“Ya pasaron tres semanas. —Chris estiró el brazo y continuó con el trabajo en las luminarias—. Faltan tres más”.

El concurso había sido una creación del primo de Chris, Ryan Andersen. Inteligente, rico, atractivo casi al punto de constituir un delito. Ryan había hecho carreras cortas de escalador de montañas, buscador de ópalo y criador de caballos de carreras antes de comenzar su propia empresa de producción de videos. El resultado fue *Novia tropical*, un *reality show* de Internet donde

las mujeres competían para casarse con un millonario, es decir, con el propio Ryan.

Chris ajustó un tornillo. Aún no estaba seguro de por qué su Complejo era la sede del concurso de su primo. *Novia tropical* le había dado al complejo vacacional una publicidad muy necesitada y dinero para renovaciones. Pero también habían llevado a muchos miembros del elenco y del equipo, que no pagaban. Y la producción parecía generar una emergencia detrás de la otra, como esa repentina necesidad de renovar la instalación eléctrica en el restaurante.

Chris terminó de instalar la luz y se frotó los dedos para recuperar la circulación. En el otro extremo, subida a su propia escalera, la presentadora y coproductora del show, Bobbie Burke, se detuvo para aplaudir.

—¡Estás mejorando! —Ella había cableado cuatro luces por cada una que él había colocado—. Otras sesenta o setenta horas y podremos contratarte como aprendiz de técnico.

—No sabría qué hacer con el dinero extra.

La mujer rio. Al igual que muchas personas en el mundo del espectáculo, al principio Bobbie había planeado ser actriz. Sus bucles cortos de color castaño y su cintura de avispa le recordaban a Chris a una estrella de televisión de los cincuenta, una apariencia que ella resaltaba con pantalones capri blancos y una blusa a cuadros anudada debajo del pecho. También, al igual que muchas personas en el mundo del espectáculo, era encantadora e implacable al momento de conseguir lo que quería.

—Déjame adivinar —bromeó—: en estos momentos desearías haber estrangulado a mi socio en la cuna.

—Bastante cerca —admitió Chris—. Pero Ryan es seis meses mayor que yo, así que hubiera sido difícil.

—¿Ahogarlo? ¿Usarlo de alimento para las iguanas?

—Las iguanas son vegetarianas. —Chris bajó de la escalera, la reubicó, y volvió a subir—. Dragones de Komodo, quizás.

Un helicóptero con turistas pasó cerca del Complejo. Chris se aferró a la escalera mientras vibraba y luego se obligó a abrir las manos.

»De todos modos, no hay problema con Ryan. —Creyó que tal vez había algo entre Ryan y Bobbie. Algo más que su relación profesional—. Ry está un poco demasiado acostumbrado a salirse con la suya. Pero es un buen tipo.

—Si tú lo dices... —Bobbie se inclinó para instalar otra luminaria—. El hombre me hace enfurecer.

—Tuve décadas para acostumbrarme. —Chris había crecido en el Paradise Resort, sin dinero y sin padre después de que este había trabajado hasta morir. Fue Ryan quien había exigido que los Andersen cuidaran de Chris y quien lo había arrastrado a escuelas privadas y vacaciones familiares. Y fue Ryan quien (cuando Chris recibió una fortuna inesperada) lo había convencido de comprar el Paradise y de guardar el resto del dinero en lugar de arrojar la herencia manchada al océano.

Eso había sido veinticinco meses atrás. Veinticinco meses de trabajo agotador. Y, sin embargo, el Paradise seguía sin salir a flote. La madre de Chris, Doris, quien había sido conserje del complejo desde que él tenía memoria, aún atendía a los huéspedes dieciséis horas por día. Y Chris aún se sentía culpable por haber heredado una fortuna.

Una rama completa de su familia había tenido que morir para que él la recibiera.

“Veinticinco meses, seis días y veintitrés horas desde el accidente”. Chrisladeó la cabeza y dejó que los vientos alisios refrescaran su rostro. Desde la escalera podía ver el punto exacto donde el helicóptero privado de su tío había caído durante una tremenda discusión por dinero. Él tenía millones. Cada uno de los tíos paternos de Chris era multimillonario. Pero nunca era suficiente.

Unas ruedas de metal rechinaron contra la piedra. Chris bajó la mirada y vio a su primo que chocaba un carro de catering contra el pabellón. Detrás de Ryan, dos técnicos empujaban una plataforma llena de equipos.

—¿Quién quiere desayunar? —Un aroma tentador provenía del carro de Ryan—. Terminamos de renovar el cableado en la zona de la piscina, y pensé que Fred y Arthur podían continuar con las luces aquí.

—Justo a tiempo. —Chris ajustó el último tornillo y bajó de la escalera escalón por escalón—. Tu coproductora había amenazado con ponerme en la lista de empleados.

—No en la de empleados a sueldo exactamente. —Bobbie guardó una llave en el cinturón de herramientas—. Pensaba más en una pasantía sin paga. —Colocó las manos y los pies a los costados de la escalera y se deslizó con gracia hasta el piso—. Los horarios son malos, pero las condiciones laborales son verdaderamente terribles para así compensar.

Chris les cedió la escalera a los profesionales y se dirigió al carro del desayuno.

—Nunca convencerás a mi primo para trabajar gratis. —Ryan corrió una silla de hierro fundido para que Bobbie se sentara—. Solo le interesan los empleos que le cuestan dinero.

—Eso explica —interrumpió Chris— por qué esta es la sede de *Novia tropical*.

—El programa es una inversión —señaló Ryan bruscamente—. Pagamos las renovaciones. Cableado. Plomería. Todo a cambio de unas cuantas comidas.

—Más una cantidad de habitaciones en temporada alta.

—Más la clase de publicidad que el dinero no puede comprar. —Ryan destapó un omelette y se lo pasó a Chris—. Dentro de un año, el Paradise estará lleno de celebridades.

—No quiero celebridades. —El pequeño complejo vacacional siempre había sido un destino para las familias—. Me contento con que me alcance para pagar los sueldos. —Chris había comprado el lugar con el dinero heredado, pero estaba determinado a que fuera un éxito por su cuenta—. Mis empleados trabajan duro. Merecen que les pague.

—Solía pensar que me gustaría trabajar. —Bobbie cruzó las piernas y colocó los pies sobre una silla. Un movimiento que (Chris no pudo evitar notarlo) captó la atención de Ryan—. Soñaba con una carrera en el cine de la misma manera en que otras chicas soñaban con ser madres. —Inhaló el humo del café—. Resultó que es casi lo mismo: demasiados dependientes contenciosos, un sinfín de tareas y nunca suficientes horas en el día. —Vagó con la mirada por el agua—. Aunque sospecho que la mayoría de las madres no tienen esta vista.

Chris dio un mordisco a una torta de maíz crujiente y observó cómo su primo miraba a Bobbie. El hombre no parecía listo para proponerle matrimonio a otra persona.

—¿De verdad continuarás con todo esto? Quiero decir, con la boda del *reality show*.

—¿Por qué no? Claro. —Ryan apartó el plato y abrió una cigarrera adornada con ópalo—. Necesitamos la audiencia. Todas las chicas son fantásticas.

—Son barracudas. —Chris había visto muchas cazadoras de fortunas a través de los años—. Solo buscan tu dinero.

—No solo eso. También buscan mi cuerpo. —Ryan rio con suficiencia y encendió el cigarrillo—. Además, los matrimonios de los Andersen siempre

son por dinero. Lo sabes.

—Es cierto. —El padre de Chris había sido desheredado por haberse casado con su madre. Desde aquella época, los Andersen se habían moderado, pero las peleas por dinero (quién tenía, quién se lo merecía, cuál de los numerosos parientes de Chris tenía la pareja más codiciosa) aún dominaban las reuniones familiares—. Eso no significa que debas casarte con una piraña.

—Son competidoras fuertes. —Ryan se encogió de hombros—. Creo que es tierno.

—Se comportan con ternura frente a solteros millonarios. —Por eso Chris mantenía su fortuna en secreto—. Los don nadie, gerentes de complejo vacacional como yo, recibimos un trato diferente.

—¿Qué sucede? ¿Alguna de mis chicas rechazó tus avances? —Ryan exhaló humo y le sonrió a Bobbie—. Recuérdame que algún día te cuente lo difícil que es tener sexo cuando se es un gerente de complejo vacacional tropical rubio y de ojos azules. Tantas mujeres...

—... tan poco tiempo —terminó Bobbie.

Chris hizo una mueca.

—Tantos aires acondicionados que reparar... —Apiló los platos para el personal de limpieza—. Eso me recuerda que tengo planeado el mantenimiento de los aires en el edificio cinco para hoy. —En cuanto terminara de revisar los informes de las reservaciones—. Por favor, avísales a tus tiernas participantes para que no nos vuelvan locos con las quejas.

—Haz el mantenimiento mañana —le pidió Ryan—. Hoy necesito que me lleves a St. Thomas.

—Hay un servicio público de traslado cada hora.

—Ah, pero tú debes ir a St. Thomas. Tenemos que firmar unos papeles. Los que establecen que tomarás mi lugar en el programa en caso de muerte o de desmembramiento accidental.

—¿Que haré qué?

—Puros formalismos legales —respondió Ryan con tranquilidad—. Necesito un soltero suplente para proteger a la productora de demandas judiciales. Deberíamos haberlo hecho hace semanas. Seguro que hemos hablado sobre el tema.

Chris estaba seguro de que no lo habían hecho.

—¿Qué me importa si te demandan? —Pero la respuesta era obvia: *Novia tropical* cubría los gastos para mejorar el Complejo. Si la productora

quebraba, todas esas facturas recaerían sobre el Paradise, y no había suficiente dinero en el presupuesto operativo de Chris para cubrir las.

Ryan apagó el cigarrillo. Chris no necesitaba explicar su determinación de lograr que el Complejo fuera un éxito sin tocar el dinero de la familia. Ryan sentía lo mismo respecto de su productora.

»De acuerdo —gruñó Chris—. Está bien. Te llevaré.

—Sabía que lo harías. —Ryan se puso de pie y dejó la servilleta sobre la mesa—. Necesitamos tu bote. Tenemos que traernos un rollo de cable al regreso. —Le ofreció la mano a Bobbie—. ¿Vienes con nosotros? Reservé para almorzar en el Ritz.

—¿El Ritz? ¿En St. Thomas? —Su socia frunció el ceño—. ¿Con nuestro presupuesto?

—Obsequio personal —le aseguró Ryan—. Champaña, langosta. El chef prometió algo espectacular que incluía fuego y chocolate para el postre. A la productora no le costará un centavo.

—Ya veo. —La mujer se puso de pie con gracia y aceptó tomarlo del brazo—. En ese caso, ni un grupo de delfines salvajes podrían impedírmelo.

Capítulo tres

Anna se bajó de un autobús abierto (como los utilizados para ir de safari) y entornó los ojos frente al sol enceguecedor de St. Thomas. Desparramados a lo largo de la costa destellante había todo tipo de embarcaciones que ella pudiera imaginarse, desde veleros hasta yates de lujo, incluso enormes cruceros, desde donde salían turistas como hormigas con riñoneras, que se dirigían a los comercios y a las carpas apiñadas alrededor del muelle.

Tomó una foto para enviársela a Diane y volteó hacia el autobús.

—Ten cuidado con las maletas, papá.

—Estoy viejo y débil. —Su padre bajó con cautela los escalones del vehículo—. No ciego.

Había sido un día agitado. Al llegar a las Islas Vírgenes, las nuevas participantes se habían encontrado con todo el elenco femenino de *Novia tropical* y, para consternación de Anna, con un equipo de filmación, quien había llevado rápidamente a doce mujeres, diecisiete maletas, once estilistas y un padre hasta el autobús abierto para un tour publicitario por la isla. Las calles eran estrechas. Los automóviles se desplazaban como locos por el lado incorrecto de la calle. Y el chofer del autobús —un joven convencido de que nunca moriría— había comentado con alegría cada desprendimiento y cada accidente de tránsito que había cobrado la vida de algún turista inocente en los últimos veinte años.

A Anna no le había importado. Ni siquiera le había molestado ser empujada y pisoteada por las participantes más veteranas del concurso. Había quedado cautivada por las laderas tropicales, por el derroche de flores que emergían de la selva, por el contraste imponente del océano azul de cobalto y la arena blanca. Ni siquiera el desorden de complejos vacacionales, estacionamientos y vehículos oxidados atados con alambre podían arruinar la belleza impactante de St. Thomas. A Anna le había preocupado que el viaje movido hubiese agotado a su padre, pero él había estado tan entusiasmado por la brisa cálida y por la luz del sol como ella por los colores, en especial

después de haber divisado el enorme campo de golf de la isla. De todos modos, se sentía bien poder bajar del autobús hacia la costanera.

—¡Bien, señoritas! —exclamó la guía con un acento caribeño cantarín—. Dentro de cuatro horas nos encontramos para abordar el ferry a St. John. — Entregó un sobre con cupones y vales de descuento a cada participante—. Hasta entonces, pueden visitar las tiendas y los restaurantes en Charlotte Amalie.

—¿Tiendas? —Anna se aferró a su bolso de mano demasiado grande. Aparte de los ochenta dólares de Diane, estaba arruinada—. ¿Cuatro horas de compras?

—Horrible, ¿verdad? —comentó Tiffany, la mejor competidora del show por tres semanas consecutivas—. Es nuestra única oportunidad para mejorar nuestro vestuario de toda la semana. —La miró por encima de los anteojos de sol—. No sé cómo te las arreglarás.

—Arreglármelas. Correcto. —Anna observó los techos rojos ascendentes. Charlotte Amalie era famosa por sus edificios históricos, pero también por ser muy empinada. De ninguna manera arrastraría a su padre por ese laberinto de colinas. Se alejó de Tiffany y echó un vistazo a los cupones, en busca de algo que hacer cerca de la costa. Había un cupón para un cóctel gratis en un gancho para turistas cerca de allí. Tenía un valor de quince dólares. Anna se estremeció. Y un vale para una ronda de práctica de golf —por un valor de noventa dólares— en un lugar llamado “Guilder Golf” en el puerto deportivo.

—Disculpe. —Anna se acercó a la guía—. ¿Podemos aguardar en el autobús? —Se preguntó si debería hacer mención a la enfermedad de su padre. Pero él odiaría hacer un drama al respecto—. ¿O ir directo al Complejo?

—Hay un servicio público de ferry —indicó la mujer—. Pero, para cuando hayan llegado a la terminal, tomado la embarcación a St. John y subido a un taxi, no habrán hecho mucho mejor tiempo que nosotros. Ni ahorrado mucho dinero.

—Está bien. Gracias.

—No hay por qué. —La guía se reunió con el equipo de filmación, y el autobús partió.

Anna miró de reojo a la multitud de turistas en el muelle.

—Supongo que es momento de aventuras con cupones. —Le entregó el sobre al padre—. ¿Qué hay de bueno?

Él repasó los vales, dudó ante el de Guilder Golf, y continuó.

—¿Quieres compartir un helado?

—¡Oigan! ¿Van para el centro? —Lani, otra participante nueva, se acercó de prisa, arrastrando a su hermana, a quien había llevado como estilista—. ¿Quieren que vayamos juntos? Tengo que comprar un traje de baño para la carrera de mañana. —Mostró una sonrisa pícaro—. Y debo asegurarme de que mi familia no me desherede luego de haber visto el programa.

—Que sea de una sola pieza —sugirió el padre de Anna— y con falda.

—Con bata y sombrero al tono. ¡Lo sé! —Lani rio—. ¿Ven? ¡Esa es la clase de consejo que necesito!

—No tengo dinero para ir de compras —admitió Anna—. Y, aunque nunca creí decir esto en febrero, hace demasiado calor para subir y bajar por las colinas. Pensé que podíamos encontrar un lugar barato donde sentarnos por aquí y mirar los barcos.

—¿Barato? ¡Buena suerte! Oí que hasta una botella de agua cuesta seis dólares en esta ciudad. —Lani se rascó la frente—. ¡Ya sé! —Rebuscó entre sus cupones—. ¿Qué tal si te doy mi helado gratis en el muelle por tu cóctel en Amalie's Bar and Grill en la calle Main?

—Claro. —Anna buscó el papel—. Gracias.

—¡Oigan, todas! —Lani sacudió los cupones—. ¡Hagamos un fondo común! Bebidas gratis, depilación gratis, lápiz de labio gratis, una entrada gratis a Coral World. ¿Quién quiere qué? —Organizó a las chicas y comenzó a intercambiar papeles con otras manos bien cuidadas. En pocos minutos, Anna había intercambiado decenas de cupones de bebidas y aperitivos que no quería por refrigerios en tiendas cerca de la costa. Gracias a Lani, también había conseguido siete vales para el Guilder Golf.

—Mi madre tiene once de hándicap. —Lani guiñó un ojo—. Estoy casi segura de haber notado un brillo de golfista en los ojos de tu padre.

—¡Claro que sí! ¡Gracias! —Anna la abrazó—. ¿Por qué no nos envías fotos de los trajes de baño que te pruebes? Papá puede darte su opinión de experto. —Intercambiaron números de teléfono, y luego Lani y su hermana se marcharon a toda prisa con las demás concursantes.

Anna guardó los cupones en la billetera y entrelazó el brazo con el de su padre. Había adelgazado tanto durante el invierno... Esas vacaciones tendrían que hacerle bien.

—¿Qué hacemos? —Se obligó a mostrar una sonrisa optimista—. ¿Helado o Guilder Golf?

—Estoy seguro de que podemos tomar un helado de camino al golf.

—¡Buena idea!

Anna y su padre cruzaron con cuidado la ajetreada Veterans Drive para comprar el helado, consiguieron pretzels gratis en una de las tiendas, y luego caminaron con satisfacción por la costanera y tomaron fotos de los edificios y barcos pintorescos. El solo hecho de caminar bajo el sol era encantador. Aún mejor era observar a su padre devorar el helado, su pretzel y la mitad del de ella. Anna no podía recordar la última vez que él había comido más de un bocado o dos de algo.

Su teléfono sonó y le llegó una foto de Lani en un deslumbrante bikini blanco junto a una palabra: “¿Desheredada?”.

El padre de Anna tomó el teléfono y escribió laboriosamente: “¡Estás fuera del testamento!”.

—¿De verdad crees que Lani debería comprar un traje de baño con falda?

—Creo que, si empezamos por ahí, puede llegar a conseguir algo razonable.

—Tal vez. —Anna se mordió el labio al recordar su propio traje de una pieza decolorado por el cloro. Al día siguiente tendría que usarlo frente a las cámaras—. Es agradable. Lani. Espero que gane.

—¿Qué? ¿No vas detrás de ese conquistador millonario tú también? —El padre de Anna señaló los yates deslumbrantes amarrados en el muelle—. Podrías comprarle uno de esos a tu padre.

—Todo lo que quiero es un buen bronceado. —Aunque los yates eran impactantes, con las hileras de cubiertas y las antenas desplegadas. Anna adoraba el agua. Había estado en diferentes embarcaciones en el lago Michigan durante toda su vida. Pero nunca había visto nada como aquellas mansiones flotantes. Caminaron admirando la vista hasta que llegaron a la entrada del Guilden Golf. Entre dos megayates, en un embarcadero cinco veces más grande de lo necesario, un barco con timonel estaba cargando un rollo de cable.

—Tal vez te compremos ese, papá. —Anna sonrió. La embarcación era muy respetable, pero había algo divertido en la manera en que los megayates se le arrimaban, como si estuviesen a punto de sacar un par de brazos para arrojar al intruso al mar. Anna rio con suficiencia ante la imagen de la caricatura que dibujaría y luego chilló de la vergüenza cuando el capitán miró a su alrededor y la descubrió riéndose. El hombre era atractivo. Menos de treinta, ojos azules, pelo rubio, con un bronceado que se conseguía al trabajar al aire libre. Él se cruzó de brazos y miró con furia hacia Anna, quien buscó desesperadamente un lugar para ocultarse.

»¡Vamos, papá! —Arrastró al padre hacia la entrada abierta—. Los cupones de golf nos llaman.

El Guilder Golf resultó ser una mezcla entre una trampa para turistas y un club de campo compacto para los que iban en sus yates. Tenía una sala de videojuegos, un campo de práctica y seis campos de práctica de golf impecables, distribuidos alrededor de un bar al aire libre con vista al puerto deportivo. Anna preparó todo para que el padre pudiera comenzar una partida, compró una gaseosa dietética por ocho dólares y encontró un lugar para sentarse de cara al agua. Notó que el pequeño barco de carga había terminado de cargar el cable. El capitán caminaba de un lado al otro mientras hablaba por teléfono. Se lo veía tenso, y Anna se preguntó qué le estaba molestando. “¿Novia? ¿Familiares? ¿Turistas que se reían de su barco?”. Sacó el cuaderno de dibujo del bolso grande. Unos cuantos trazos de lápiz dibujaron al atractivo capitán delante de su barco con timonel.

De pronto, Anna leyó el nombre de la embarcación: Paradise One. Se preguntó si el hombre los llevaría hasta el Paradise Resort, en cuyo caso podría ser incómodo que la descubrieran haciendo el dibujo. Sin pensarlo, tomó el teléfono y le sacó tres fotos rápidas mientras el capitán estaba de espaldas.

“Listo”. Nadie lo sabría. Colocó el teléfono sobre la mesa, tocó la pantalla para agrandar la imagen de los pectorales impresionantes del hombre y, después de un vistazo para confirmar que su padre estaba bien, comenzó a dibujar.

Capítulo cuatro

El problema con la familia era que, tarde o temprano, se terminaba debiéndole algo, y podían ser totalmente despiadados al momento de reclamar la deuda. Chris caminaba de un lado al otro de la cubierta del Paradise One y fruncía el ceño al mirar el teléfono. ¿Dónde demonios estaba su primo? Habían firmado los papeles del concurso en el estudio jurídico de su tío Henrik. Luego, Chris había regresado para cargar la mercadería mientras Ryan y Bobbie almorzaban en el Ritz. Pero eso había sido hacía horas, y Chris se sentía molesto, sentía la presión que conllevaba mezclar negocios y familia.

Claro que sí le debía todo a su familia. A su madre, Doris, quien había trabajado sin descanso para mantener a Chris después de la muerte de su padre. A su primo Ryan, quien lo había arrastrado, entre patadas y gritos, de vuelta al seno de la familia Andersen. A su tío Jacob, quien había estrellado el helicóptero y convertido a Chris en multimillonario. Chris cerró los puños al recordar. Él debería haber estado en ese helicóptero. A último momento, harto de las discusiones interminables sobre dinero, había bajado echando humo y había dejado a tres primos más chicos.

Aún conservaba los mensajes de texto de Sophie, de nueve años: “¿Por qué nos dejaste? Tengo miedo”.

Chris dejó el teléfono a un lado. El accidente no había sido su culpa. El hecho de que sus tíos se hubieran comportado mejor si él se hubiese quedado no lo convertía en asesino. Por mucho que se culpara, nada los traería de regreso.

“Al diablo. —Tomó su laptop—. Podría comer un sándwich”. Chris cubrió la corta distancia entre el bote y el muelle, y se dirigió a la entrada del Guilder Golf. No era la mejor comida de Charlotte Amalie ni la más barata, pero conocía al personal, y le permitirían sentarse a trabajar mientras Ryan aparecía.

Chris colocó la laptop en su lugar de siempre e hizo señas al gerente. Demasiado tarde, reconoció a la linda turista que se había reído de su barco. Tenía un rostro bonito, sin mucho maquillaje, con ojos grandes y pelo castaño

peinado hacia atrás en una cola de caballo. Por fortuna, estaba ocupada dibujando en un cuaderno y no lo vio.

Chris encendió la computadora y abrió las hojas de cálculo que guiaban su existencia.

—¿Qué tal, amigo? ¿Cómo va? —Roy, el gerente del bar, dejó un sándwich tostado sobre la mesa—. Si tuviera un hotel lleno de mujeres hermosas, no me vería tan abatido.

—Las hermanas de tu esposa son todas hermosas —comentó Chris—. Pero no creo que te rías cuando vacían el tanque de agua o hacen saltar los fusibles.

—Buen punto. —Roy mostró una dentadura blanca—. Pero yo soy un hombre casado. —Recientemente casado. Con el primer bebé en camino.

Chris mordió el sándwich.

—¿Cómo está Jeanine?

—Aburrida como una ostra. Jeanine y yo pensamos en tomarnos el día de mañana libre para ir a ver el concurso de trajes de baño que tendrás en el Paradise.

—¿Tu esposa embarazada quiere ir a ver chicas en bikini?

—Dice que le alegra tener una excusa para estar gorda.

—Está bien. Claro. ¿Por qué no se quedan a la barbacoa? —Chris garabateó en un pequeño anotador impermeable. Roy era un niño de complejo vacacional, igual que Chris. Prácticamente habían crecido juntos, y la banda quelbe de Roy (Los Roy-Als) era popular en el Paradise. Roy era la única persona, aparte de su propia madre, a quien Chris le había ofrecido ayudarlo con el dinero de su herencia, aunque ninguno de los dos había aceptado un solo centavo—. Le pediré a Doris que deje dos entradas en el mostrador.

—Ocho —corrigió Roy—. Llevaremos a todas esas hermanas lindas.

Chris modificó la nota.

—Hecho.

—Gracias. —Roy le dio una palmada en el hombro a Chris y se dirigió al bar. Se detuvo junto a la turista del peinado con cola de caballo, miró el dibujo y se giró hacia Chris con expresión sorprendida.

»¿Qué es esto? —articuló en silencio mientras señalaba a la mujer con el pulgar.

Tal vez un dibujo insolente del Paradise One. Chris hizo una mueca, molesto por que él y su barco habían dejado tan mala impresión en una hermosa... emm... tonta mujer que pensaba que él debería tener un yate.

Técnicamente, Chris sí tenía un yate, aunque no había estado en él en años. Por eso había conservado la grada en Yacht Haven Grande. Después de la muerte de su tío, Chris le había pedido a la capitana que lo ofreciera en alquiler, en parte porque él y la capitana Greta eran viejos amigos y en parte porque enfurecía a los demás tíos el hecho de no poder utilizarlo. El negocio casi estaba en quiebra, excepto durante los meses cuando Ryan reservaba un crucero.

“Y hablando de Ryan...”. Chris volvió a concentrarse en la hoja de cálculo. El *reality* de su primo estaba afectando seriamente las ganancias del Complejo. Debería haber hecho que *Novia tropical* esperara hasta la temporada baja, aunque las mejoras en la plomería habían llegado en el momento justo.

El celular de Chris vibró. Lo levantó esperando que fuera Ryan, y encontró un mensaje de Roy en su lugar: “Mira esto”. Una foto torcida mostraba a la turista dibujando... Chris pestañeó... dibujándolo *a él*. Dibujando su espalda, al menos, su rostro de perfil, detrás de la timonera de su barco. Chris levantó la vista y observó a la mujer. Era joven, de alrededor de veinte años, con un cuerpo atlético y tez blanca invernal. Por lo que podía ver, ni siquiera estaba mirando en su dirección. “Entonces, ¿cómo?”.

Ignorando la sonrisa de suficiencia de Roy, Chris cerró la laptop y caminó hacia ella.

Estaba bastante parecido, según había decidido. Un poco idealizado, pero la timonera le había quedado bien. Mientras Chris observaba, la mujer se mojó el dedo anular sin anillo y manchó un poco los pómulos para darles profundidad. Ella tenía la fotografía de él en el celular y trabajaba a partir de esta. Chris se inclinó.

—¿No debería firmar una cesión de derechos de imagen?

La mujer dio un alarido y volcó la gaseosa. Tomó el cuaderno, se corrió rápidamente hacia el costado y tropezó con la pata de la silla. Cuaderno, artista, gaseosa y silla terminaron en una pila empapada en el suelo.

»¿Te encuentras bien? —Chris corrió la silla a un costado—. ¿Puedes levantarte? —La tomó por debajo de las axilas y la levantó. Pero no, eso estaba mal. Si se había lastimado, tenía que quedarse recostada. Chris miró rápido a su alrededor en busca de un lugar donde apoyar una mujer liviana. “Una mujer muy liviana. —Pestañeó—. Con ojos muy marrones”.

—Estoy bien. —Se agarró de sus bíceps—. Me encuentro bien.

Chris la sostuvo fascinado. “Ojos marrones con motitas verdes”. Captó un aroma a cloro mezclado con champú de hierbas. Notó que la parte inferior de sus palmas estaban muy cerca de los pechos de ella.

»De verdad. —Ella intentó liberarse y lo empujó—. ¡Puedo estar de pie! Chris sintió un hormigueo en toda su piel. No parecía poder soltarla.

Un hombre mayor comenzó a caminar indignado hacia ellos.

La mujer dejó de retorcerse y miró directamente a Chris.

»Yo... emm... —Le rozó el brazo con las yemas de los dedos—. Guau. — Se sonrojó—. Quiero decir...

El hombre golpeó a Chris en el hombro.

—¿Qué demonios?

Chris soltó a la chica y se dio vuelta. Un hombre mayor agitado y con la cara roja estaba de pie sacudiendo un palo de golf.

»¿Qué demonios es esto? —El anciano levantó el palo.

Chris se interpuso entre él y la mujer.

—¡Papá! —Ella le pasó por al lado e intentó tomar la muñeca del padre—. ¡Papá, detente!

“¿Papá?”. Chris tragó saliva.

—Ah...

—Está bien, papá. Me tropecé. —La mujer se sonrojó aún más—. Este hombre solo estaba siendo amable.

—Eso no es... —El padre luchaba por recobrar el aliento—. ¡Eso no es lo que parecía!

“Tampoco es así como se sentía”. Chris sintió que él también se sonrojaba. Se dio vuelta de prisa para levantar la silla.

—¿Quiere sentarse?

—Lo que quisiera... —El deseo del hombre de aplastarle el cerebro a Chris quedó sin expresarse. Su rostro palideció.

—¡Papá! —La joven corrió hacia adelante.

Chris lo tomó del brazo y lo ayudó a sentarse.

»Necesitamos una ambulancia. —La mujer tomó el teléfono—. ¡Urgente!

—¡Tonterías! —espetó el padre—. Guarda eso.

—Hace poco lo operaron del corazón. ¡Podría morir!

Un impulso desconocido asaltó a Chris. Un deseo de matar dragones, cazar búfalos y llamar ambulancias por esa chica. Cualquier cosa por quitarle el miedo de los ojos. Buscó su propio teléfono.

“Excepto que...”.

Excepto que Chris había visto muchas emergencias en el Complejo. No era médico, pero había sido voluntario en el pequeño equipo de respuesta ante crisis de St. John. Sabía que reaccionar exageradamente podía ser tan duro para los pacientes como no actuar con rapidez. Además, tenía la loca idea de que necesitaría la aprobación de aquel hombre.

—Esperemos tres minutos. —Chris sacó una silla para la hija—. Si aún sigues preocupada, entonces llamaré una ambulancia.

La mujer se sentó a regañadientes.

—Está bien. —Se inclinó para tomar el cuaderno, le sacudió unas gotas de gaseosa de las hojas y lo colocó cerrado sobre la mesa junto a ella.

A Chris lo invadió la repentina necesidad de hojearlo. ¿Habría dibujado a otros hombres? ¿Serían dibujos tan halagadores como el suyo? “Si arranco los dibujos de los demás tipos y los destrozo, ¿se dará cuenta?”. Se sentó junto al padre.

—Lamento haber causado tantos problemas. —Le ofreció la mano—. Soy Chris.

—George Williams. —El hombre ya se veía mejor—. Ella es mi hija, Anna.

“Anna”.

—Es un bonito nombre —comentó sin dejar de mirar a George.

—Me alegra que apruebes mi nombre —señaló el señor Williams fríamente—. Me lo puso mi padre.

—Ah. Correcto. —Chris se quiso morir—. A mí también. Chris, me refiero. Obviamente.

Roy eligió ese momento para llevarle otra gaseosa a la joven. Colocó un vaso de agua frente al señor Williams y levantó una ceja burlona hacia Chris.

—Gracias. —Chris miró con furia a su amigo—. Agrégalo a mi cuenta.

—Lo haré. —Roy dejó la bebida de Chris frente a él—. Sutil lo tuyo —murmuró—. Muy sutil.

—Gracias, Roy. Te veré más tarde.

Anna observó a su padre por un momento y luego, un poco más relajada, se volteó hacia Chris.

—Te vimos en tu barco. —Deslizó el cuaderno hacia su falda con timidez—. Es el Paradise One, ¿verdad?

Chris asintió.

»¿Eres del Paradise Resort en St. John?

—Trabajo allí. —Aparte de su familia, solo Roy sabía que Chris era dueño del Complejo—. Mi madre, Doris, es conserje, así que he estado haciendo trabajos de todo tipo por allí durante toda mi vida.

—Suenan maravilloso. —Anna bebió un poco de gaseosa—. ¿O la vida en una isla tropical se hace tediosa después de un tiempo?

—Los aires acondicionados pueden ponerse tediosos.

—¿Y los turistas?

—Me agradan los turistas. —Chris sonrió—. ¿Qué hay sobre ustedes? ¿De dónde son?

El señor Williams levantó el vaso, que (según notó Chris) no contenía agua, sino ron. Estaba a punto de hacerle señas a Roy para que lo cambiara cuando el padre de Anna bebió un poco. Las cejas del hombre se levantaron. Le lanzó una mirada de “No molestemos a las mujeres, amigo” y bebió un trago largo entusiasmado.

Anna jugueteaba con la gaseosa.

—Llegamos de Milwaukee esta mañana —respondió a la pregunta de Chris—. Estábamos aguardando para tomar el ferry al Paradise Resort.

—¿Se van a registrar? Son buenas noticias.

Anna esbozó una sonrisa, y la imaginación de Chris se liberó con todas las cosas que le gustaría enseñarle. Los arrecifes de coral, sus caminatas favoritas por la selva, las mejores playas para contar estrellas... Chris no solía salir con turistas. De hecho, se había esforzado mucho en evitar enredos románticos con huéspedes. Pero haría todo lo posible por tener una cita con Anna. Por un momento se preguntó por qué el cambio repentino de actitud. Tal vez era por lo diferente que parecía ella a todas las mujeres de *Novia tropical*. Se había hartado tanto de esas codiciosas, artificiales...

»Aguarda. —Chris se puso tenso. ¿No llegaría hoy la última camada de participantes?—. Tú no eres parte de esa horrible serie web, ¿verdad?

—¿*Novia tropical*?—Anna tosió—. Yo... emm... Es... —Se aclaró la garganta—. Es terrible, ¿verdad? Mi amiga, Diane, me hizo verla. No puedo creer las cosas que esas mujeres harían solo para intentar casarse con ese casanova rico y atractivo, que no las quiere ni un poquito.

—¿Crees que el tipo es atractivo?

—¿Yo? —Anna abrió más los ojos—. Oh. ¡Para nada! No personalmente. —Su boca se movió nerviosamente y agregó con un toque de coquetería—: Siempre preferí más la clase atlética y amante del aire libre.

Chris se sentó derecho y metió el estómago hacia adentro.

»Como sea, nos dirigimos al Paradise Resort para que mi padre tenga unas vacaciones. Ha estado encerrado durante el invierno, desde la cirugía. El médico dice que todo lo que necesita para ponerse bien es ejercicio leve y un descanso del frío.

—El hombre es un genio. —El señor Williams golpeteó el vaso medio vacío de ron—. Ya me siento mejor.

—¿Qué hay sobre ti? —preguntó Anna—. ¿Es difícil trabajar en mantenimiento con todo eso del concurso?

—¿Mantenimiento? —Chris se preguntó si debería corregirla. Pero las mujeres siempre cambiaban en cuanto oían la palabra “gerente”, en especial después de enterarse de que su apellido era Andersen. Era uno de los motivos por los que evitaba los romances informales. No porque quisiera tener un romance informal con Anna. Chris se sorprendió al descubrir que sus intenciones con ella eran casi completamente honorables.

—Debe volverte loco —continuó ella— tener a un equipo de filmación estorbándote.

—El equipo no es tan malo —señaló él—. Molestan un poco, pero al menos trabajan duro. Son las mujeres del concurso lo que no soporto. Todo sonrisas y encanto frente a las cámaras, todo chillidos y rabieta cuando creen que nadie las ve. —Rio—. A veces sueño con escaparme a una isla tropical.

—Brindo por eso. —El señor Williams terminó el ron.

—¡Papá! —exclamó Anna—. Papá, ¿qué hay en ese vaso?

—Nada. —Puso el vaso boca abajo—. Obviamente, necesito que lo llenen.

—Oh, no, ¡claro que no! —Levantó el vaso y lo olió—. ¡El médico dijo una sola bebida alcohólica por día!

—Es cierto, lo olvidé. —El padre se puso de pie tambaleando—.

¡Compremos unos cigarrillos! —Un brillo de transpiración apareció en su frente. Se dejó caer en la silla con expresión descompuesta.

—De acuerdo, se acabó. —Anna tomó el bolso—. Contrataré un taxi acuático para que nos lleve al Complejo. —Miró a Chris—. Tienen de esos, ¿verdad? Lo leí en la guía turística.

—El cantinero puede llamar uno. Pero cuestan más que el ferry.

—Bueno. —Guardó el cuaderno en el bolso—. Bueno, no importa el costo.

Por la forma de oprimir el bolso, Chris supuso que el costo importaba mucho. Si tan solo no estuviera atrapado esperando a Ryan...

—Te diré qué haremos —propuso él. Su primo podía pagar todo una flota de taxis acuáticos. Y, si no le gustaba, podía nadar—. Permítanme hacer una llamada breve y luego los puedo llevar yo mismo.

—¿Estás seguro?

—No solo eso, sino que podemos registrarlos por la radio para que puedan ir directo a la habitación.

—Gracias. —El rostro de Anna se llenó de alivio—. Gracias, sería genial.

—No solo genial. —Chris se puso de pie y tomó la laptop—. A partir de ahora, su viaje será un paraíso.

Capítulo cinco

Anna se asomó por el balcón de su habitación de hotel y absorbió la vista de Paradise Bay.

—¡Esto es glorioso! —Había esperado ver St. Thomas, con sus laderas cubiertas de bosques y una pizca de edificios construidos por el hombre, pero había muchas otras islas que emergían del agua como las jorobas verdes de una serpiente marina. Cada lugar que había visitado ese día parecía tener vistas totalmente distintas. Le parecía que podía dibujar y dibujar, y nunca aburrirse.

»¿Cómo te sientes, papá? —preguntó mirando a su padre. Él se había acomodado en un sillón mullido con un cuenco lleno de queso y galletas, que habían traído de Wisconsin, y un libro grueso sobre su falda.

—Aah... Esto es vida. —Se quitó unas migas de la boca—. Anótame.

Chris, el muchacho de mantenimiento, había cumplido con su palabra. No solo los había trasladado desde St. Thomas hasta el Complejo, sino que su madre, Doris, los había esperado en un carro de golf y los había llevado personalmente cuesta arriba hasta su habitación.

“Bienvenida al paraíso”. Anna suspiró feliz. La habitación era un poquito anticuada, con muebles básicos y un baño pequeño, pero todo estaba impecable, y las camas dobles recién hechas eran celestiales. Anna ni siquiera se había quedado en un hotel modesto en su vida. Le dio la impresión de que ese estaba muy bien administrado.

—¿Estás seguro de que no te importa que salga? —preguntó Anna. Chris la había invitado a dar un paseo y a cenar. Después de todo lo que había hecho, había sido imposible negarse—. No creo que este lugar tenga servicio al cuarto.

—Estoy bien aquí. —Su padre golpeó las galletas—. Tengo pensado acostarme temprano. Doris me reservó una reposera con sombrilla para mañana a primera hora.

Anna miró el reloj. Chris estaba por llegar.

—Odio tener que dejarte. Mañana estaré todo el día ocupada con el concurso.

—Es lo que paga la factura. —El rostro del padre se ensombreció. Hubo una época (antes de los copagos y la discapacidad) en que él pagaba las vacaciones—. ¿Estás segura de que no quieres que esté presente en la carrera de natación?

—Cielos, no. Ya bastante avergonzada me sentiré. —Anna se acercó al espejo y observó su reflejo. Había elegido un solero batik azul y blanco, sandalias adecuadas, y un collar de perlas que su madre le había enviado desde Brasil para su vigesimoprimer cumpleaños. Un toque de rímel a prueba de agua era todo el maquillaje que poseía, así que tendría que ser suficiente para Chris.

“Chris”. Por enésima vez, los pensamientos de Anna se remontaron a su abrazo. Claro que solo había intentado ayudarla a levantarse. No significaba nada. Pero había sido sumamente agradable.

—Me siento culpable —comentó su padre—. Nunca me perdí una de tus carreras.

El padre de Anna era pastelero. Durante toda la época escolar, solía cerrar el negocio familiar ubicado debajo de su departamento en avenida Downer para llegar a sus encuentros deportivos. Si ella ganaba, al día siguiente, él horneaba y vendía sus galletas favoritas en forma de delfín. La mitad de los habitantes de la zona este de Milwaukee conocía el historial de natación de Anna.

—En realidad, no es una carrera. —Anna se quitó la cola de caballo y se peinó con una trenza. Su amiga Diane decía que las trenzas eran elegantes. Anna se miró en el espejo: “Esta trenza, no”—. Nadaremos un par de vueltas para mostrarnos delante de la cámara, nada más. —Se sacudió el pelo y volvió a hacerse la cola de caballo—. Y, de todas maneras, me da lo mismo si gano. Estar aquí contigo es todo el premio que quiero.

—Si tú lo dices...

—¿Qué significa eso?

—Significa...

Se oyeron unos golpes en la puerta. Con suma claridad, Anna supo que la vestimenta estaba mal: el vestido batik era demasiado informal, y las perlas demasiado elegantes. “El hombre trabaja en mantenimiento”. El restaurante principal del Paradise Resort, cerca del vestíbulo, era gratis para los huéspedes. Pero el pabellón lujoso en la cima de la colina no lo era. ¿Y si los

empleados no podían utilizar el restaurante gratuito? “¿Y si piensa que espero una comida cara?”.

Caminó a regañadientes hasta la puerta.

»Significa —repitió su padre mientras Anna abría— que eres una mujer fuerte y hermosa, que puede hacer todo lo que elija hacer.

—Estoy absolutamente de acuerdo. —Chris estaba parado en el corredor bien iluminado, vestido con vaqueros y una remera blanca, que dejaba ver su físico musculoso—. Hola.

Anna se quedó mirándolo boquiabierta y luego dio un paso atrás.

—Hola.

—Hola. —Chris entró con dos canastas de picnic, que olían a especias y a pollo—. Guau. —Sus ojos azules contemplaron a Anna—. Hola.

—Hola.

—Hola desde aquí también —saludó el padre de Anna con sarcasmo—.

Willkommen. Bienvenue.

—Buenas tardes, señor. —Chris apoyó las canastas y estrechó la mano del hombre—. Le traje una canasta para que no tenga que bajar a cenar solo.

—Así no te sentirás culpable por robarme a mi hija, quieres decir. Es muy considerado de tu parte.

Chris tragó saliva y se volvió hacia Anna.

—Pensé que podíamos hacer un picnic si no te molesta subir escaleras.

—¿Debo cambiarme?

—¡No! ¡Estás perfecta! Es decir... hay muebles donde sentarse, así que tu vestido no se arruinará.

—¡Entonces, soy toda tuya! —Anna se inclinó y besó al padre en la cabeza—. No me esperes despierto.

—Y no se preocupe si no puede comunicarse con nosotros al celular —agregó Chris—. El servicio es bastante irregular allí arriba.

Anna aguardó a que los hombres intercambiaran miradas entre padre y cita, y luego salió por la puerta para seguir a Chris por el Complejo. El lugar estaba compuesto por ocho o diez edificios de bloques brillantes enclavados en una ladera esmeralda, que ascendía desde la playa. Una serie de caminos serpenteantes decorados con palmeras y bananos conducían desde la tienda de buceo cerca del muelle hasta el restaurante principal del Complejo a mitad de camino en la ladera.

Chris pasó los edificios del hotel y utilizó su tarjeta de acceso de empleado para abrir una puerta. Detrás había una antigua escalera de piedra,

cuya superficie extraída de una cantera estaba teñida de bronce por el sol del atardecer.

—Con cuidado. —Le ofreció la mano a Anna—. Los escalones fueron restaurados, pero hay algunos lugares irregulares sobre los que estamos trabajando.

Anna tomó la mano de Chris con entusiasmo. ¿Hacía cuánto que no salía a ningún lado con un hombre? “Mucho tiempo”. Desde que su padre había enfermado hacía un año y medio. “Demasiado tiempo”.

—Es encantador. —Observó la escalera pintoresca—. ¿Adónde lleva?

—Hay una vieja plantación danesa de caña de azúcar, que pertenece a la propiedad. La estamos preparando para abrir al público, pero por el momento los huéspedes no pueden venir por su cuenta.

Comenzaron a subir, haciendo pausas periódicas para descansar las piernas y admirar la vista, pero Anna estaba demasiado distraída para prestarle mucha atención al paisaje. “¿Es una cita?”. No podía dejar de pensar en la mano de Chris. ¿La sostenía tan fuerte para evitar que ella se cayera? ¿O le gustaba sostenerla?

»Falta poco. —Chris subió más rápido.

Anna seguía junto a él resoplando. “No puede ser una cita —se dijo a sí misma—. Porque estoy aquí por el concurso. —Un hecho que había evitado mencionar—. No es una cita porque, técnicamente, vine aquí para casarme con otro hombre”.

El sol se hundía detrás de ellos. Chris llevó a Anna de prisa por las escaleras.

“Pero, si no fuera por el concurso, esto sería una cita”. Anna no estaba segura de qué pensar al respecto. Le gustaba Chris. Cuando estaban en el bar, por un segundo, pensó que él había estado a punto de besarla. Y Anna estaba bastante segura de que hubiera devuelto el beso. Pero, aun sin tener en cuenta el concurso, volvería a casa en tres semanas. Había habido dos hombres en la vida de Anna. El último, un desgraciado que había desaparecido el día en que su padre había enfermado. Pero ambos habían sido relaciones estables, no aventuras. Las chicas de Wisconsin no se acostaban con cualquiera.

Chris casi la arrastró por los últimos escalones.

»Llegamos.

—¡Oh! —Anna se quedó con la mirada fija. Frente a ella había un grupo de edificios coloniales de piedra, algunos intactos y otros casi en ruinas, cada uno pintado de un dorado luminoso y abrasador por el sol del atardecer. Anna

se quedó fascinada, observando cómo el color cambiaba lentamente de dorado a amarillo, luego a rosa y luego a un rosado oscuro—. ¡Oh, cielos!

Una franja de sombra comenzó a escalar las paredes. Parecía lo más natural del mundo que Chris se acercara más y colocara un brazo sobre los hombros de Anna, y que ella rodeara la cintura de él. Compartieron un momento de silencio cómodo mientras la noche se tragaba las ruinas. Cuando casi había terminado, Chris giró a Anna para que mirara el sol color mandarina. El arco brillante desapareció en el océano y dejó el polvo del crepúsculo: una dispersión de estrellas titilantes.

Miles de insectos comenzaron a chirriar y a zumbar.

»Eso fue increíble. —Comprendió por qué se habían apresurado por las escaleras—. ¿Siempre es así? ¿Cada noche?

—Depende del clima. —Chris quitó el brazo, con expresión cohibida—. Las noches tan claras como esta son bastante inusuales.

—Desearía haber traído mis pinturas. Me encantaría dibujarlo. Pero no creo que me quede bien.

—A nadie le queda del todo bien. Logran partes, como franjas de luz que emanan de un prisma. Cuando reflejas la obra de arte en la persona, a veces allí está la perfección.

Eso sonó bastante profundo para un empleado de mantenimiento.

—¿Tú pintas?

—Solo habitaciones de hotel. —Rio—. Pero conozco a muchos pintores. Se mudan en bandadas a las islas desde Estados Unidos.

—Ya veo por qué. Este lugar es absolutamente maravilloso.

—¿Qué hay sobre ti? —Chris encendió una serie de lámparas de jardín—. ¿Eres artista profesional?

—Abandoné la carrera de Bellas Artes —admitió Anna—. Aunque, cuando papá se mejore, espero regresar como actividad de medio tiempo. Trabajo dando clases de natación.

—Debería buscarte un empleo. —Las palabras le hicieron cosquillas en el estómago a Anna—. Tenemos guardavidas, pero siempre nos aterroriza la idea de que los turistas del continente se ahoguen.

Chris guio a Anna por una arcada hasta una zona de columnas anchas de piedra, que sostenían un enrejado por el que colgaban buganvillas. Entre las columnas, separadas para mantener privacidad, había seis mesas de hierro, cada una con cuatro sillas. Junto a cada columna, había grupos de macetas llenas de orquídeas y de helechos.

Anna giró en círculos contemplando todo mientras Chris encendía seis faroles de pared. Sacó un mantel blanco de la canasta y lo extendió sobre la mesa. Luego tomó un ramillete de buganvillas para centro de mesa y le ofreció una silla a Anna.

—¿Señorita?

—¡Pensé que era un picnic, no una cena de cinco estrellas!

—Un poco de los dos. —Sacó de la canasta cubiertos y platos tapados que olían delicioso—. El Paradise organiza cenas privadas aquí arriba. Pueden ser bastante lujosas, pero me temo que todo lo que traje hoy fue la especialidad del chef: pollo asado.

—El pollo es perfecto. Ella observó mientras Chris abría contenedores. Además del pollo, había pan fresco, aceite de oliva, ensalada de espinaca y un termo con lo que Chris llamaba “*painkiller*”, que resultó ser una bebida hecha con leche de coco, jugo de ananá, jugo de naranja y un poco de ron.

Anna probó el pollo.

—Mmm. —Tenía un gusto innovador, picante, con pizcas de nuez moscada y de lima—. Pellízcame. —Usó la servilleta—. No puedo creer que esté aquí.

—¿Aquí en estas ruinas? ¿Aquí en St. John? —Chris sonrió de costado—. ¿Aquí comiendo pollo con el hombre de tus sueños?

—Al menos dos de tres. —Anna tragó con dificultad y miró hacia el mar—. Es todo tan perfecto... ¿De verdad has vivido aquí toda tu vida?

—Así es. Mi madre es sueca, pero mi padre era danés-americano, criado en St. Thomas. Su padre no aprobaba a mi madre, por lo que, después de haberse casado, compraron el Paradise y se instalaron aquí.

—¿Compraron? —Anna lo miró sobresaltada.

—Sí. —Chris se encogió de hombros—. Tuvieron el Complejo por unos años, pero perdía dinero a lo loco, y supongo que el estrés era bastante intenso. Mi padre falleció cuando yo era un bebé. Doris lo vendió en bancarrota y se quedó como conserje.

—Lo siento.

—Fue difícil para ella, pero era la vida perfecta para un niño. Nadaba, paseaba en bote, siempre podía conseguir un helado o dos cuando hacía recados para los huéspedes. Cuando crecí, no imaginé trabajar en ningún otro lado. —Llenó hasta arriba el vaso de *painkiller* de Anna—. ¿Qué hay sobre ti? ¿Son solo tú y tu padre?

—Sí, pero mamá aún vive. Se fue con un jugador brasileño de fútbol cuando yo estaba en la secundaria. Viven en Río.

—Es bastante lejos de Milwaukee.

—Creo que esa era la idea. Fuera del radio de discusión. Mamá y yo intercambiamos correos electrónicos y regalos de cumpleaños. —Anna se tocó el collar de perlas—. Pero, como escribe en portugués, tengo que pasar todo por un traductor automático. —Sonrió—. Y aun así es algo fortuito porque su portugués es horrible.

Chris rio para demostrar comprensión.

—Debe ser difícil.

—Esto sonará mal, pero me alegró un poco que se llevara el drama a otro país. Nunca me había importado mucho, hasta que mi padre enfermó y tuve que dejar la facultad para hacerme cargo de todo sola. Entonces, me enfureció que nos hubiese abandonado, lo que no era del todo justo. Por fortuna para mí, mi mejor amiga me ayudó mucho. Fuimos juntas a la escuela secundaria, y luego ella trabajó en nuestra panadería a tiempo completo, hasta que mi padre enfermó.

Chris le rozó los dedos.

—¿Cómo está tu padre ahora?

—Él... emm... —Sintió un cosquilleo en el brazo—. Está mejor. Aun con todo el viaje, hoy se sintió genial. Hubo momentos durante el invierno cuando pensaba que el estrés de estar encerrado con nada más que facturas sin pagar lo... bueno. —Se quitó el recuerdo triste de la cabeza—. ¿Quién podría seguir enfermo en el paraíso?

Chris le tomó la mano. La miró con sus ojos azul claro.

“Me va a besar. —El corazón de Anna dio un vuelco—. Me va a besar, y no le he contado que estoy en el concurso”.

—¿Qué hay sobre Doris? —continuó en voz alta. Tomó el *painkiller* y bebió un trago—. Tu madre parece maravillosa. —La elegante mujer que los había recibido en el muelle rebozaba de energía—. ¿Es un trabajo muy duro ser conserje? —¿Exactamente qué hacía un conserje, de todas maneras?—. ¿Son muchas horas?

—Muchas. —Chris movió la mano hacia los cubiertos—. Doris es el alma de este complejo. Es tanto conserje como jefa del servicio de limpieza, aunque después de que compré... —Chris dudó—. Es decir, estos últimos dos años ha estado en una posición económica que le permite jubilarse cuando quiera.

—A veces es difícil renunciar. —Anna pensó en su padre—. Cerrar la panadería le rompió el corazón a papá. En especial porque vivimos arriba del

negocio. —Hizo una pausa—. Tal vez sea igual para todo aquel que ama lo que hace.

—Creo que lo que más disfruta es darme órdenes.

—Eso no se termina. —Anna sonrió—. Jubilados o no.

—Tienes razón. La mujer necesita nietos urgente.

¿Eso fue una pista? Anna bajó la mirada para evitar la de Chris. Tomó la canasta y sacó un plato al azar.

—¿Qué es esto? —Sus dedos tocaron metal frío.

—Helado. —Chris desenroscó la tapa. Adentro había una masa oscura y brillante—. ¿Te gusta el jengibre?

—Emm... ¿tal vez?

—Aguarda. —Roció un poco de ron sobre el helado y lo encendió con un fósforo. Una llama recorrió el contenedor, de borde a borde. Cuando se extinguió, Chris sirvió una cucharada y le dio a Anna en la boca.

Un chocolate apetitoso se derritió en su boca.

—¡Oh, guau! —Debajo del chocolate estaba la textura crujiente del jengibre azucarado mezclado con un toque de mango—. Sabe a atardecer.

—Así se llama: Atardecer Paradise. Es nuestro postre de la casa.

Anna tomó la otra cuchara y le dio un poco a Chris. Comieron en silencio, intercambiando bocados, mientras los insectos se amotinaban en la oscuridad. Anna nunca le había dado de comer a un hombre. Nunca le habían dado de comer a ella. La acción era curiosamente íntima.

—Mmm—suspiró, totalmente satisfecha, después de haber dejado limpio el contenedor—. Nunca pensé que el helado podía ser tan bueno como el... —Se tapó la boca con la mano.

—¿Qué sucede?

—¡Congelamiento cerebral! —Se sonrojó mortificada, y luego la mentirilla se volvió realidad. Una ola de frío dolorosa le llegó hasta la cabeza—. ¡Au!

Chris colocó las palmas sobre las mejillas de ella.

—Permíteme. —Los pulgares tibios masajearon sus sienes.

—Oh. —Anna se estremeció—. Oh, se siente bien.

Chris se acercó más, con la cabeza de ella entre las manos. Sus labios rozaron los de Anna, y fue mucho, mucho mejor que el helado.

“Pero ¿y el concurso?”. Anna besó a Chris vacilante, confundida. No le interesaba casarse con un multimillonario. Esperaba que la eliminaran del programa. “Sin embargo, debería contárselo...”.

La silla de Chris se acercó aún más. Unos brazos fuertes rodearon los hombros de Anna. Su mente flotaba. ¿Cuántos *painkiller* había tomado? “Menos de uno”. Levantó la mano y acarició la mandíbula de Chris. El hombre era embriagador...

Una luz brilló. Se oyó ruido cerca.

—¡Limpieza! —Las luces se apagaron y se prendieron.

Chris se alejó con brusquedad. Anna pestañeó por el brillo de la luz.

»¡Limpieza! —Las luces volvieron a apagarse y a prenderse—. Ya basta, tortolitos. —Una mujer con uniforme del Paradise Resort apareció por detrás de una columna empujando un bote de basura grande con ruedas—. Ya saben que no se puede venir al ingenio azucarero... ¡Oh, es usted, señor Chris! —Sonó sorprendida—. Lo siento, subí a recoger la basura.

—Hola, Helen. —Chris se puso de pie—. Está bien. Ya terminamos. Estábamos de picnic.

—Lo vi —respondió Helen—. Lamento haberlos apresurado con el postre. —Se dio vuelta riendo disimuladamente y comenzó a vaciar los cubos encadenados a las columnas.

Chris echó los platos en la canasta.

—Supongo que debemos irnos.

—Supongo. —Anna lo ayudó a guardar—. No estás en problemas, ¿verdad? —susurró—. Por haberme traído aquí. —Tuvo una horrible visión de que lo despedían.

—No hay ningún riesgo. —Chris dobló el mantel—. El gerente nunca hace nada que pueda molestar a mi madre.

—¿Demasiado respeto por sus largos años de trabajo?

—No. —Chris levantó la canasta y tomó el brazo de Anna—. Demasiado asustado de que lo golpeen.

Capítulo seis

Chris guio a Anna con cuidado durante el descenso desde la plantación. No era peligroso. Habían vuelto a colocar argamasa entre las piedras, las habían nivelado y el camino estaba iluminado con lámparas solares de bajo voltaje. Pero a él no le gustaba cómo la escalera desaparecía en la oscuridad más adelante, como si un paso en falso los llevaría de cabeza a la bahía.

—¿Estás bien? —Anna se aclaró la garganta—. ¿Estás seguro de que no estás en problemas?

—Estoy seguro. —Chris le oprimió la mano—. Todo está bien.

—Pareces un poco tenso. —Ella dudó—. Mira, si... Es decir, no te preocupes. No pensé que un beso significara nada.

Chris se esforzó por relajar la mano.

—En ese caso, tendré que volver a besarte.

Los ojos castaños de ella se abrieron mucho más.

—Supongo que sí.

Él se inclinó y le rozó los labios. Ella sabía maravillosamente bien.

—¿No te molesta besar a un tipo de mantenimiento? —Muchas mujeres habían besado a Chris, en otras épocas, por la suposición errada de que era rico. Y luego se volvían despreciables cuando descubrían que no lo era—. ¿A un tipo que repara tuberías y que huele a aceite de motor?

—Veo tu aceite de motor y subo la apuesta a dos pastillas de cloro.

Chris inhaló profundamente.

—Me encanta tu aroma.

—Bueno, a mí me gusta el tuyo. —Le tocó el hombro—. Es genuino.

Su aroma era genuino. La historia del tipo de mantenimiento, no tanto.

Chris volvió a besar a Anna. Quería acercarla más, pero ese no era el lugar. Se dio vuelta, observó la escalera empinada, y la tomó de los hombros antes de que ella tuviera la posibilidad de caerse.

Pero era algo tonto. La escalera era completamente segura. Chris tomó la mano de Anna y continuó bajando los escalones.

»¿Qué sucede? —preguntó Anna.

—Nada —mintió Chris—. No mucho. Lo siento. No me gustan las alturas.

—Oh. —Anna dudó y entornó los ojos hacia la oscuridad—. Ahora que lo mencionas, es una caída escalofriante. —Se deslizó más cerca de él, y continuaron del brazo. La escalera terminaba en un barandal sólido frente al despeñadero.

Chris abrió la puerta del Complejo y la mantuvo abierta para Anna.

—Solía escalar, lanzarme al agua desde un helicóptero, toda clase de locuras. —Subía y bajaba corriendo esas escaleras sin pestañear cuando era niño—. Es solo que... La familia de mi tío falleció. Tres niños. En un accidente. Me siento un poco culpable.

—Lo siento. —Le oprimió el brazo—. ¿Fue escalando?

—El helicóptero se estrelló. Justo a las afueras de St. Thomas. Él estaba despegando y se distrajo tanto por gritarle a su esposa que olvidó prestar atención a los controles. —Chris tenía el informe detallado de la investigación. Además de mensajes de sus primos aterrorizados—. Yo debería haber estado con ellos. —Sintió un cuchillo en el estómago—. Es estúpido pero, cuando miro hacia arriba, pienso en ellos. Cuando caían. Asustados.

—Eso no es estúpido. —Le oprimió el brazo aún más—. Es triste.

—Es inútil. —Chris sacudió la cabeza—. Castigarme no cambia las cosas. Lo sé. Pero seguir con mi antigua vida parece...—“Imposible”—. Desalmado, supongo.

—¿Cuántos años tenían tus primos?

—Nueve, doce y catorce.

Llegaron a las escaleras que conducían al edificio de Anna, uno de dos pisos de bloques, que daba al mar.

—Después de que mi padre se enfermó —comentó ella—, tuve que cerrar la panadería. Durante meses el aroma a *cupcakes* me hacía llorar.

—¿Cómo lo superaste?

—Diane fue a casa una noche después de mi visita al hospital. Tomamos todas las mezclas especiales de mi padre y horneamos quinientos *cupcakes* para la sala de niños del hospital. —Sonrió—. Esos chiquillos se dieron un atracón. —Anna dejó de caminar y tomó la canasta de picnic que llevaba Chris—. Por supuesto, eso es diferente. Mi padre está vivo. —Su tono de voz le advirtió a Chris lo asustada que había estado ella de que muriera. Apoyó la canasta y le tomó las manos—. Lo que quiero decir es que no superamos el dolor y la preocupación. Sería terrible si lo hiciéramos. Solo encontramos formas de lidiar con eso, de aceptar la situación sin destruir nuestras vidas.

—Tal vez. —¿Estaba Chris destrozando su vida? Podría utilizar su fortuna para arreglar el Complejo, contratar personal de mantenimiento, duplicar los salarios... Demonios, podría importar nieve y convertir el lugar en un centro de esquí si quisiera. Lo que Chris necesitaba era un modo de lidiar con el dinero sin destrozarse su vida—. Me siento culpable —agregó—. Luego me siento culpable por sentirme culpable.

—Y luego culpable por perder todo ese tiempo valioso. ¡Lo sé! —Ella lo abrazó y le dio calor a su pecho.

—Anna. —Chris apoyó la mejilla sobre el pelo de ella. “Debo decírselo”. Ahora, en ese momento de consuelo compartido. “Mi trabajo, mi herencia, mi sueño de convertir el Complejo en un éxito”. Tal vez Anna podría ayudarlo a encontrar la forma de seguir adelante. Pero contarle a Anna que era rico cambiaría su forma de mirarlo. Chris no podía hacerlo. No esa noche. En su lugar, la acompañó hasta la puerta—. ¿Puedo verte mañana? —Le contaría entonces. Si no toda la historia, al menos una parte.

—Me encantaría. —Ella dudó—. Pero no hasta la noche, ¿de acuerdo? Tengo que... arreglar algo.

—¿Qué sucede? ¿Es tu padre? ¿Tu habitación? —Chris la tomó del brazo—. ¿Puedo ayudar?

—No, nada. No te preocupes. —Se puso en puntas de pie para besarle la mejilla—. De todas formas, no quiero meterte en problemas. Estarás ocupado todo el día reparando aires acondicionados, ¿verdad?

—Ah, sí. —Lo había olvidado—. Está bien. Mañana por la noche.

Anna abrió la puerta. La habitación estaba a oscuras. Le oprimió la mano y entró.

Chris permaneció allí un momento y luego caminó lentamente hacia el edificio de los empleados. Le gustaba Anna. Le gustaba mucho. Su aroma, su pelo, sus ojos grandes y amables eran como una caricia sobre la piel cuando lo miraba. Durante toda la vida de Chris, las mujeres lo habían mirado con un signo monetario en los ojos; habían dormido con él para acercarse a sus primos multimillonarios. A los veinte, no le había importado, pero hacía tiempo que eso había empezado a ser irritante. Anna no sabía que la familia de Chris era rica. Ni siquiera sabía que él administraba el Complejo. La idea de que alguien tan adorable como Anna lo quisiera por lo que era...

Era como un dolor del que no había notado que había desaparecido.

Chris entró al departamento para empleados que compartía con la madre. Una kitchenette, dos habitaciones, un escritorio destartado en un rincón.

¿Podría Anna vivir así? ¿Podría estar satisfecha con la vida de él? Una vez le había preguntado a la madre por qué se había casado con el padre, por qué habían sacrificado la fortuna familiar, la bondad del abuelo, cuando a nadie le habría importado si simplemente hubieran sido amantes.

Doris lo había mirado como si estuviese loco: “Tuvimos que casarnos — había respondido ella—. Él era el indicado”.

¿Qué había sobre Anna? ¿Era ella la indicada para Chris? Sacudió la cabeza y se sentó frente al escritorio. Nunca lo sabrían, a menos que se concentrara en el trabajo. La mayoría de las transacciones del Complejo eran electrónicas, pero había algunos comerciantes que todavía enviaban por correo las facturas o hasta las llevaban en bote. Chris comenzó a abrir cartas. Fue entonces cuando detectó el sobre blanco y pesado. Entregado a mano, escrito en papel de color crema con el membrete del Ritz-Carlton, con la letra de Ryan. Lo levantó y lo dio vuelta, con una especie de corazonada. Lo dio vuelta otra vez, pero no tenía sentido adivinar.

Chris abrió el sobre y leyó la breve nota de su primo: “Me fugué con Bobbie. Diviértete eligiendo a tu novia tropical”.

Capítulo siete

Anna se sentó en un rincón del vestidor abarrotado de *Novia tropical* (que, por lo general, funcionaba como el *snack bar* del Complejo) y observó el espectáculo de once mujeres más sus estilistas personales que se preparaban para la competencia en traje de baño en medio de un afanoso equipo de filmación.

“Que Chris no me vea. —Cruzó los dedos para la buena suerte—. Que no...”. No esperaba que estuviese allí. Había dicho que los aires acondicionados lo tendrían ocupado todo el día. Además, Chris había dejado bien en claro lo mucho que odiaba *Novia tropical*.

Una camarógrafa enredó el cable en los pies de Anna.

—¡Lo siento! —Anna corrió el pie. “Que Chris no se entere de que estoy aquí”. Se lo contaría esa noche, pero sería diferente. Para entonces, probablemente estaría fuera del concurso y podría explicarle.

Anna no planeaba perder la competencia de trajes de baño a propósito. Los productores del programa la habían llevado hasta allí, y les debía dar lo mejor de sí. Pero un vistazo a esas aficionadas a la moda con la piel bronceada fue suficiente para mostrarle a ella misma que no tenía ninguna oportunidad. El concurso de aquel día implicaba un desfile en traje de baño seguido de una carrera corta en la piscina. El puntaje final sería calculado entre el tiempo de la carrera y la cantidad de votos recibidos por Internet. Las cuatro últimas de las doce quedarían eliminadas. Anna sabía que le iría bien con la natación, pero la trenza simple, la piel sin broncear y el traje de una pieza descolorido por el cloro no impresionarían a la audiencia.

Y eso estaría bien, ¿verdad? “Próxima parada: tres semanas de vacaciones en el paraíso”. Sin embargo, de alguna manera, al ver a las demás cepillarse, esponjarse y maquillarse sintió que comenzaba a molestarse. ¿Esas muñecas Barbie planeaban nadar? La única sensata era Lani, la chica que había organizado el intercambio de cupones el día anterior, cuyo bikini blanco y el pelo trenzado recogido eran tanto prácticos como hermosos.

Fuera del *snack bar*, el altoparlante cobró vida:

—EL CASAMIENTO ES UNA MARATÓN —gritó—. Hoy, cada participante adorable nadará diez vueltas...

¿Una maratón de diez vueltas? Anna se cruzó de brazos en señal de disgusto.

Tiffany le pasó por al lado moviendo las caderas.

—Entendiste bien, chica rana —murmuró—. Ni siquiera lo intentes.

“¿Chica rana? —Anna abría y cerraba los puños con las uñas sin pintar—. Chica rana”. ¿Sería eso lo que Chris pensaría si la viera? “Tal vez”. Tal vez era una rana comparada con esas barracudas bronceadas. Tal vez, si Chris estuviera allí, ni siquiera la notaría. Por otro lado, las barracudas... No, eran noviacudas, según decidió Anna. Las noviacudas no notarían a Chris. Ninguna de esas cazadoras de maridos quería a un empleado de mantenimiento.

—¡Anna! —Lani corrió hacia el rincón de Anna. Había envuelto el bikini en un pareo de gasa con estampado de hibiscos, y la combinación de rojo y blanco quedaba deslumbrante con su piel color teca.

Anna dio un salto.

—¡Te ves maravillosa!

—¡Gracias! —Lani la abrazó—. Sé que trajiste a tu padre de vacaciones en lugar de a un estilista. —Le hizo señas a su asistente, quien se acercó con dos maletas con ruedas—. Mi hermana, Kim, y yo queremos ayudar a prepararte.

—Estoy lista. —Anna se encogió de hombros—. Esta soy yo.

—No por mucho tiempo. —Kim abrió una maleta y comenzó a elegir el maquillaje.

—¡Mira! —Lani sacudió un rectángulo de tela turquesa transparente y lo acomodó sobre los hombros de Anna—. Te traje un regalo.

Anna estiró el brazo. La tela estampada brillaba como el mar Caribe.

—No puedo aceptarlo.

—Sí, puedes —afirmó Lani—. De hecho, debes hacerlo. No es mi color, y la tienda no acepta devoluciones. De todas formas, usamos un cupón y conseguimos un descuento de dos por uno. —Hizo un gesto hacia su propio pareo—. El tuyo no costó un centavo.

Kim sostuvo varios tubos de delineador cerca del pelo de Anna y miró los colores con los ojos entrecerrados. Debía ser uno o dos años menor que su hermana, según pensó Anna. Tal vez apenas pasados los veinte.

—¿Por qué todas usan tanto maquillaje? —se quejó Anna—. Será un desastre una vez que comencemos a nadar.

—Lo que yo uso es resistente al agua. —Kim delineó los ojos de Anna—. Y haremos algo suave. Pero la mayoría de las chicas preferiría morir antes que meter la cabeza en la piscina.

—Entonces, ¿cómo harán la carrera?

—No muy rápido, probablemente —señaló Lani—. La que termine primero pasará automáticamente, por lo que algunas de nosotras nadaremos con todo. Las demás planean ganar solo por los votos. Entrarán y nadarán como gatos que intentan mantener el pelaje seco. Batiremos el récord de la carrera de diez vueltas más lenta de la historia. —Ella rio—. Eso tiene entusiasmo al equipo de filmación. Tendrán todo el tiempo que quieran para captar acercamientos de pechos y traseros mojados.

—¡Eso es terrible!

—Eso es el mundo del espectáculo. —Lani se encogió de hombros—. La mayoría del público de *Novia tropical* son nerds que nunca dejan la oficina. Esto puede ser lo más cerca que estén de una mujer semidesnuda en todo el año.

—¿Y tú estás de acuerdo con eso?

—Estoy de acuerdo con los veinticinco mil dólares de premio consuelo en el caso de que el programa no termine con una boda. —Lani miró a su alrededor y se inclinó hacia adelante—. Estoy organizando una financiación colectiva de mi propia empresa de videojuegos. Si gano, me llevaré el dinero, así que es genial. Pero, aun si pierdo, seré famosa en Internet. Los ingenieros harán fila hasta la otra esquina para sumarse a mi proyecto.

—Tal vez.

—Solo no le cuentes a nadie —le pidió Lani—. Si creen que no quieres casarte, te sacan del programa.

Kim pintó los labios de Anna y examinó el resultado con los ojos entornados y de manera crítica.

—¡Perfecto! —Levantó un espejo con un ademán ostentoso. Un camarógrafo se acercó para ver lo que ocurría. Kim esperó y luego hizo una reverencia frente a la cámara—. Damas y caballeros —hizo un gesto hacia Anna—, les presento a la novia tropical de Ryan Andersen.

Un grupo de concursantes burlonas se acercó a mirar. Anna intentó ignorarlas.

—¡Guau, gracias! —le expresó a Kim mientras contemplaba su reflejo—. Eres muy buena. —El maquillaje apenas se veía y, sin embargo, prácticamente brillaba.

—Planeo convertirme en una maquilladora profesional cuando esto termine. —Kim sacó un aerógrafo y lo ajustó a un cilindro metálico—. Ponte de pie. Estira los brazos. —Sostuvo un trozo de cartón para proteger el traje de baño de Anna y comenzó a rociar el bronceado. El tono no era perfecto, pero estaba mucho mejor que la piel pálida de Anna—. Esto solo dura alrededor de una hora en el agua —le advirtió Kim—. Más tarde podemos usar dihidroxiacetona, pero eso lleva tiempo.

El resto de las participantes se apiñaron a su alrededor. No se veían felices.

Kim enhebró un moño blanco en una aguja y lo entrelazó con la trenza de Anna.

»Listo. Fabuloso. —Acomodó el pareo de gasa de Anna—. ¿Puedo tomar una foto para mi sitio web?

—¿Mía? Emm... —Anna dudó, pero era un poco tarde para ser tímida—. Está bien. Si quieres...

Kim colocó a Lani y a Anna en pose, del brazo, y sacó unas fotos.

—¡Genial! Todo lo que necesitamos ahora es la toma final para las cámaras. —Le guiñó un ojo a Anna, giró y apuntó hacia las noviacudas—. ¡Aguántense, brujas!

Hubo un grito ahogado colectivo. La camarógrafa le mostró el pulgar arriba con una sonrisa.

Se oyó un silbato al otro extremo del vestuario. La directora del programa, una mujer llamada Chandra, que no andaba con rodeos, aplaudió.

—Bien, señoritas —exclamó—. ¡Colóquense en una fila!

Anna espío por las puertas de vidrio que daban a la piscina. La piscina de borde infinito del Complejo tenía seis carriles, lo que significaba que las doce concursantes estaban programadas para participar en dos grupos. Echó un vistazo a las gradas y detectó a su padre en el frente —a pesar de haberle dicho que no fuera— sentado junto a Roy, el cantinero que habían conocido en St. Thomas. Anna observó la multitud con más detenimiento. “No hay señales de Chris”. Suspiró con alivio y ocupó el último lugar de la fila.

»Bien, tengo un anuncio —indicó Chandra a las mujeres—: sé que algunas de ustedes se han encariñado con cierto soltero durante las últimas tres semanas y hasta hayan considerado casarse con él. —Hizo una pausa por las risitas esperadas—. Sin embargo, hubo un cambio. Debido a circunstancias inesperadas, Ryan Andersen no está disponible para continuar en el programa.

Un murmullo de sorpresa pasó por la fila.

»Para respetar los contratos ya firmados, el papel de novio potencial será ahora ocupado por el primo de Ryan Andersen.

—¿Pueden hacer eso? —chilló Tiffany—. No pueden hacer eso, ¿verdad?

—A quién le importa —intervino otra mujer—. La pregunta es: ¿es rico?

—No es rico —aportó otra voz—. Lo conocí. El hombre es atractivo, pero es un simple trabajador.

—¿Quién es?

A Anna no le importaba quién era. Miró más allá de las mujeres en busca de Chris. Afuera estaban anunciando lo mismo a la audiencia. De pie, junto a un presentador que Anna no reconoció, estaba... “¡Oh, no!”. Se había puesto un saco bien confeccionado y estaba de espaldas, pero Anna había dibujado esa espalda y esos hombros el día anterior. El hombre parado junto al presentador era Chris.

“¿Cómo? —Anna se agachó fuera de la vista de Chris cuando este volteó—. “¿Por qué?”.

Se oyó un silbato. Las primeras seis mujeres caminaron hacia la piscina. Desfilaron con elegancia de un lado al otro, frente a las gradas, mostrando sus figuras, y luego hicieron poses elaboradas junto al extremo poco profundo de la piscina. Detrás de las mujeres, una pantalla de video se encendió para mostrar el cómputo de los votos de Internet. Como siempre, Tiffany estaba a la cabeza.

“¿Qué hace Chris aquí?”. Anna no podía imaginarlo. ¿Llevaba el marcador? ¿Limpiaba? ¿Ayudaba al equipo? “No puedo salir”. La magnitud del engaño de la noche anterior la golpeó. “Pensaré que le mentí”. ¿Por qué simplemente no le había confesado que se había anotado en el concurso para darle a su padre unas vacaciones? ¿Por qué no le había explicado? “No estaba segura de que me creyera”. Pero esa no era la única razón. “No quería que pensara que estaba detrás de otro hombre”.

—Está bien. —Chandra caminó delante de las participantes que restaban, acomodando correas de bikinis—. Grupo dos, prepárense.

Sonó el silbato. Las cinco mujeres delante de Anna comenzaron a moverse. Ella se quedó paralizada. “No puedo”.

—¡Anna! —Kim corrió hacia ella—. ¡Anna, ve!

Afuera, el segundo grupo desfilaba para el público.

“¿Qué me sucede? —Anna se mordió el labio—. ¿Por qué me importa?”. Pero no podía permitir que Chris pensara que ella era una de esas noviacudas.

Sonó una chicharra. Las primeras seis concursantes ingresaron a la piscina y comenzaron a nadar con brazadas cuidadosas, torpes. Uno de los camarógrafos corrió hacia Anna.

—Jovencita —Chandra se cruzó de brazos—, o te unes al resto o quedas fuera del concurso.

Las otras cinco mujeres se sentaron y colocaron los pies en la piscina.

—Lo siento. —Anna volteó y se alejó de la puerta.

—¡Anna! —Kim la siguió—. ¿Qué sucede? Te ves genial.

—No es eso. Es solo que... nunca esperé ganar. —Anna perdió la mirada por donde estaba la barra de refrigerios para evitar los ojos de Kim. La pared estaba pintada de azules y verdes caribeños, y de esta colgaba una hilera de fotografías con un cartel: “Conozca a nuestro personal”—. No estoy hecha para el concurso. Tendré que mirar desde un costado y alentar a Lani.

—Pero... —protestó Kim.

La primera foto en la pared era del rostro de Chris. Eso parecía extraño. Anna se inclinó hacia adelante y entrecerró los ojos para leer el pie: “Chris Andersen, gerente del Complejo”. Ella pestañeó y volvió a leer las palabras: gerente del Complejo.

No empleado de mantenimiento.

No capitán del ferry.

No tipo amable que creció descalzo en la isla.

—¡Mintió! —No tenía sentido. Chris le había mentado a Anna sobre su trabajo. Pero ¿por qué? “Porque quería engañarme”. Porque quería hacerle creer que llevaba una vida humilde y romántica.

—¡Anna! —Kim la tomó del brazo—. Tienes que entrar al agua.

“¡El hombre debe pensar que soy estúpida!”. Pero Anna fue una estúpida. Se había creído la historia sobre haber crecido en el Complejo.

»Anna, te envían a casa apenas quedas descalificada del concurso.

“Probablemente tenga mucha práctica en mentir...”. Anna miró a Kim y pestañeó.

—¿Qué?

—Las mujeres eliminadas se van directo a casa —repitió Kim—. ¿No lo sabías?

—¿A casa? ¿De regreso a Milwaukee? ¿De inmediato?

—Sé que viniste por tu padre —susurró Kim—. Aún puedes hacer esto. ¡Ve!

Algo se materializó en Anna. “Vine por papá”. Nada más importaba. Corrió hacia Chandra.

—Participaré.

—Tienes que hacer el desfile antes de entrar al agua. Y ellas ya completaron dos vueltas. —La directora frunció los labios—. No puedes ganar.

—¿Quiere apostar? —Anna trotó hasta la piscina. Hubo unas risillas de los estilistas y luego un murmullo general de sorpresa. Caminó deprisa delante de las gradas y volvió, arrojó el pareo sobre una silla e hizo una pose con las manos sobre las caderas.

El público aplaudió, con aire vacilante.

Anna mantuvo la postura y observó la piscina. Frente a ella, las noviacudas nadaban como abuelas artríticas. Una o dos hacían un esfuerzo genuino, pero Lani tenía razón. La mayoría de las mujeres parecían más interesadas en mantener el peinado y maquillaje secos que en ganar una carrera. Clavó la mirada en Chris, quien la observó con frialdad.

—De acuerdo. —Chandra hizo sonar la chicharra—. Puedes comenzar. Anna sonrió con dulzura a las cámaras.

—¡Aguántense, b...b...bellezas! —Ejecutó una zambullida superficial y marcó un paso rápido en estilo crol. Anna nunca se había preparado para las Olimpiadas. El entrenamiento era demasiado costoso y demandaba mucho tiempo. Había competido por diversión; pocas veces se preocupaba por si ganaba o perdía. Ahora, se abrió paso entre las burbujas, buscando esa antigua sensación (tres vueltas, luego dos, luego solo una detrás de las demás), esa sensación calmada y centrada de que estaba dando lo mejor de sí. La tercera vez que pasó a su compañera de carril sintió un cambio en la piscina. Algunos de los espectadores gritaban para dar ánimo. Las mujeres de otros carriles comenzaron a patear y a salpicar.

Anna respiraba de forma rítmica, dando brazadas limpias y parejas. Pasó una cuarta vez y tomó la delantera en el carril, pero no estaba segura de cómo iban las demás. Presionó más, el corazón le martilleaba, los brazos y piernas comenzaban a quemar, nadaba la décima vuelta en lo que consideraba un récord personal. En lugar de un juez con cronómetro, una figura se asomó por el extremo poco profundo y esperó para ayudarla a salir. Anna aceptó la mano y saltó hacia el borde de la piscina frente a Chris. Jaló con brusquedad para liberarse y apoyó las manos sobre los muslos para recuperar el aliento.

El resto de las mujeres aún estaba en el agua. Había terminado primera.

La pequeña multitud en las gradas celebraba a lo loco. Anna se irguió y saludó al padre con la mano.

—Felicitaciones —expresó Chris con los dientes apretados—. Estás un paso más cerca de convertirte en una esposa de trofeo.

—¡Felicitaciones a ti! —bufó Anna—. De empleado de mantenimiento a gerente del Complejo en menos de veinticuatro horas. Vaya ascenso. ¿O mentiste cuando dijiste que estarías reparando aires acondicionados hoy?

—Reparo aires acondicionados. Todo el tiempo.

—¡Eso debe ser realmente difícil cuando debes mantener una cortina de humo!

Lani terminó la décima vuelta y quedó segunda. Chris se alejó con paso airado y la sacó de la piletta de un tirón. Una joven española llamada Margarita aceleró el ritmo y finalizó tercera. La pantalla mostró un primer plano del maquillaje arruinado de Margarita, y ella soltó un alarido. Su estilista se acercó deprisa para hacer las correcciones.

Kim y Lani se quedaron con Anna mientras Chris terminaba de sacar concursantes del agua una por una.

—¡Oh, cielos! —Kim le entregó el pareo a Anna—. ¡Eso fue muy gracioso! Después de que te habías zambullido, tres o cuatro chicas metieron la cabeza en el agua y comenzaron a agitar brazos y piernas. Cuando eso no funcionó, supusieron que la mejor opción sería arruinar el maquillaje de todo el resto. ¡Los camarógrafos se hicieron un festín! —Señaló la pantalla, que intercalaba el recuento de votos (Tiffany seguía a la cabeza) con tomas de mujeres que chillaban y chapoteaban. En la pantalla, un postizo navegó por la piscina y terminó en las gradas.

—¡Buena carrera, niña! —El padre de Anna se abrió paso entre la gente—. ¡Sabía que les darías una paliza!

Ella lo abrazó.

—¡Gracias, papá!

Sonó el silbato.

—Bien, señoritas. —Chandra ahuyentó a los estilistas frenéticos—. Ahora tienen la última oportunidad de mostrar su belleza frente a las cámaras mientras finaliza la votación por Internet.

Anna se dirigió al lugar que tenía asignado en la plataforma. Las demás concursantes se habían peinado y acicalado, si bien no como al principio, pero al menos ya no se veían como animales ahogados. Ahora arrojaron los pareos y enderezaron los hombros en un esfuerzo por impresionar. Anna se aferró al

pareo que Lani le había dado y observó la piscina de bordes infinitos fluir sin parar hacia Paradise Bay. Ella no necesitaba los votos. Había terminado primera por lo que pasaba automáticamente la ronda.

Hubo una larga espera mientras se calculaba el total de cada chica, y luego los resultados aparecieron en la pantalla. Lani estaba tercera, detrás de Tiffany. Ella y Anna intercambiaron sonrisas.

Las cuatro mujeres que quedaron eliminadas recibieron orquídeas negras y fueron acompañadas fuera de la zona de la piscina, lo que dejó a ocho participantes.

—Y ahora —anunció el presentador— cada una de las concursantes que quedan tendrá la primera oportunidad de besar al novio.

“Novio”. Anna casi había olvidado que ese era un *reality* de bodas. Miró a su alrededor con curiosidad. “¿Quién será el tipo?”. Habían dicho que el soltero original, Ryan Andersen, había abandonado el programa. Anna observó, primero perpleja y luego sorprendida, mientras Chris se acercaba a la noviacuda del octavo lugar y la recostaba en sus brazos.

No podía ser.

Chris besó a las participantes siete y seis. “¡No puede ser el novio!”. El hombre odiaba *Novia tropical*. Él mismo lo había afirmado. Claro que también había dicho que trabajaba en mantenimiento. Chris continuó por la fila mientras el presentador parloteaba sobre el cambio de novios. El premio en efectivo había sido doblado para compensar el hecho de que Chris no era multimillonario.

Chris llegó a Lani. Las cámaras hicieron un primer plano del beso. Duró mucho más de lo que Anna consideraba estrictamente necesario.

Lani se enderezó abanicándose.

Chris besó a Tiffany y mantuvo el abrazo aún más tiempo.

Anna cerró los ojos y oyó, mitad furiosa y mitad mortificada, a la audiencia entusiasmada. Sintió que Chris se acercó hasta detenerse frente a ella. Anna se había quedado despierta casi toda la noche anterior soñando con Chris. Imaginando esa clase de abrazo. Abrió los ojos y miró esos ojos azules perfectos.

No había soñado con besar a Chris frente a una multitud.

Él abrió los brazos con el ceño fruncido.

—¿Y bien?

—Felicitaciones —espetó Anna—. Espero que tú y tus noviacudas sean muy felices. —Esquivó el abrazo—. Porque yo no me casaría contigo aunque

fueras el último soltero en la Tierra.

Capítulo ocho

Chris se sentó con la espalda contra las piedras del molino calientes por el sol en el ingenio azucarero del Paradise y observó el feroz juego de vóleibol que eliminaría a dos de las ocho novias tropicales restantes. Durante la semana que había estado en el programa, había tenido su cuota de asados románticos, cabalgatas románticas, navegaciones románticas y paseos románticos bajo las estrellas. Lo que no había tenido había sido una conversación sensata.

Como parte de sus obligaciones, Chris había tenido una cita privada con cada concursante, compuesta por él, ella, el camarógrafo de *Novia tropical* y toda la audiencia de Internet. Y cada mujer había hecho todo lo posible por parecer más adorable que el resto. Pero eso era para el programa. Fuera de cámara, las noviacudas (el apodo de Anna había pegado) estaban tan disgustadas con Chris como él con ellas. La única cita que no había sido del todo falsa había sido la de Anna. Ella había elegido buceo de superficie y había utilizado la máscara como una excusa para no hablar. En aquel momento, ella y una chica de voz chillona y risitas tontas llamada Kayla estaban empatadas en el último lugar en el concurso.

Chris observó al equipo de Anna sacar. La pelota voló de un lado al otro hasta que Anna preparó un ataque que Lani remató por encima de la red y consiguió un punto. Sacaron otra vez y, después de un breve ida y vuelta, ganaron el set. Anna no era tan buena en vóleibol como lo había sido en la piscina, pero quedó en tercer lugar en el juego, lo que la alejó del peligro de quedar fuera del programa.

“No es que me importe. —Chris abrió la laptop y la equilibró sobre las rodillas—. Una noviacuda es igual que cualquier otra”. Abrió su sistema de administración de la propiedad e intentó leer los informes.

El tema era que Anna no actuaba como una noviacuda. No exageraba con la ropa, ni se cubría de maquillaje, ni intentaba sonsacarle favores al personal. Quizás la historia que Lani le había susurrado al oído era verdad: que Anna solo había entrado a *Novia tropical* para llevar al padre al Caribe.

Las mujeres tomaron un descanso, y varias se echaron agua sobre el rostro y el escote para las cámaras. Habría un set más y luego las cuatro participantes con el menor puntaje pelearían por los votos de Internet.

Chris contempló, por encima de la laptop, la pared de piedra que separaba la zona de picnic del ingenio azucarero del acantilado sobre Paradise Bay. Había pasado el año anterior restaurando los edificios de la plantación del siglo dieciocho, extendiendo el estacionamiento, agregando sanitarios ecológicos y un área de juegos para niños. Planeaban abrirlo al público al mes siguiente.

La puerta de un automóvil se cerró detrás de él.

—¿Sabes? —exclamó Ryan—, al menos podrías fingir que las chicas te interesan.

Chris cerró la laptop. Ryan caminó arrastrando los pies, cubierto por anteojos de sol y una gorra de béisbol grande, y cargando un pack de seis cervezas. Detrás de Ryan, Bobbie saludó a Chris como si fuera una ninfa y se arrojó a los brazos de su equipo, que le daba la bienvenida.

Ryan se dejó caer en el banco junto a Chris y le acercó una lata.

—No, gracias. —Chris sacudió la cabeza—. Uno de nosotros tiene doce horas de trabajo que recuperar antes de que termine el día. Felicitaciones, por cierto. —Levantó la botella de agua y saludó al primo—. ¿Cómo va la vida de casado?

—Espantosa. —Ryan se estremeció—. Pero hicimos un lindo crucero en tu yate. La capitana Greta estaba preocupada por tener que cancelar la reserva previa. Tuve que prometerle que tú no tendrías ninguna objeción.

—¿Por qué empezaría ahora? Aunque admito que no esperaba verte tan pronto. —Miró al primo con sarcasmo—. ¿Te sientes con valor?

—No golpearías a un hombre con anteojos de sol.

—Entiendo que pueden quitarse.

—Sí, pero, si lo hago, mi cabeza explotará. —Sus ojos irritados aparecieron brevemente cuando bajó los anteojos—. Y luego tendrás mi cerebro en tu consciencia.

Las mujeres se ubicaron para el último set de vóleybol. Anna saltó para sacar y anotó un punto. Chris observó con interés mientras la esposa de Ryan, Bobbie, interrumpió las felicitaciones que estaba recibiendo y retomó su lugar de presentadora frente a las cámaras.

Chris le frunció el ceño al primo.

—¿Algo salió mal?

Ryan inclinó la cabeza y terminó la cerveza de un trago.

—¿Has visto esos acuerdos prenupciales? ¿Esos contratos blindados que cada concursante firmó, donde se estipula específicamente qué sucedería si nos casáramos? —Abrió otra cerveza.

—Déjame adivinar —Chris alejó las cuatro latas restantes del alcance de Ryan—: Bobbie no firmó ningún prenupcial.

Su primó eructó.

—No.

—¿Y ya se terminó? ¿Por qué?

—No nos pusimos de acuerdo sobre *Novia tropical*.

La directora del programa corrió hacia Bobbie. Tampoco debieron haberse puesto de acuerdo porque Chandra retrocedió con expresión conmocionada.

Ryan volvió a eructar.

»Le advertí que deberíamos comenzar a reposicionar el programa para que la audiencia no esperase una boda.

—La boda siempre ha sido opcional.

—Técnicamente, sí. Pero, por el modo en que se desarrolla, sin una novia, sería un fracaso. —Estiró la mano para pedir otra cerveza.

Chris lo consideró por un momento y luego le dio una lata a su primo y abrió otra para él. Bebió un trago largo y dejó que el líquido le refrescara la garganta.

—De acuerdo. Dilo.

Ryan miró de costado.

—¿Decir qué?

—Lo que creas que me convencerá de casarme.

—No tiene que ser amor, ¿sabes? Solo elige una chica entre las más populares. Haremos una fiesta, organizaremos una gran ceremonia y finalizaremos el programa. Un par de semanas después, consigues una anulación sin llamar la atención. No hay pena sin delito.

El equipo de Anna ganó el último set. Las cámaras se abalanzaron hacia adelante mientras las cuatro mujeres con menor puntaje corrían hacia los estilistas. Solo Anna se alejó del tumulto, recogió su cuaderno de dibujo y se sentó sobre la pared de piedra junto al acantilado.

Chris dejó la cerveza y se volvió hacia Ryan.

—Ya sé que crees que una boda falsa está bien, y tú ya sabes que no estoy de acuerdo. Entonces, oigamos el verdadero argumento. Lo que sea que pienses que puede cambiar mi opinión.

—Mi esposa quiere ser productora. —Ryan se deprimió—. No solo de series web. Tiene en juego un trato para una película.

—Bien por ella.

—Si nos va bien, si *Novia tropical* es un éxito, Bobbie tiene patrocinadores sólidos. Me prometió que se llevaría la compañía productora y que se alejaría.

—¿Y si fracasan?

Ryan arrojó la lata vacía a un cubo de basura y falló.

—Si fracasamos, quiere cincuenta millones de dólares para financiar la película.

Chris silbó. De todas formas, su primo tenía veinte veces esa suma.

—Págale.

—No puedo. Después de lo de la mina de ópalo el año pasado, papá y el tío Henrik me hicieron bloquear mis activos. Todo lo que tengo, hasta probar que puedo tener éxito en los negocios, es una asignación moderada.

—¿Permites que tu padre controle tu dinero? —La asignación no podía ser moderada, considerando el estilo de vida de Ryan. De todas formas, Chris mostró empatía. El padre de Ryan, todos los tíos Andersen sobrevivientes, eran hombres duros para resistirse.

Ryan se encogió de hombros.

—Solo es temporal. Hasta que pruebe que soy exitoso.

—¿Quieres decir hasta que elija una novia en tu programa?

—Eso serviría.

—De acuerdo. Lo entiendo. —Chris se puso de pie y palmeó el hombro de Ryan. —Siempre me has apoyado. Y quiero que sepas que también te apoyaré. Su primo frunció el ceño con suspicacia.

—¿Lo harás?

—Después de que el programa fracase. Y tu esposa te despelleje. Y tu padre te quite la asignación por los siguientes cien años.

Ryan hizo una mueca.

»Tendrás un hogar en el Paradise Resort por el tiempo que necesites — prometió Chris—. Tendré uno de los monoambientes para empleados limpio y listo para ti.

—Eres puro corazón. —Ryan se puso de costado y estiró las piernas en el banco.

—Y un empleo. —Chris recogió las latas vacías y las arrojó al cubo de basura reciclable—. Trabajarás detrás del mostrador en el *snack bar*.

Ryan se cubrió el rostro con la gorra.
—Genial.

Capítulo nueve

Anna no podía determinar si estaba feliz o triste. Abrió el cuaderno de dibujo y trazó una línea gruesa a lo largo del papel. Por el lado “triste”, estaba harta de *Novia tropical*, harta de bichos raros que votaban a mujeres frívolas, harta de camarógrafos que se acuclillaban para filmar hacia arriba los pechos que se sacudían.

La línea se convirtió en un rectángulo y luego en una red de vóleybol llena de agujeros.

Por el lado “contenta”, estaba el padre. Una semana en el Paradise le había hecho mejor de lo que ella había soñado: le había bronceado la piel y quitado la preocupación del rostro. Se lo veía fortalecido, gracias al ejercicio diario y a la comida fantástica que Doris elegía para él. Ese día, se había ido hasta St. Thomas en una excursión de golf patrocinada por el Complejo, y Anna casi no se había preocupado.

También había que agregar que St. John era más hermoso de lo que Anna había imaginado. Dejó de dibujar y hojeó los bocetos que había hecho del océano, de la selva, de animales y de personas. Levantó el mentón y disfrutó de la suave brisa. La isla era adorable, y todos los locales eran geniales.

Todos, excepto uno.

Anna se detuvo ante el retrato sin terminar de Chris. Era lo mejor que había dibujado. Tal vez no desde el punto de vista técnico. No le había dedicado mucho tiempo. Sin embargo, se podía ver la esperanza, presentir las posibilidades que ella había sentido el primer día. “El día que me enamoré un poco de un atractivo extraño que decía mentiras”.

Anna cerró el cuaderno, incapaz de revivir la sensación de ira. Comparado con lo que ella había hecho (no admitir que estaba en el concurso), ella y Chris parecían estar empatados. Era probable que hubieran arruinado su relación. Eso hacía que el hecho de tener que regresar a casa en Milwaukee fuera más fácil de aceptar.

Se oyeron pasos detrás de la pared de piedra. Ella giró la cabeza y se avergonzó al ver al propio Chris vestido con los mismos vaqueros y remera

blanca ajustada que había considerado tan atractivos el primer día.

—¿Podemos hablar? —inquirió él—. ¿En privado?

—Está bien. —Anna apagó el micrófono y verificó que la luz roja de transmisión estuviese apagada. El equipo de producción estaba ocupado entrevistando a las mujeres que habían perdido el partido de vóleybol, repitiendo videos y alentando a la audiencia para que votaran por las dos mujeres que querían que se quedaran.

Chris frunció el ceño ante el acantilado, lo que le recordó a Anna que a él no le gustaban las alturas. Aunque ella no era estúpida. Había unos dos metros de pasto antes de la caída al agua.

—De acuerdo. —Respiró profundo—. Quiero disculparme. Lamento haber perdido los estribos después de la carrera. No hay razón para que no estés en el programa.

Ninguna razón, excepto que ella no había ido para competir.

—Supongo. —Anna se encogió de hombros incómoda—. Gracias.

—Aunque hubiese odiado ver cómo te desperdiciabas con mi primo. —Chris sonrió de costado—. Ese es él, por cierto. —Señaló un hombre con ropa costosa despatarrado sobre un banco—. Por si no lo sabías.

—Lo he visto en el programa. —Anna observó a Ryan Andersen con curiosidad—. Se lo veía más... activo.

—La vida de casado le quita al hombre la energía.

—Supongo —repitió Anna sin convicción—. De todos modos, yo también lo lamento. —Se mordió el labio—. Hablaba en serio cuando dije que *Novia tropical* era horrible... pero eso no me impidió aceptar el dinero del concurso y venir al Complejo.

—Y hacerles perder hasta la bikini a las demás concursantes. Lo estás haciendo genial.

—Tal vez. —Hasta que el total bajo de votos la alcanzó—. No lo sé. Todo lo que sé es que nunca podré costear un viaje como este otra vez. Así que estoy esforzándome por ignorar todo el drama y divertirme con papá.

—Bien por ti.

—¿Cómo estás tú? —preguntó Anna—. No pienses que soy entrometida. Supongo que ser el gerente del Complejo... Sí eres el gerente, ¿verdad? ¿No eres de la realeza danesa o el heredero perdido de Bill Gates o algo así?

Chris se sintió apenado.

—De verdad soy el gerente.

—¿No habías planeado convertirte en el novio de premio?

—Mi primo Ryan me puso de suplente. Justo antes de fugarse.

—Después de haberse enamorado de Bobbie. Lo sé. —Anna no pudo ocultar un suspiro nostálgico—. Es de lo único de lo que todos hablan. Hasta yo debo admitir que es romántico.

—Para él, tal vez —refunfuñó Chris—. Yo quedé pegado con las noviacudas.

Ella rio.

—¡Pobre de ti!

—Ahora está intentando obligarme a que me case.

La sonrisa de Anna desapareció.

—¿Qué? —Sintió una presión inesperada en el pecho.

—Lo siento. No es tu problema. —Chris sacudió la cabeza—. No te preocupes.

—¡Pero no puede obligarte a que te cases! —La presión en el pecho de Anna aumentó—. Quiero decir, si te enamoras, es una cosa. —¿Y si él se enamoraba de otra?

—Caes o saltas. O con Ryan cerca, recibes un buen empujón.

—¡Dile que no!

—Lo haré. Lo hice. No creo que pueda resistirme. —Chris miró hacia el agua—. Tiene un buen argumento. Las chicas tienen contratos prenupciales. La boda no tiene que ser honesta. Le debo mucho.

—¡Le debes un puñetazo en la mandíbula!

—Eso sí. —Chris hizo una mueca—. Pero lo otro también. Crecí sin nada; una posición incómoda en mi familia. Ryan me cuidó. Se aseguró de que tuviera buena ropa y de que fuera a la escuela, y trabajó duro para mantener a raya a mis primos arrogantes. Hasta chantajeó al padre para que pagara mi Universidad, algo que requería agallas. No tuve muchas oportunidades de devolverle el favor.

—Envíales flores —sugirió Anna—. Escribe una carta.

Chris rio disimuladamente.

—Buena idea.

—Pero entiendo el problema. Hay gente a la que le debes. No porque te dieron la vida o comida o educación, sino porque están de tu lado sin importar lo que pase.

El hombre se puso serio.

—Sí.

—Aunque no tanto. No para casarse con una noviacuda como recurso publicitario.

—En teoría, estoy de acuerdo.

—Deberías intentar la solución de Ryan —bromeó Anna—: fúgate durante el programa. —Cuando Chris permaneció en silencio, ella respiró profundo y se lanzó—. Encuentra a alguien en quien confíes, cástate en secreto y entrega el premio en dinero al final del programa sin elegir una novia. Si Ryan te hace problemas, le muestras la licencia de casamiento. Eso le cerrará la boca.

—¿Quieres decir que organice una boda falsa privada en lugar de una pública?

—Un matrimonio privado temporal —aclaró Anna—. Eso debe ser más honesto que fingir enamorarse en público solo para complacer a Ryan. —Tal vez—. Siempre y cuando la mujer esté de acuerdo.

Chris frunció el ceño pensativo.

—Si me caso, tendría que abandonar el programa.

—¿Sí? ¿Tendrías que hacerlo? —Anna intentó recordar su contrato—. ¿Firmaste algo donde prometías permanecer soltero?

—Prometí no casarme con nadie fuera de *Novia tropical*.

—Ah. Entonces, estás atrapado.

—Tal vez. —Frunció el ceño aún más—. O quizás pueda encontrar a alguien de confianza dentro del programa.

—Lo dudo. —Anna no veía el punto—. Además, si estás dispuesto a casarte con una concursante... —Se le cortó la voz. No querría decir...

Chris le tomó la mano.

—¿Qué hay sobre ti?

Chispas brotaron del cuerpo de Anna. Casi se cayó de la pared.

»Hablo en serio. —Chris la tomó del hombro para estabilizarla—.

Podemos escabullirnos, estar casados en papel por un par de semanas (digamos un mes para asegurarnos de que el concurso quedó en el olvido) y luego tramitar la anulación de forma discreta. Será totalmente legal y, como tú dijiste, el programa no ganará nada con presionarme para que me case.

—No podría hacerlo.

—¿Por qué no? Necesito a alguien práctico. Alguien generoso. Alguien que no haya venido para sacar provecho.

Anna sacudió la cabeza.

»Alguien que quiera lo que tengo —señaló Chris y agregó rápidamente—: Me refiero al Paradise Resort. Mira, ¿qué tal si les prometo a ti y a tu padre

dos semanas de vacaciones por año mientras, emmm, trabaje aquí? —Chris dudó—. Mejor aún: redactaré un contrato vinculante para el Complejo. Dos semanas, todos los gastos pagos, de por vida.

—¿De por vida? —Anna se bajó de la pared. Eso la dejó parada muy cerca de Chris—. ¿Dos semanas de vacaciones de por vida?

—Tomará un par de días organizarlo. —Él aún la sostenía—. Mi abogado puede redactar un contrato completamente legítimo. Por supuesto que no tendrás... es decir... son solo negocios. —La soltó y retrocedió—. No se requiere nada... emmm... íntimo.

“Como si eso fuera un problema”. Anna se sonrojó. ¿Podía hacerlo? ¿Casarse con Chris para que él no tuviera que casarse? El plan había parecido inteligente unos minutos atrás. Ahora sonaba triste.

»Anna. —Chris tomó sus manos entre las de él—. Sé que es repentino, pero no es tan loco como parece. Te observé, vi cómo te comportaste durante el programa. Sé que nunca me demandarías ni intentarías conseguir un acuerdo mejor.

—Claro que no. —De todas formas no podía imaginarse algo mejor que vacaciones pagas. “Excepto por el amor”.

—Esto será bueno para ambos.

—Parece algo mercenario.

—No lo es. Es bondadoso y amable. —Chris le oprimió los dedos—.

Anna Williams, ¿te casarías conmigo?

—De acuerdo. —No pudo detenerse—. Sí. —Se le aflojaron las rodillas, y Chris la sostuvo—. Lo haré. —Esperó que la besara. En su lugar, le oprimió los hombros y retrocedió.

—¡Genial! —Chris sonrió ampliamente—. ¡Fantástico! Regresaré de inmediato y arreglaré todo con mi abogado.

—De acuerdo. —A Anna se le hizo un nudo en el estómago.

Chris se alejó caminando, pasó las objeciones animadas de la producción, pasó a su primo recostado, directo hacia el estacionamiento.

“¿Estoy loca? —Anna observó al hombre mientras se alejaba en el auto—. ¿Acabo de prometer casarme con el hombre más agradable que he conocido... por un precio? —Claro que tendrían que verse a menudo—. Tal vez nos enamoremos...”. Anna se deshizo de esa fantasía. No iba a suceder. Lo que si pasaría serían vacaciones gratis en esa isla increíble todos los años por el resto de su vida.

Se obligó a sonreír. “Las cosas podrían ser peor”.

Dos noviacudas caminaron a toda prisa por el pasto hacia Anna: Tiffany, que había ganado el partido de vóleibol, y Kayla, que había quedado última. Por su expresión de furia, Kayla debió haber quedado fuera del programa. Anna tomó el cuaderno de dibujo de la pared de piedra por una corazonada.

Las mujeres se detuvieron una a cada lado de Anna justo cuando un camarógrafo las alcanzó.

Kayla hizo una mueca.

—¿Disfrutaste tu conversación privada, bruja?

—De hecho, sí.

Tiffany entrecerró los ojos.

—¿Crees que tienes alguna posibilidad con *mi* prometido?

Anna se cruzó de brazos.

—¿Crees —acotó Kayla— que Chris Andersen se casaría con un ratón como tú?

—¿Una rana? —Tiffany empujó a Anna de costado.

—¿Un sapo? —Kayla la empujó más fuerte.

Anna observó al equipo de filmación. ¿Se quedarían allí de pie sin hacer nada mientras la acosaban? Pero no, claro que no. Estaban grabando todo con cuidado. Les frunció el ceño a todos.

—¡Váyanse!

—Tú eres la que tiene la menor cantidad de votos —espetó Kayla—. ¿Por qué no te vas tú?

—Buena idea. —Anna aferró el cuaderno contra su pecho y comenzó a caminar—. ¡Adiós!

—¡Así, no! —Kayla arrojó el cuaderno de Anna al suelo—. ¿Por qué no vas a nadar? —Empujó a Anna contra la pared de piedra.

—¡A las ranas les gusta el agua! —comentó Tiffany.

Kayla tomó a Anna del brazo.

—¡Eres una rana!

—¡Basta! —Anna nunca había estado en una pelea. ¡Nunca la habían insultado! Se le hizo un nudo en la garganta, pero no lloraría.

Las mujeres levantaron a Anna como si quisieran arrojarla al océano. Pero eso era ridículo. La pared no estaba lo suficientemente cerca del acantilado. En cuanto se dieran cuenta, era probable que la golpearan.

“No seas una víctima. —Anna nunca había peleado con nadie, pero había asistido a clases de defensa personal—. No dejes que un delincuente tome el control”. Tiffany y Kayla no eran delincuentes, solo bravuconas con malhumor.

“Bravuconas con malhumor en sandalias”. Anna hizo un movimiento rápido hacia un costado y pisó el pie de Kayla con fuerza. La mujer chilló, se derrumbó de costado y se tomó el pie.

Tiffany intentó darle un puñetazo. Anna lo esquivó y dejó que el golpe diera contra la pared. Se dio vuelta y pateó la parte trasera de la rodilla de Tiffany, lo que la hizo trastabillar. Tiffany giró furiosa. Anna nunca antes había notado lo alta que era Tiffany. Alta y delgada. Con razón había ganado al vóleibol. Anna retrocedió con cuidado.

—Creo que debo advertirte que sé “Crab McGraw”. —Eso eran artes marciales, ¿verdad? Miró por encima de su hombro. Lani y otras mujeres se acercaban apresuradas. “Bien”. Solo debía resistir unos segundos más hasta que llegara la ayuda.

Excepto que... Tiffany no atacó. Se agachó, tomó el cuaderno de Anna y, con una mirada de pura malicia, comenzó a pasar las hojas.

—¡Este es horrible!

Anna observaba, horrorizada, mientras Tiffany arrancaba un dibujo de un loro, lo mostraba a la cámara y lo arrojaba hacia el mar. Los vientos alisios tomaron el papel y lo volaron de nuevo hacia el pasto.

»¡Este es espantoso! —Era una mangosta que Anna había visto en el Complejo—. Igual que tú. —Hizo un bollo con la hoja y lo arrojó por encima de la pared. Tiffany pasó más hojas, hasta que llegó al dibujo de Chris—. Bueno, bueno. —Mostró el retrato a la audiencia—. No puedo permitir que otras chicas dibujen a mi novio.

—¡Suficiente! —se oyó la voz de Chandra—. ¡Esto termina de inmediato!

Tiffany cerró el cuaderno. Dobló el brazo como si se preparara para arrojar un frisbee.

—¡No! —Anna saltó hacia adelante—. ¡No lo hagas!

Tiffany agitó el brazo y lanzó el cuaderno hacia el acantilado. Anna saltó la pared de piedra y dudó. No sabía qué tan seguro era el suelo del otro lado. El cuaderno rebotó y se balanceó mitad adentro y mitad afuera del borde del acantilado.

—Anna. —Lani llegó sin aliento—. Anna, no te arriesgues. Conseguiremos una sogá.

—De acuerdo. —Pero era demasiado tarde para sogas. Una ráfaga de viento levantó el cuaderno unos centímetros y luego (mientras las cámaras mostraban implacables el rostro de Anna) arrojó el libro por el acantilado hacia el olvido.

Capítulo diez

“Algo nuevo y algo viejo”.

Desde la barandilla del ferry, Anna observaba las paredes rosa de la terminal Charlotte Amalie adonde se aproximaba. Sus sandalias eran viejas. Esa parte estaba bien. Y tenía un certificado nuevo de Chris mediante el que se les garantizaba a ella y a su padre dos semanas de vacaciones en el Paradise Resort cada año por el resto de sus vidas.

“Algo prestado, algo azul”.

Había utilizado un solero batik sin espalda de color azul que ahora complementaba con un bronceado real. Respecto de algo prestado... aún tenía la mayoría de los ochenta dólares de Diane, y eso debería alcanzar.

“Me caso. —La idea era alegre y triste a la vez. Nunca había considerado el matrimonio. Ahora no había otra cosa en su mente—. Es solo una transacción comercial”. Anna cambió de mano el bolso y extrañó el peso conocido de su cuaderno de dibujo. Había dejado de dibujar, al menos por el momento y, en cierto modo, se sentía bien. Casi podía agradecerle a Tiffany por haber destruido su obra. “Casi”. Anna no podía permitirse distracciones tontas y románticas. Distracciones como casarse. De la forma menos romántica posible.

El ferry golpeó contra el muelle y extendieron una pasarela. Anna aguardó junto al padre mientras los demás pasajeros desembarcaban.

—¿De verdad no te molesta que me vaya? —Anna no le había contado a su padre lo que haría. No estaba segura de creerlo ella misma—. Tal vez esté ausente todo el día.

—Veamos. —Su sonrisa se arrugó—. Puedo ir contigo y pasar ocho horas caminando por la selva en medio de una nube de mosquitos... o puedo hacer una ronda de dieciocho hoyos seguida de un almuerzo ligero y de una siesta. Tal vez deba pensarlo un poco.

—Comprendo. —Bajaron ruidosamente por la pasarela. Anna apenas podía creer el cambio que esas dos semanas habían hecho en el padre. En lugar de un paciente pálido y con problemas de corazón, se había convertido

en un elegante hombre maduro. Ella había detectado a más de una huésped del Complejo que flirteaba con él, y hasta la madre de Chris, Doris, parecía estar interesada—. De todas formas... —Lo sostenía del brazo mientras se dirigían hacia los vehículos de safari utilizados como taxis—. Prométeme que te quedarás con el grupo del Paradise.

—Sí, doctora. —Le pellizcó la mejilla y se sentó en uno de los asientos con otros golfistas.

Anna observó al taxi tomar por Veterans Drive y luego miró a su alrededor dubitativa. Había recibido una nota donde decía que alguien estaría esperándola...

—¿Señorita Williams?

Anna pestañeó ante una amazona escandinava de casi cuarenta años, vestida con vaqueros cortados.

»Capitana Greta Jorgensen. El señor Andersen me pidió que la llevara hasta el barco.

—Encantada de conocerla. —Anna volvió a pestañear. La mujer parecía más una supermodelo que una capitana. Su apretón de manos, sin embargo, era firme y profesional—. ¿El barco de Chris? —preguntó Anna—. ¿El Paradise One?

—Venga conmigo, por favor. —Llevó a Anna fuera de la terminal de ferry hacia un bote inflable rígido para cuatro personas. Le entregó un piloto y un chaleco salvavidas y, luego de haber comprobado las hebillas, zarpó del muelle con aire experimentado. Abandonaron el embarcadero y se desplazaron rápidamente entre el tráfico espeluznante a lo largo de la costa de Charlotte Amalie. Desde ese ángulo, cerca de las olas que golpeaban, las embarcaciones parecían más grandes y escalofrantes de lo que se veía desde el ferry.

Anna se aferraba a su asiento detrás de la capitana mientras St. Thomas quedaba más pequeña en el fondo. Se dirigían hacia el sudeste, según pensó, hacia St. Croix. Era la tercera de las Islas Vírgenes de Estados Unidos, pero estaba a sesenta y cinco kilómetros. Un viaje largo y húmedo en una embarcación abierta.

—Lamento haberla traído en el bote inflable. —El tono fuerte de la mujer se oyó por encima del rugido de los motores fuera de borda—. El señor Chris me pidió discreción, y mi gabarra es bastante conocida.

—¿Su gabarra? —Anna sujetó con fuerza su pelo, que flameaba atado en una cola de caballo, y ajustó el piloto para proteger el vestido. Las gabarras eran pequeñas embarcaciones que se utilizaban para traslados entre una

embarcación grande y la costa. ¿Qué clase de capitán tendría un bote inflable rígido, como el bote en el que estaban, y además una gabarra?—. ¿Adónde vamos, capitana... emmm...?

—“Capitana Greta” está bien. —La mujer verificó el GPS y ajustó el curso—. Lo siento, pensé que estaba al tanto. Nos encontraremos con el yate Tordensky (que significa “nubarrón” en danés) en aproximadamente diecisiete minutos.

—¿Un yate? —Anna tragó sorprendida—. ¿Su yate?

—Tengo el honor de comandar el Tordensky. El yate le pertenece al señor Andersen.

Debía referirse a Ryan Andersen, el primo de Chris. Anna se quedó en silencio, preguntándose qué implicaba aquello. Chris no pudo haberle contado a Ryan sobre su boda secreta, ¿verdad? A menos que quisiera asegurarse de que su primo no lo presionaría para casarse en el programa.

Anna dejó a un lado las especulaciones inútiles e intentó relajarse y disfrutar de la sensación de volar mientras el bote atravesaba las olas, del sol abrasador y del rocío refrescante. Observó el agua con la esperanza de detectar algún delfín, pero había un turquesa parejo en todas direcciones. Era impresionante lo rápido que habían dejado atrás la costa, lo pequeño e insignificante que se sentía estar en mar abierto. Deseaba que Chris estuviera sentado junto a ella. Con él, ese plan de casarse había parecido menos alocado.

“¿Y si nos hundimos? —Su padre nunca sabría adónde había ido—. ¿Y si la gente del concurso descubre que me escabullí?”. Anna podría meterse en problemas pero, mientras el padre pudiera tener sus vacaciones, no le importaba. “¿Y si no le agrado a Chris después de casados?”. Eso no debería importar. La boda era solo una formalidad. No obstante, de alguna manera, importaba mucho.

La capitana Greta interrumpió el silencio.

—Allí está: el yate Tordensky, justo enfrente.

Anna se inclinó hacia adelante y divisó un punto en el horizonte. El punto creció hasta parecer un barco de juguete, luego uno real y después se convirtió en una monstruosidad de tres cubiertas pintada de blanco reluciente en la parte inferior y de gris arriba, como una nube.

—¡Es enorme! —Anna aniquiló el anhelo instintivo por su cuaderno de dibujo—. ¿Cuántas personas entran?

—Con personal completo, tenemos una tripulación de dieciocho y podemos albergar a dieciséis pasajeros que quieran hospedarse o a ciento treinta y dos invitados temporales. —La capitana Greta maniobró el bote alrededor de la popa del yate y amarró con destreza en una pequeña plataforma de atraque—. Me temo que ahora solo estamos un ingeniero, dos personas más y yo, por lo que el servicio puede ser un poco básico. —
Extendió la mano para ayudar a Anna a subir a bordo.

—Claro. —Anna asintió—. Me las arreglaré sin las comodidades. —
Siguió a su guía por una escalera ascendente y por un corredor hacia una oficina lujosa con paneles. El corazón de Anna palpitó cuando miró por la puerta. Sentado trabajando, frente a una vista del océano que subía y bajaba con delicadeza, estaba el hombre con quien se casaría.

La capitana Greta golpeó el marco de la puerta.

—Disculpe.

Chris levantó la vista de la laptop.

—¡Anna! ¡Estás aquí! —Sonrió—. ¿Cómo estuvo el viaje?

—Emocionante. Pero no tenía idea de lo que planeabas. —Creyó que harían la ceremonia en una oficina chabacana del Registro Civil. Anna tiró de la falda del solero—. Me siento desaliñada.

—Te ves fantástica. —Chris vestía sus típicos vaqueros y la remera blanca—. ¿Tienes hambre? La capitana Greta organizó el almuerzo. ¿O deberíamos repasar los tecnicismos primero?

“Tecnicismos. —A Anna se le cerró la garganta—. Nuestra boda”.

—Los tecnicismos, supongo. Si me das un momento para refrescarme.

—Desde luego. —Chris hizo una seña—. Greta te dará un camarote. Lo haría yo mismo, pero estoy tratando desesperadamente de ponerme al día con las órdenes de provisiones para el mes próximo.

—Claro —acordó Anna a regañadientes—. Está bien.

La laptop emitió un pitido. Chris giró y continuó escribiendo. Anna lo observó desolada. Sabía que administrar un Complejo debía ser un trabajo difícil. Y debía ser el doble de difícil ahora que Chris protagonizaba *Novia tropical*. Ella nunca había esperado que él hiciera un mundo de la boda, pero había imaginado que al menos pasarían unos minutos juntos.

La capitana Greta se aclaró la garganta.

—¿Cuál camarote?

Chris levantó la vista.

—¿Qué?

—¿Cuál camarote —repitió la capitana sin gracia— prefiere que utilice la señorita Williams? Tenemos el “Pez espada”, el “Olomina”, el “Estrella de mar”...

Chris frunció el ceño. La capitana Greta no le prestó atención.

»...El “Siluro”, el “Marlin” y el “Pez martillo”. —Se volvió hacia Anna—. No recomiendo el último. El señor Ryan lo redecoró entre el cambio de profesiones. Creo que le gustará...

—Está bien. Suficiente. —Chris se pasó la mano por el pelo—. Lamento ser un anfitrión horrible, Anna. —Cerró la laptop—. Me encantará acompañarte en persona.

La capitana guiñó un ojo en dirección a Anna.

—En ese caso, me ocuparé del almuerzo.

Chris se puso de pie y se estiró, lo que aceleró el pulso de Anna.

Simplemente no era justo para ningún hombre verse tan sensual en vaqueros. Se recordó que eso no era un matrimonio real. Ni siquiera una cita real. Pero, demonios. No era un delito que le gustara lo que veía. Además, necesitaban hablar.

Chris se acercó y la besó en la frente, lo que a ella le borró toda palabra de su vocabulario.

—Me alegra que estés aquí. —La tomó de la mano—. Ven.

Ella no podría decir adónde se dirigieron. Arriba por una escalera angosta, abajo por una más grande, entrar y salir por puertas, todo al ritmo desorientador del balanceo del yate. Terminaron en un camarote de lujo con una alfombra oriental gruesa y la vista magnífica del océano a ambos lados.

—Este camarote es el “Estrella de mar” —indicó Chris—. Siempre ha sido mi favorito. —Pareció que estaba a punto de atraer a Anna hacia él, pero luego cambió de opinión—. ¿Quieres ducharte? —Abrió una puerta corrediza y le mostró un baño elegante, aunque pequeño, de mármol—. Utiliza todo lo que necesites.

Anna mantuvo la vista alejada de la cama tentadora.

—Solo me lavaré la cara y quitaré la sal del pelo. —Se ocupó del tema en la pileta pequeña mientras Chris recorría el dormitorio y abría armarios y cajones.

—De verdad te agradezco que hayas aceptado hacer esto —señaló él—. Me sentía culpable: la boda de una mujer debería ser memorable. —Su rostro ansioso apareció en el espejo del baño—. ¿Tal vez sea demasiado para que renuncies a eso?

—Este yate es bastante memorable.

Chris se encogió de hombros.

»¿Qué hay sobre los hombres? ¿Sus bodas no deberían ser memorables?

—La mayoría de los hombres recuerdan lo que viene después de la boda.

Anna echó un vistazo rápido a la cama. Ella *no* estaba pensando en arrastrar a Chris hasta allí. “¡Para nada!”. Tomó el bolso y buscó el cepillo de pelo.

—Entonces, ¿este es el yate de Ryan? —Anna se miró al espejo y atacó el pelo—. Todo lo que la capitana Greta dijo fue que le pertenecía al señor Andersen.

—Cada uno de mis tíos Andersen... —Chris dudó—. Bueno, cuatro ahora, y dos primos, tienen yates. Ryan y yo solíamos escabullirnos abordo para beber akvavit y ver la colección de pornografía danesa de mi tío.

—¿Hablas danés? —Anna se ató el pelo en una cola de caballo.

—Poco. La familia ha estado instalada en St. Thomas por siglos, pero aún envían a sus hijos a Dinamarca para las vacaciones de verano. Ryan solía llevarme con él.

Anna se puso rímel y luego se pintó los labios.

—Suenan divertido.

—Si no te molesta oír que llaman “prostituta” a tu madre.

—Bromeas. —Anna no podía imaginar que alguien insultara a la energética Doris.

—No frente a mí. Por la noche, alrededor de la chimenea, cuando se suponía que los primos estábamos en la cama.

—Lo siento. —Anna contempló a Chris por el espejo. ¿Debería decir algo?—. Oí... —Había oído que el padre de él había sido desheredado—. Oí que tu padre se peleó con la familia.

—Mi madre era mayor que mi padre. Y sueca, que era un punto en contra. Y pobre, lo que, en su momento, hizo que el abuelo Andersen echara espuma por la boca. Repudió a mi padre e hizo todo lo posible para que el Paradise cerrara.

Anna recordó que Chris había comentado que sus padres habían sido dueños del Complejo.

—Eso es terrible.

—No creo que quisiera que mi padre sufriese. Solo que se arrastrara, rogara su perdón, abandonara a su familia y se casara con alguien más. Luego, papá murió de repente y, dos años más tarde, el abuelo Andersen tuvo un

derrame cerebral. La familia culpó a mamá, aunque principalmente porque les llevó tres años declarar al hombre incapaz para así poder tomar el control de la fortuna. —Chris se sentó en la cama—. Lo siento. Regresar al yate después de tantos años sacó todo a la luz. Fundamentalmente adoraba esos veranos en Dinamarca. Granjas de ovejas en la colina, diecisiete horas de luz solar, y montañas de primos daneses a quienes atormentar. Ryan y yo los convencimos de que éramos vaqueros estadounidenses, así que siempre elegíamos primero a... los caballos.

Anna hubiera jurado que estaba por decir “chicas”. Giró hacia Chris. Su expresión no era de amargura, pero había una línea de tenacidad en la mandíbula.

»Significó mucho para mí —agregó— recuperar el Paradise Resort. Significó mucho para Doris.

—Creo que comprendo. —Anna avanzó y se detuvo frente a Chris. Acarició un mechón de su pelo, grueso y ondulado, con una suave rigidez por la sal marina. Era extraño que no le hubiesen pedido que lo emprolijara para el programa. Anna intentó imaginarse a Chris como un adolescente desgarrado que se escabullía abordo del Tordensky—. ¿Cómo es la pornografía danesa? —preguntó, como al azar, y luego quitó la mano enseguida, sonrojada.

Chris rio.

—Casi como la televisión danesa. Escandinavia es bastante liberal. —La miró de manera extremadamente lasciva—. Sacaré alguna para mirar contigo, si quieres.

—Yo no... —Anna ni siquiera había visto pornografía estadounidense—. Es decir, no estaba sugiriendo...

—Qué lástima. —Chris se puso serio. Palmeó el cubrecama—. Ven aquí.

El movimiento suave del yate mareaba a Anna. Se mantuvo en su lugar y tocó el hombro de Chris. “¿Por qué no podría sugerir que miráramos pornografía? —Pasó las yemas de los dedos por el brazo musculoso—. ¿Por qué no podría sugerir más de esto?”. Le gustaba Chris más que cualquier otro hombre que había conocido, y estaba claro que a él le gustaba ella.

Anna levantó la mano de Chris, la dio vuelta, y acarició la palma endurecida por el trabajo. Recorrió la línea de la vida y la cerró en un puño. Lo mantuvo, magnético, entre sus manos.

—Anna. —Chris le tocó el lóbulo de la oreja. Sus ojos eran cielo y mar y olas.

Ella se inclinó para un beso.

Alguien golpeó fuerte la puerta del camarote. Anna retrocedió.

—¿Sí? —Chris se levantó de la cama con aire de culpabilidad.

La capitana Greta entró con una pila de fundas transparentes de ropa.

—Su tía dejó un montón de atuendos sin usar en el depósito. —No pareció advertir la turbación de Chris y de Anna—. Es una pena que nadie los haya utilizado. Pensé que a la señorita Williams le gustaría cambiarse para la ceremonia. —Comenzó a desplegar vestidos sobre el cubrecama.

—Buena idea —aceptó Chris distraído y luego pestañeó hacia Anna—. Eso si tú quieres.

Anna contempló los vestidos. Todos se veían hermosos y muy, muy caros.

—Emm..

—Claro que quiere. —La capitana observó los vaqueros de Chris—. Y usted también. Vaya a arreglarse. —Lo tomó del hombro y lo sacó del camarote—. Encontrará sus cosas en el “Marlin”.

Anna aguardó vacilante a que Chris se fuera.

—Debo contarle algo —soltó—. Solo nos casamos para proteger a Chris del concurso. No es una boda real.

—Tal vez, tal vez no. Pero igual debe hacerlo bien. Tenemos un dicho en Dinamarca. —La capitana Greta dijo algo que Anna no comprendió y luego lo tradujo—: Un buen comienzo provoca un buen resultado. —Sonrió—. Ha sido duro para Chris desde que su tío falleció. Esto es lo más feliz que lo he visto en años.

—Me dijo que, si él hubiese estado allí, habría evitado el accidente.

—Trabajé para Jacob Andersen por más de una década. Todo su matrimonio fue un largo y terrible accidente. —La capitana sacudió la cabeza—. Fue desgarrador haber perdido a los niños. Nunca los olvidaremos, pero Chris debe seguir adelante. —Sacó un vestido blanco suelto de la funda—. ¿Qué tal este? Quedará hermoso con su pelo y ojos oscuros.

Anna pasó los dedos por el costoso encaje. De repente, hacer que el día fuera especial pareció importante. Se quitó el solero y se probó el vestido. No era un verdadero vestido de novia, pero el efecto era similar. Contempló su reflejo y se preguntó cómo sería ser una novia real.

“Tal vez soy una novia real. —La capitana Greta parecía creerlo—. Tal vez Chris y yo nos estamos enamorando”. La idea aceleró los latidos de su corazón. Claro que solo era un sueño. En la realidad, apenas conocía al hombre.

La capitana Greta sentó a Anna frente a un tocador empotrado.

—Es bueno que Chris haya encontrado a alguien con quien compartir su secreto. —Sacó del cajón un cepillo y laca para el pelo—. Él tenía miedo de que la gente actuara diferente desde la muerte de su tío.

—¡Eso es terrible! —Anna quería buscar a Chris y consolarlo—. ¿Por qué deberían cambiar las cosas?

—Usted es una buena persona. —La capitana palmeó el hombro de Anna—. Créame, la mayoría de las mujeres cambiaría muchísimo si supiera que Chris heredó una fortuna. —Deshizo la cola de caballo de Anna—. La gente trata de otra forma a los multimillonarios. Es un hecho. Por eso se preocupó tanto por ocultar la verdad. —Comenzó a peinar y a arreglar el pelo de Anna—. Necesitaba a alguien en quien confiar.

“Alguien en quien confiar”.

Anna contempló su reflejo en el espejo. Se veía igual que una mujer viva. ¿Por qué de pronto se sentía como un trozo de madera? “Chris necesitaba a alguien a quien confiar su secreto”.

—Tiene razón. —Observó a la capitana sujetarle el pelo—. Tiene razón —repitió—. Chris necesitaba a alguien en quien confiar.

Pero, como no se lo había contado a ella, claramente no era esa persona.

Capítulo once

Chris no había estado en el Tordensky en años pero, si creía que eso significaba que se casaría en vaqueros, había subestimado a la capitana Greta. No solo había un traje nuevo, a medida, esperándolo en el camarote, sino también zapatos, camisas, y una selección de corbatas. Hasta le había dejado una flor para el ojal. Chris se vistió, mitad complacido, mitad irritado por la eficiencia de la capitana, aunque era un misterio por qué se había tomado tanta molestia por un matrimonio falso.

“Tal vez no cree que es falso”. Chris conocía a Greta desde que ella era una instructora de navegación de dieciséis años y de ojos luminosos, y él era un cachorro de primaria que seguía su estela. Le había contado todo sobre Anna. Ella había comprendido la situación al igual que él.

“Tal vez yo tampoco crea que es un matrimonio falso”.

La idea lo turbó. No podía negar que él y Anna tenían química. La habían sentido en el instante en que se habían tocado. Durante los días que siguieron a la decisión de casarse, Chris había sido emboscado una y otra vez por la fantasía de llevar a Anna a la cama. Tragó con fuerza al recordar los dedos de Anna en su brazo y la exploración tímida de su palma. Ansiaba levantarla en brazos y observar sus ojos marrones abrirse por el deseo sobresaltado.

“Algo que no sucederá —se dijo con dureza—. Hoy no”.

“Maldición”.

Chris se pasó una corbata alrededor del cuello y la anudó con un medio Windsor. Luego la desató e hizo un nudo Windsor completo. Sus sentimientos por Anna no eran solo físicos. Adoraba su sentido del humor, su lealtad al padre. Principalmente, admiraba la negativa firme de Anna a comportarse como una noviacuda. Si lograban superar el programa —cuando logran superar el programa—, le gustaría tener la oportunidad de pasar más tiempo con ella.

Chris no sabía cómo podría suceder, cómo todo su mundo podría cambiar tanto en un par de semanas. Pero, para tener una relación verdadera, tendría que contarle la verdad, y eso lo asustaba. ¿Y si ella no quería el dinero

contaminado de su familia? ¿Y si se enteraba de que Chris era rico y lo quería más?

¿Y si Anna se convertía en una noviacuda?

“No lo es. No lo haría. Lo solucionaremos”.

Chris colocó la flor en el ojal y se dirigió al salón, una habitación luminosa, de color miel, que abarcaba la mitad trasera de la segunda cubierta del Tordensky. Deambuló por allí, tocando arreglos florales inesperados, yendo y viniendo desde el salón hacia la cubierta. Todos esos preparativos nupciales lo ponían nervioso.

—De acuerdo. —Anna apareció en la puerta—. Supongo que estoy lista. —Se había cambiado y puesto un vestido de encaje semilargo despampanante, y se había recogido el pelo con un peinado elegante que dejaba la nuca al descubierto.

A Chris le palpitaba el corazón.

—Te ves hermosa.

—Gracias. —Anna se encogió de hombros—. La capitana Greta dijo que vendría en un momento.

—¿Estás bien? —Chris se acercó a Anna y le tomó las manos. Tenía la piel fría—. ¿Tienes frío? ¿Estás mareada? ¿Necesitas recostarte? —El yate tenía estabilizadores, pero algunas personas eran más sensibles—. Mencionaste haber navegado por el lago Michigan, por eso creí que estaríamos bien.

—Nunca navegué en algo como este yate. —Anna sacudió la cabeza—. Pero no estoy mareada. Estoy bien.

Chris llevó a Anna hasta la cubierta y corrió a buscar un vaso de agua.

»Gracias. —Bebió un poco—. Probablemente sean los nervios. Y... Ya sabes... —Anna hizo un gesto con la mano—. Flores. Todo esto. Ropa de diseñador. Una ceremonia privada en el yate de *Ryan*. No es lo que esperaba.

“El yate de Ryan”. Chris sintió una punzada de culpa ante el error.

—Greta está exagerando un poco —comentó—. La conozco hace veinte años. Es la única persona a la que le confié la verdad.

—Obviamente. —Anna se miró los pies—. El tema es que pensé que sabía lo que estábamos haciendo. Intercambiando favores. Ayudándonos. Y ahora, entre la ropa, y las flores, y este yate increíble... —Sus hombros se encorvaron—. Hace parecer que la tarde es una mentira.

—No es una mentira. Es solo que...

—No es verdad. Lo sé. —Anna se aferró a la barandilla—. Extraño a papá.

Chris se insultó para sus adentros. Claro que extrañaba a su padre. Cuanto más real hicieran la boda, más sola se sentiría Anna.

—Lo siento. No estaba pensando. —Le rodeó la cintura con el brazo.

Ella comenzó a relajarse, pero luego retrocedió. Chris se tragó los sentimientos heridos.

»¿Nos ponemos la ropa vieja? La capitana Greta puede arrojar las flores por la borda mientras nos cambiamos.

Anna sacudió la cabeza despacio.

Chris miró hacia el salón, apoyado sobre la barandilla. Quizás el problema de Anna no era que extrañaba al padre. Quizás se sentía tan confundida con toda la ceremonia como Chris.

»Anna —expresó con cautela—, sabes cuánto aprecio que hagas esto. Es un alivio saber que el programa no me puede obligar a casarme.

—Claro. —Apoyó la barbilla sobre una mano—. Y yo estoy feliz con las vacaciones de mi padre.

—Pero quiero algo más: me gustaría que te quedases después del concurso para que podamos conocernos mejor.

—No estoy segura de que eso sea prudente.

—Yo sí. Mi vida ha sido una locura estos últimos dos años. Yo estuve enloquecido. Y las noviacudas han sacado a relucir todo lo que siempre he odiado de la fortuna de mi familia.

—Lo has mencionado, sí.

Chris rio.

—Es cierto. Pero hay algo que no he dicho y es que, a pesar de todas las razones para odiarlo, tú has hecho que *Novia tropical* valiera la pena.

Ella giró para mirarlo.

»Hay un millón de cosas que necesito decirte, conversar contigo, y algunas son bastante serias. —Chris respiró hondo—. No sé qué sucederá, pero creo que hay algo entre nosotros, y juro que nunca sentí algo así por una mujer. —Le tomó la mano—. Prométeme que te quedarás como mi huésped después de que nos casemos. Dime que nos darás la oportunidad de resolver todo.

—¿Qué sucede si no podemos? ¿Y si no hay un “todo”? —Anna le oprimió los dedos—. ¿Y si no hay un “nosotros”?

—Entonces, estaré triste. Y tú estarás triste. Pero estaremos aún más tristes si no lo intentamos.

Se quedó quieta por un largo momento; luego avanzó y lo abrazó.

—Está bien. —Se acurrucó en su pecho—. Está bien.

Chris apoyó la mejilla sobre el pelo perfumado de Anna. Ella parecía tan correcta que quería tenerla en sus brazos para siempre, pero eso tendría que esperar.

—Por cierto. Hablo en serio sobre los preparativos de Greta. —Le levantó la barbilla y la besó en la nariz—. Una palabra tuya, y todo el conjunto se va al océano.

Anna frunció el ceño con escepticismo.

—¿Hasta ese traje que te hace ver como una estrella de Hollywood?

—Solo dilo. —Chris se aflojó la corbata.

—De acuerdo, listillo. —Se cruzó de brazos—. Desvístete.

Chris se arrancó la corbata, la balanceó una vez y luego la arrojó sobre la barandilla. El viento recogió la tela, la agitó por la cubierta inferior y la llevó hacia el mar. Le sonrió a Anna.

—Tu turno.

Ella miró su atuendo.

—¡Oh, no! ¡No podría!

—Lo justo es justo. —Chris estiró una mano.

—¡Mi vestido es una sola pieza! —Anna se escondió detrás de una tumbona.

—Bueno, entonces... —Chris desabrochó el saco—. Me toca a mí otra vez. —Parecía una lástima deshacerse de un saco hecho a medida. Sin embargo, se lo quitó y se preparó para lanzarlo.

—¡No! —Anna dio un grito ahogado—. ¡No, aguarda! Lamento haber estado enfadada. Adoro el yate, las flores, cómo te ves... ¡No cambies nada!

—¿No lo estás diciendo para evitar verme desnudo?

—Definitivamente no. —Se sonrojó de una manera hermosa—. Pero ahora necesitamos nuestra ropa. Creo que la capitana Greta está lista para nosotros.

De hecho, Greta estaba parada en el umbral de la puerta doble que daba al salón, vestida con su uniforme azul de gala de capitana de yate. Detrás de ella, sin uniforme pero peinados y presentables, estaban los dos miembros de la tripulación que serían los testigos.

—Ejem. —La capitana ignoró intencionadamente la corbata ausente de Chris—. Creo que todo está listo.

Chris le ofreció el brazo a Anna. Ella dudó, un poco asustada, pero luego asintió y se le unió deprisa. Siguieron a Greta hacia un buffet con velas

encendidas que lograba sugerir (aunque de ninguna manera imitaba) un altar.

»Como no tendremos una ceremonia formal —explicó la capitana— no hay requisitos legales, excepto firmar los papeles. —La atmósfera en el salón se tornó solemne. Se volvió hacia ellos—. Chris Andersen, ¿acepta por esposa a esta mujer libremente y por propia voluntad?

—Sí. —Chris colocó una mano sobre la de Anna—. Acepto.

—Y usted, Anna Williams, ¿acepta por esposo a este hombre libremente y por propia voluntad?

Anna se aferró al codo de Chris.

—Acepto.

—¿Tienen votos que quieran compartir?

Chris comenzó a sacudir la cabeza, pero cambió de opinión.

—Anna, mientras estemos casados, prometo cuidarte y poner tus necesidades por sobre las mías.

Anna parpadeó sorprendida y, luego de haber pensado un momento, asintió.

—Chris, mientras estemos casados, prometo confiar en ti, cuidarte y poner tus necesidades por sobre las mías.

Eso parecía suficiente. Chris se aferró a Anna, emocionado por su tierna expresión, y apenas advirtió cuando la capitana Greta los pronunció marido y mujer. Luego, al darse cuenta de que el acto había finalizado, se inclinó y besó a la novia. Antes de lo que hubiera deseado, tuvo que soltarla. Se tomaron de la mano, sonriendo con timidez, mientras los testigos firmaban la licencia de matrimonio.

—Felicidades. —La capitana Greta palmeó a Chris en la espalda—. Creo que serán más felices de lo que creen. —Se abrazó con Anna—. Mientras tanto... —La capitana señaló la mesa con exquisiteces, coronada por un pastel de bodas pequeño, pero bellamente decorado—. El almuerzo está servido.

Capítulo doce

—No puedo hacer esto. —Lani se aferró al brazo de Anna—. Vamos a morir.

—No moriremos. Claro que puedes. —Anna observó el enorme helicóptero y fingió una sonrisa confiada—. Tuvimos carreras de natación, hicimos malabarismo con erizos de mar, perseguimos burros engrasados y construimos refugios con ramas. —Por nombrar algunas cosas molestas que habían hecho en *Novia tropical*—. ¡Claro que vamos a hacer *bungee jumping*!

—Sé que es un poco tarde para mencionarlo, pero tengo miedo a las alturas.

—¿Desde cuándo?

—¡Desde que las alturas vienen equipadas con su propio helicóptero Chinook!

La misma Anna estaba teniendo un poco de problemas para enfrentar la tarea de ese día. En teoría, cada una de las seis concursantes que quedaban debía saltar del helicóptero, hacer una serie de acrobacias a elección desde la soga de *bungee* y luego arrojar al océano, donde la recogería una lancha. Habían pasado el día anterior practicando en una plataforma de salto en St. Thomas, lo que había sido muy divertido. Lani —una exgimnasta— había estado espectacular, y Anna —que había practicado clavados con el equipo de natación de la secundaria— al menos se las había arreglado para hacer unas volteretas en el aire.

Y, sin embargo, al enfrentarse con un helicóptero con rotores en tándem, Anna tenía dudas. Esa cosa era tan condenadamente grande y ruidosa...

—Estaremos sobre el agua —le comentó a Lani—. Incluso si algo se rompe, lo peor que puede pasar es una caída de nueve metros. Podría sangrarte la nariz si caes mal, pero nadie morirá. —Pensó por un momento—. A menos que haya tiburones. —Se preguntó si el sonido del helicóptero atraía a los tiburones.

—El peor de los casos *no* sería la caída al agua. Lo peor sería: la soga se rompe, tú te caes, la cuerda se retrae y se enrosca en el helicóptero, este se

prende fuego, cae en picada y termina en una bola de fuego sobre ti y tu nariz sangrante antes de que lleguen los tiburones.

—De acuerdo, eso es peor —admitió Anna—. Pero yo saltaré y, si tú no lo haces, te lanzaré la maldición de Old Milwaukee.

—¿Qué es eso?

—Tu cerveza olerá como peces pinchaguas muertos para toda la eternidad. Lani arrugó la nariz.

La verdad era que a Anna ya no le importaba *Novia tropical*. Chris la había invitado a quedarse en el Complejo, lo que significaba que su padre podría terminar las vacaciones aun si ella quedara eliminada. La única razón por la que se había presentado ese día era para apoyar a Lani.

“Bueno, no era la única razón”. Anna observó a Chris al otro lado del pasto que volaba: aguardaba, con una palidez poco natural detrás de unos anteojos de sol. El tío de Chris —el de Ryan también, supuestamente— había fallecido al estrellarse su helicóptero. El hecho de que Ryan llevara a todos en un Chinook... Las manos de Anna se cerraron en puños indignados. Chris no iba a saltar. Ella no entendía por qué debía ir. Pero, si él subía, ella también. Chris no estaría solo.

Sonó un silbato y la directora, Chandra, puso a todas en fila.

—¡Bien, señoritas! Excelente noticias: *Novia tropical* está ganando popularidad. Esperamos tener más de cien mil espectadores durante la emisión en vivo de este evento y, como saben, de ahora en más, el resultado se determina exclusivamente por los votos recibidos.

Eso significaba que Anna quedaría eliminada al fin. “¡Aleluya!”. Siempre quedaba atrás en las votaciones.

»Claro que —continuó Chandra— nuestro soltero, Chris, puede salvar a cualquier mujer con la que cree que puede desear casarse. Pero, como no esperamos que eso suceda, les aconsejamos que den lo mejor de ustedes. —Hizo una señal al equipo para que se acercase—. Ahora, los detalles: cada una estará equipada con cámaras y micrófonos a prueba de agua...

Anna permitió que le colocaran el micrófono y un arnés de salto de cinco puntas, que podía inflarse como un salvavidas en caso de emergencia. La luz roja de transmisión brilló en su micrófono, lo que le avisó que estaba prendido.

Lani se acercó y tapó los micrófonos.

—Oí que Silicon Valley cierra por completo durante nuestras transmisiones —susurró—. Recibí setenta y tres propuestas de matrimonio

esta semana. ¿Qué hay sobre ti?

—Solo una. Pero no estuve verificando. —Además de mandarle mensajes de texto a Diane —con cuidado de no mencionar a Chris—, Anna había evitado las redes sociales.

—Bueno, confía en mí. Ya conocí al objetivo para el financiamiento de mi videojuego. De ahora en adelante, no me importa si gano o pierdo. —Soltó los micrófonos.

Las hélices del helicóptero giraron más rápido y levantaron polvo. La producción subió la última pieza de equipo por la rampa.

Anna miró a Lani con los ojos entrecerrados.

—Si quieres decir que no vendrás...

—Digo que a Chris le gustas. Todos se dieron cuenta. Y a ti te gusta él.

—Yo... emm... —Creía que había sido discreta.

—Además, nadie quiere al hombre. Solo les interesa el premio en efectivo.

Anna sabía que nadie más quería a Chris. Fuera de cámara, las noviacudas pasaban el tiempo revoloteando alrededor del soltero original, Ryan.

»Así que no hay resentimiento si ganas. —Lani estiró la mano mientras una camarógrafa hacía un primer plano de ellas—. Mejores amigas para siempre. ¿Juramento de meñiques?

Anna rio, pero entrelazó el meñique de todas formas.

—Lo juro.

—¡Bien, señoritas! —La presentadora del programa, Bobbie, convocó a todas—. ¡Foto grupal! ¡Veamos esas sonrisas!

Anna se alineó con Lani junto a las otras cuatro participantes: la morocha Jessica, la escultural Tiffany, la cintura de avispa Verónica y Margarita, quien casi no hablaba inglés, pero había encantado a los votantes con su brillante sonrisa. Anna, con vaqueros cortados y una remera con la inscripción “Come queso o muere”, se había acostumbrado a ser la feúcha del concurso. Al menos su maquillaje era bueno, gracias a la hermana de Lani, y la trenza francesa era perfecta para los vientos de helicóptero.

“Lo que significa que saltaré. —Anna miró con furia al Chinook—. ¡Para que sepas!”.

»Genial. —Bobbie las escoltó hacia adelante—. ¡Suban!

Anna arrastró a Lani por la rampa.

—No te preocupes. Estaremos bien. —Ocuparon sus lugares en asientos anaranjados a lo largo de la pared, en medio de olor a goma gastada y a

combustible de helicóptero. Chris, Ryan y Bobbie fueron los últimos en sentarse, junto a la rampa de carga, que se abriría para el salto. El compartimento del helicóptero estaba oscuro como una cueva después de haber estado bajo el sol del Caribe, pero Chris aún tenía puestos los anteojos de sol.

“Seré valiente”. Si Anna permanecía tranquila, tal vez él se sentiría menos estresado. Sonrió con una confianza que no sentía, recibió un gesto silencioso de su marido secreto y animó a Lani para que saludara a las cámaras. La rampa se cerró. Los pasajeros se colocaron auriculares aparatosos mientras el helicóptero cobraba vida. Todo lo que Anna podía ver por la hilera de ventanillas cuadradas sobre los asientos de enfrente era el cielo azul vacío.

Chris se cruzó de brazos.

—Antes de que esto comience —su voz se oyó apagada en los auriculares—, quiero que sepan que nadie tiene que saltar. Cualquier mujer que prefiera quedarse en el helicóptero queda automáticamente salvada. —Se oyó el clic del micrófono que se apagaba. Bobbie y Ryan se acercaron para debatir con Chris. Un minuto después, el sistema de sonido se volvió a encender.

—Eso es ciento por ciento correcto —anunció Bobbie—. Hemos decidido no eliminar a nadie hoy. Sin embargo, continuaremos con la transmisión y, como ya han visto, los sucesos de hoy pueden influir en su popularidad total. —Sonrió para la cámara—. En estos momentos, el piloto dice que estamos en posición, así que sujétense fuerte mientras se abre la puerta.

La rampa bajó, lo que permitió la entrada del rugido de los motores y una ráfaga de aire húmedo. Adherido a la rampa, listo para engancharse a los arneses, había un equipo de salto como el que habían utilizado para practicar el día anterior.

“Voy a hacerlo”. Anna se aferró a su asiento anaranjado.

Un camarógrafo atado avanzó con cuidado y se agachó cerca de la rampa. La pantalla montada en la pared mostraba un panorama curvo del Caribe. Por la escotilla abierta, Anna divisó un helicóptero rojo mucho más chico, que seguía al Chinook con teleobjetivos.

Ryan se puso de pie y se digirió a los demás por los auriculares.

—Novias, quiero que estén completamente seguras de que el salto es seguro.

—Algo trama —murmuró Lani.

Detrás de los anteojos de sol, Chris frunció el ceño en señal de desaprobación. Ryan continuó:

—Por lo tanto, iré primero. —Le pasó los auriculares a Bobbie—. ¿Ven? —gritó—, solo deben abrochar... El helicóptero se sacudió. Ryan tropezó y erró al equipo de salto. Trastabilló hacia atrás, estiró los brazos y se balanceó de forma dramática al borde de la rampa. Las noviacudas gritaron. Nadie de la producción pareció alarmado.

Anna cerró los puños. “Va a saltar”. Un momento después, Ryan dobló las rodillas y ejecutó un salto elegante hacia atrás. Las cámaras lo siguieron durante tres saltos mortales y luego entró al océano de forma perfecta. Ryan emergió, saludó hacia el helicóptero y nadó hasta la lancha de rescate.

La pantalla repitió el salto de Ryan desde distintos ángulos. Chris había mencionado que solía saltar desde un helicóptero. Eso debía ser a lo que se había referido.

—¡Bueno! —Bobbie sonrió para la cámara—. Tal como lo demostró mi media naranja, ¡todo es completamente seguro! ¿Quién va primero?

—Yo lo haré. —Tiffany se pavoneó delante de Chris, le rodeó el cuello con sus brazos y lo besó.

Chris abrochó el arnés de Tiffany al equipo de salto. Ella pasó tiempo innecesario ajustando su bikini rojo, blanco y azul, volvió a besar a Chris y giró de cara a la rampa.

—¡Estados Unidos! —Tiffany mostró un puño—. ¡Este salto es por ustedes! —Corrió tres pasos y se lanzó majestuosamente al espacio. La cuerda dio un latigazo. La pantalla mostró a Tiffany cayendo, dando vueltas y saltos mortales como una porrista profesional. Rebotó y dio vueltas en el aire media docena de veces, gritando de alegría en el micrófono del arnés. Cuando terminó, Tiffany soltó la soga e intentó imitar la zambullida de Ryan. Pero comenzó demasiado bajo y cayó al agua con un tremendo golpe.

El bote de rescate se acercó deprisa. La pantalla repitió la imagen del panzazo de Tiffany cinco veces antes de que ella saliera con el rostro y el estómago rojos por el impacto. Lani y Anna ocultaron sonrisas iguales con las manos.

—¡Excelente comienzo! —Bobbie aplaudió—. ¿Quién sigue?

Anna miró a Lani, quien sacudió la cabeza. Se quedaron sentadas mientras la siguiente noviacuda, Jessica, se dirigía a la rampa. Con disciplina glacial, Chris ocupó su lugar frente a la mujer aterrada. La colocó de espaldas al cielo y la inclinó hacia atrás del mismo modo en que el instructor de salto había hecho el día anterior, hasta que lo único que la sostenía era el agarre mutuo de las muñecas. Chris abrió las manos para permitir que Jessica tuviera el control

absoluto. Una determinación aterrorizada invadió el rostro de la joven y luego se soltó. Cayó en picada, gritando. La voz de Jessica chillaba por el micrófono mientras llegaba abajo y rebotaba. No dejó de gritar hasta que el Chinook la bajó sobre las olas y luego quedó colgada, sacudiendo la cabeza y negándose a soltarse. Al final, Ryan se estiró en puntas de pie desde el bote y abrió el arnés de Jessica. La mujer cayó agitando brazos y piernas, pero un momento más tarde salió del agua con una sonrisa enorme.

Chris se quitó los anteojos, se secó el rostro y se los volvió a poner.

—¿Siguiente? —alentó Bobbie.

Anna observó a Chris en silencio solidario mientras Margarita y Verónica se turnaron. Chris inclinó a cada mujer para el salto con precisión mecánica. Margarita se aferró a las muñecas de él por tres minutos completos y rechazó la oferta de Chris de tirarla hacia adentro. Por fin soltó las manos y cayó cantando una oración. La sogla dio un latigazo. Para sorpresa de Anna, Margarita logró dos saltos en espiral, soltó la cuerda y entró al agua de manera limpia. Al igual que Jessica, subió a la lancha sonriendo.

Quedaban Anna y Lani.

—Al demonio con esto. —Lani sacudió la cabeza—. Paso.

—De acuerdo. —Bobbie miró a Anna—. ¿Qué hay sobre ti?

Chris se quitó los anteojos. Estaba completamente pálido.

“No quiere que lo haga”. Anna tenía sentimientos encontrados. Pero, mientras estaba sentada esperando, había tenido una idea: tal vez Ryan había hecho bien al llevar a Chris en el helicóptero. Quizás necesitaba ver que todos lo hacían y sobrevivían. Además, a pesar de las mariposas en el estómago, Anna quería intentarlo. Caminó hacia el equipo de salto, abrochó el arnés y sintió las manos fuertes de Chris que se aferraban a sus muñecas. Casi no habían hablado desde la tarde de la boda. Pero ahora, tomados de los brazos, pensó que se comprendían perfectamente. Chris le sostuvo la mirada.

—Estarás bien. —Ella no podía oírlo por el ruido del helicóptero, pero podía leerle los labios.

Anna asintió y se reclinó hacia el sol, que encandilaba. Abajo, la corriente descendiente del Chinook dibujaba un círculo plano en las olas. Chris abrió las manos. Anna se sostuvo, balanceándose entre el océano y el cielo.

“Suéltate —se dijo, pero nada sucedió—. Suéltate”.

Chris aguardó paciente mientras Anna luchaba por reunir valor. Luego, de repente, todos sus nervios se evaporaron. Sonrió (su primera sonrisa verdadera del día) y abrió las manos.

El viento rugía. El mar azul se elevaba. Anna gritó de júbilo. La soga se estiró, llegó al límite y retrocedió. Ella intentó una vuelta en el aire, rebotó, se enrolló para un salto mortal, luego extendió brazos y piernas, y voló. Fue lo más maravilloso que había hecho. No quería bajar. Anna se balanceó para acumular impulso y luego dobló las rodillas y dio otro salto. Entonces, vio que Ryan le hacía señas para que bajara. Anna soltó el broche de seguridad, cayó unos cuatro metros y casi se ahogó con agua de mar por estar riéndose tanto.

La lancha la recogió, y Anna llegó a la orilla en una ola de euforia. Su buen humor duró después de haber atracado, después de haber esperado que el Chinook aterrizara, después de haber visto a las noviacudas haciendo alboroto alrededor de Ryan. No dejó de sonreír hasta que Chris bajó del helicóptero, asintió a la distancia sin quitarse los anteojos de sol, y se alejó.

Los rotores del Chinook se detuvieron. Las mujeres del concurso arrastraron a Ryan a los monitores para observar la llegada de votos. Anna se quitó el arnés de salto y mantuvo el equipo de video colgando de la mano.

—¡Anna! —Lani se abrió paso entre el grupo—. ¡Estuviste genial!

Anna recordó haber volado y sonrió.

—¡Deberías haberlo intentado! ¡Estoy lista para hacerlo otra vez!

—Tu popularidad se disparó. —Lani le mostró su teléfono—. ¡Mira! —La pantalla mostraba el sitio web de *Novia tropical*. Anna miró el video de uno de sus saltos mortales. No fue brillante, pero la cámara tomó su sonrisa de entusiasmo. Subió al quinto lugar, delante de Jessica, y luego al cuarto, delante de Margarita. Lani mantuvo su segundo lugar detrás de Tiffany a pesar de no haber saltado.

»Ten cuidado. —Lani apagó el equipo de grabación y se quitó el arnés—. ¡O ganarás el concurso y tendrás que casarte con Chris!

Anna se sonrojó.

—Estoy bastante segura de que no se casará con nadie.

—Tal vez no. Bueno, olvidemos los maridos. —Lani señaló una mesa donde el personal del Paradise estaba armando un picnic—. Tendremos que conformarnos con el almuerzo. —Ninguna se había animado a desayunar antes del paseo en helicóptero.

—No lo sé. El programa continúa al aire. Tal vez debemos esperar.

—Nadie nos quiere. Están demasiado ocupados filmando a Ryan Andersen y a su harén cibernético.

Eso era verdad. Las cámaras estaban concentradas en Ryan mientras flirteaba de manera escandalosa con las noviacudas. Entretanto, Chris había

abandonado la zona y ya estaba sentado frente a su laptop. Se lo veía estresado y exhausto, completamente distinto del capitán de barco romántico que ella había dibujado el primer día.

—No es justo —gruñó Anna—. Chris trabaja tan duro, y todos lo tratan como basura.

—Son noviacudas. Prefieren que sus hombres sean ricos.

Chris era rico. Excepto que nadie lo sabía.

—Solían despreciarlo fuera de cámara. Ahora lo hacen todo el tiempo.

—Debes admitir que Ryan es más llevadero.

—¡No lo es!

—Bueno... —Lani observó a Anna de reojo—. Ryan está más dispuesto a fingir. Anima a las noviacudas a flirtear. Es bueno para el rating.

—¡El hombre está recién casado!

—Sí, pero él y Bobbie se están separando.

—¿Ya? —La huida había sido como un cuento de hadas—. Eso es horrible.

—No es horrible si eres una noviacuda. Significa que aún hay posibilidades de conseguir el premio multimillonario. —Lani empujó suavemente a Anna hacia la mesa de picnic—. Y como nosotras dos no estamos persiguiendo multimillonarios, ¡vamos a buscar comida!

Jessica y Margarita arrojaron a Ryan al suelo. Tiffany y Verónica se sentaron sobre su pecho y le hicieron cosquillas. En lugar de protestar, Bobbie reubicó las cámaras para tener un mejor plano.

Las noviacudas levantaron la remera de Ryan y se turnaron para lamerle el estómago. A Tiffany, sin-querer-a-propósito, se le soltó el bikini. Se acomodó los pechos de vuelta, tomó el traje de baño de Ryan y se lo quitó. Lo revoleó sobre su cabeza y comenzó a correr por el pasto. Ryan dio un salto —desnudo— para perseguirla.

Anna se dio vuelta y siguió a Lani un poco más que horrorizada. Al otro lado, Chris ya estaba trabajando en su computadora, ajeno al concurso. El hombre no tenía tiempo libre. Anna lo había visto levantado al amanecer inspeccionando el Complejo, acomodando reuniones de negocio junto a la piscina. Hasta había ayudado al verdadero hombre de mantenimiento a reparar los aires acondicionados —como había prometido el primer día— antes de sus apariciones en *Novia tropical*.

Ryan atrapó a Tiffany, la tomó de un hombro y le palmeó la parte inferior del bikini. Ella le arrojó el traje de baño a Verónica, quien continuó con

alegría el juego. Anna no podía soportar más. Ni a Ryan Andersen ni a las mujeres del concurso.

—Basta. Se terminó. —Arrojó el arnés a un banco—. Ya tuve suficiente de este manicomio.

Lani apartó la vista del espectáculo.

—No seas tonta. Estás en cuarto lugar. Podrías ganar.

—Me importa un comino ganar.

—Pero te importa Chris.

—¿Por qué yo? —Anna hizo un gesto con las manos—. Es decir, ¿por qué solo yo? —No era que quisiese que otras mujeres persiguieran a Chris. “Que le robaran el traje de baño”. Anna apretó los dientes.

—Las noviacudas vinieron por Ryan.

—¡Chris es mejor!

—Ryan es más divertido.

—¡Chris es inteligente!

—Ryan es rico.

—¡Chris también! ¡Deberías ver su yate! Solo porque trabaja en un empleo honesto... —Anna tragó saliva—. Oh, no. —Se le revolvió el estómago—. Oh, es un secreto. Por favor, no digas... —Cerró la boca, descompuesta.

Un silencio escalofriante comenzó a recorrer el campo. Hasta los vientos alisios se calmaron.

Además del helicóptero, el juego con el traje de baño también se detuvo. Ryan se puso el short con expresión confundida. Los susurros se propagaron por el equipo de producción, desde el editor de sonido a los camarógrafos hasta el elenco. Alguien murmuró al oído de Ryan. Él miró a Anna.

—¡Oh, maldición!

Anna bajó la mirada. Junto a ella, sobre el banco —justo donde lo había dejado— estaba el arnés y el equipo de video. “Lo apagué”. Estaba segura de haberlo hecho. Pero el micrófono tenía una luz roja incriminadora. Lani no tendría que preocuparse por guardar el secreto de Chris: Anna acababa de anunciárselo al mundo.

Capítulo trece

Durante su infancia, Chris no había pasado mucho tiempo con la familia paterna. Había pasado veranos en Dinamarca cuando era niño y tenía un surtido de parientes en St. Thomas pero, aparte de Ryan, los únicos Andersen con los que había tenido una relación cercana habían sido los primos jóvenes que habían fallecido en la explosión del helicóptero. Casi no había conocido al padre de ellos, quien le había dejado su dinero a Chris más por rencor hacia el resto de la familia que por afecto personal.

De todas formas, durante los dos últimos años, Chris había llegado a conocer y respetar al abogado de la familia, su tío Henrik Andersen. Fue Henrik quien ayudó a Chris a comprar el Paradise Resort, quien estableció los *holdings* necesarios para administrar la fortuna de Chris, y quien organizó el papeleo para que Chris se casara con Anna. Claro que Henrik también había redactado el contrato que terminó con Chris en *Novia tropical* pero, como también era el abogado de Ryan, Chris no podía echárselo en cara.

—Entonces... —El abogado estaba sentado en la pequeña mesa de conferencias en la oficina del conserje del Paradise Resort, exactamente a la misma distancia entre los sobrinos—. Creo que siempre supimos que llegaría el momento en que la herencia de Chris sería de público conocimiento. La pregunta es ¿cómo seguimos?

Las cosas habían estado sorprendentemente tranquilas durante las veinticuatro horas posteriores a que el comentario de Anna había salido al aire. Aparte de dos mujeres que habían intentado meterse en la cama de Chris y habían acabado (para su pesar) en la habitación de Doris por error, la única molestia había sido un par de pedidos de entrevistas por parte de emisoras locales de televisión.

Chris miró de reojo la computadora de la oficina, que mostraba la transmisión en vivo de *Novia tropical*. El programa estaba pasando una competencia de castillos de arena para eliminar a cuatro de las seis participantes que quedaban. Al menos ellos lo llamaban “competencia de

castillos de arena”. Como siempre, el objetivo principal parecía ser poner en ridículo a las mujeres.

En la pantalla, Anna terminó de construir un castillo tradicional y sólido, y luego fue a ayudar a Jessica, a quien le estaba costando. La cámara pasó a Tiffany, quien refunfuñaba intensamente.

Chris se pasó la mano por el pelo. No culpaba a Anna por haber divulgado el secreto. En realidad, no. No culpaba a la capitana Greta por haber supuesto de manera incorrecta que Chris había sido honesto con su esposa. Ni siquiera culpaba a Ryan. “La culpa es mía...”. Chris se interrumpió, sorprendido al descubrir que ya no se sentía culpable por el accidente del helicóptero. Triste, sí. Extrañaba con desesperación a sus primitos, quienes solían seguirlo como patitos alrededor del Paradise Resort. Pero no responsable. El accidente no había sido su culpa.

—Hay cantidad de personas ricas en las Islas Vírgenes. —Chris se volvió hacia el tío—. Supongo que no hay posibilidades de que mi historia pase inadvertida.

—Podría haber sucedido cuando heredaste el dinero, pero ahora... —Henrik se ajustó los anteojos redondos con marco de alambre—. Un joven soltero atractivo con una trágica historia familiar busca el amor en un *reality* de televisión...

—Serie web —corrigió Ryan.

—... en una serie web. El drama aumenta. El rating sube. Y, un día, se revela que el humilde soltero es un multimillonario oculto. Si la producción hubiese organizado esto a propósito, me habría impresionado. —Parpadeó con sus ojos azul claro hacia Ryan—. Como están las cosas, por supuesto, es pura torpeza.

—Supongo que eso significa que tú y papá no liberarán mis bienes pronto.

—Si pudiéramos encerrarlos más, estarían en la cárcel.

—Ja, ja. —Ryan sacó un cigarrillo, observó pensativo el escritorio vacío de Doris y lo guardó—. Por fortuna tengo un plan alternativo. Después de que mi exesposa me deje en la ruina, tengo una carrera en el negocio gastronómico.

—Trabajando en mi *snack bar* —aclaró Chris—. Sacando la basura y fregando la parrilla. —Miró el monitor. En la playa, Tiffany tenía seis baldes y los estaba llenando en el oleaje. Llevó la pesada carga hasta la arena, entregó baldes a Margarita y a Lani, y luego trastabilló de manera poco convincente y liberó el resto de la carga. Los baldes cayeron, rodaron y destruyeron una de las torres de Margarita. La española voló hacia Tiffany y la derribó. Rodaron

en la arena de un lado al otro, arañándose y tirándose del pelo. Aplastaron el castillo de Anna y una parte del foso de Jessica antes de que Lani vaciara un balde de agua arenosa sobre sus cabezas. Las noviacudas se pararon de un salto ocultando el pelo y maquillaje arruinados, y huyeron de las cámaras.

La pantalla mostró a Anna de pie junto a los montículos de arena que quedaban de su castillo. Le dijo algo a Lani, se encogió de hombros con filosofía y se arrodilló para ayudar a Jessica a arreglar el foso.

El tío Henrik estiró el brazo delante de Chris y apagó el monitor.

—Dejando de lado los proyectos laborales futuros de Ryan, la pregunta es ¿qué medidas de seguridad se necesitan para protegerte a ti y a tus huéspedes en este Complejo?

“Seguridad. —Chris volvió a concentrarse en la reunión—. Seguridad”.
Cómo odiaba esa palabra.

Ryan golpeó los dedos sobre la mesa.

—Bobbie cerró la zona de filmación a los visitantes y ordenó al equipo que mantuviera alejados a los periodistas. Sin embargo, debo admitir que ella traería barcos enteros de medios si creyera que eso mejoraría el rating.

Chris frunció el ceño.

—Tu esposa es muy humanitaria.

—Futura exesposa. —Ryan hizo una mueca—. Bobbie no es mala persona, pero está decidida a construir una reputación a partir de *Novia tropical*.

—Eso no importa —comentó Henrik—. La situación requiere seguridad profesional. Por el corto plazo, me tomé la libertad de contratar a tus primos, Lars y Lucas. El avión llega de Copenhague esta noche.

—¿Lars y Lucas? —Chris recordaba vagamente a dos hermanos engreídos—. Un poco esqueléticos, ¿no?

—Han hecho ejercicio —respondió Henrik con frialdad—. Además de eso, sugiero enfáticamente que abandones el programa de inmediato y te vayas al extranjero. Ryan y yo —entrecerró los ojos— nos quedaremos aquí para resolver cualquier dificultad legal o financiera.

—No puedo dejar el Paradise Resort.

—Si me lo permites, sí puedes. La propiedad está en excelentes condiciones gracias a tus esfuerzos durante los últimos dos años. Cualquier administrador general competente puede ocupar tu lugar. Por otro lado, será imposible que los huéspedes disfruten de su estadía si el Complejo se ve invadido de periodistas.

Chris no podía permitirlo. Algunas familias ahorran durante años para tomarse vacaciones en el Caribe. Suspiró.

—¿Qué tal si me mudo al yate?

—Eso sería una mejora. Pero permíteme decir que ha llegado la hora de que asumas un papel más preponderante en la administración de tu riqueza. Eres trabajador y tienes buen sentido para los negocios. —Lanzó una mirada fría hacia Ryan—. Permanecer aquí es desaprovechar tus talentos.

—Nunca pedí ser rico. Podría donar mi fortuna a la caridad.

—Donar una fortuna es, en sí misma, una gran responsabilidad. Ya sea que la conserves o que la dones, demandará tu atención.

Maldición. El hombre tenía razón.

—Déjame consultarlo con la almohada. —Chris echó un vistazo al monitor en blanco. ¿Qué pensaría Anna sobre ser rica? La cualidad que más le gustaba en ella era la completa falta de pretensiones. ¿Consideraría Anna tener una vida bajo vigilancia?

La puerta de la oficina se abrió, y Bobbie se asomó con un ramo de orquídeas negras.

—¡Allí estás! —exclamó ella—. Estamos por comenzar la ronda de eliminación final en la playa. Esta vez es una votación secreta, y necesito que Chris lea los sobres y finja estar interesado en los resultados.

Chris frunció el ceño.

—Estoy en una reunión.

—Creo que hemos cubierto todo. —El tío Henrik se puso de pie—. Por mi parte, estoy fascinado con las posibilidades financieras de tu producción. —Le ofreció el brazo a Bobbie—. ¿Puedo acompañarte hasta la playa?

La mujer esbozó una sonrisa amplia.

—Por supuesto.

Chris los siguió unos pasos detrás. No había podido hablar con Anna desde el salto del helicóptero del día anterior. La única vez que se habían encontrado, ella había soltado unas disculpas y había huido, al parecer segura de haber destrozado la vida de Chris. Pero Anna no había destrozado nada. Solo había destapado los destrozos que ya estaban allí. Unos destrozos que podrían arrastrarla a ella, a menos que él siguiera los consejos de su tío y desapareciera.

Chris ocupó su lugar en la playa e intentó concentrarse en el concurso. Debía admitir que Bobbie tenía talento. Había planeado la última votación por Internet para la última media hora antes del atardecer. El agua brillaba. Las

palmeras se mecían. Detrás de la playa, las ventanas iluminadas del Paradise Resort adornaban la ladera como antorchas polinesias.

Con las orquídeas negras para las participantes perdedoras, Chris caminó a lo largo de la línea de castillos de arena para darle a cada noviacuda una última oportunidad de presumir. Tiffany había construido una vivienda de pradera al estilo Frank Lloyd Wright. Lani, un palacio ruso en miniatura con cúpulas en forma de cebolla. Chris admiró obediente la imitación de cantería de Verónica y las torres de Margarita. En reemplazo del castillo destruido, Anna había esculpido una vaca recostada, que tenía un parecido indudable a Tiffany. Chris levantó una ceja, pero ella había girado la cabeza y no lo vio. Él odiaba pensar que había hecho infeliz a Anna. Si hubiese sido honesto con ella, si hubiese confesado lo de su herencia... Chris frunció el ceño. Si hubiera sido honesto, podría haberle pedido al tío Henrik que pagara la rescisión del contrato de Anna con *Novia tropical*.

Dos días atrás, la idea de arreglar problemas con dinero había parecido inimaginable. Ahora, Chris no podía creer que había dejado que Anna sufriera por algo tan pequeño.

—Continúa caminando —lo alentó Bobbie—. ¡Casi no queda luz natural!

Chris admiró la fortaleza medieval de Jessica y ocupó su lugar entre dos antorchas encendidas. Anna mantuvo la mirada fija en el agua, determinada a evitar los ojos de Chris, mientras Bobbie sacaba una serie de sobres negros con los resultados de la votación. Cuatro participantes estaban a punto de quedar eliminadas. Chris contempló los rostros tensos de las mujeres y se recordó que habían dedicado mucho tiempo y esfuerzo a *Novia tropical*. La mayoría no le importaba, pero sabía que perder sería doloroso.

—Damas —comenzó Chris—, fue educativo y placentero haberlas conocido. Lamentablemente, solo dos mujeres pueden pasar a la ronda final. —Se suponía que debía elegir una última cita privada con cada finalista y luego (como no habría boda) seleccionar a la mujer que recibiría el premio en efectivo.

Chris abrió el primer sobre:

»Jessica. —Llevó la ramita de orquídeas negras a la joven y la besó en la mejilla—. Fuiste la más valiente durante el salto desde el helicóptero. Gracias por haber estado en el programa.

Jessica, con los labios temblorosos, tomó la flor, luego asintió y caminó hacia el Complejo. Chris abrió los siguientes dos sobres y les entregó las

respectivas orquídeas negras a Margarita y a Verónica, y se tomó un momento para mencionar algo especial que cada una había hecho.

Quedaban Tiffany, Lani y Anna.

Chris abrió el cuarto sobre y leyó el nombre que temía: Anna. No podía decirlo. Ella no podía irse. Si Anna se iba en ese momento, regresaría directo a Milwaukee. Y con los asuntos de Chris sin resolver, podrían pasar semanas antes de que pudieran estar juntos y hablar. Durante todo ese tiempo, ella estaría cada vez más triste por lo ocurrido, más enfadada porque él no le había contado la verdad.

»Quisiera salvar a esta persona. —Devolvió el sobre negro a Bobbie.

Hubo un momento de silencio estupefacto, y Chris se preguntó si debería repetir sus palabras. Finalmente, Bobbie dio un paso adelante.

—Bueno. —Se dirigió a la cámara—. ¡Qué sorpresa! ¡Parece que nuestro multimillonario quiere conservar a Anna Williams en el programa!

Anna tragó saliva con tristeza y se cruzó de brazos. Chris no quería herir sus sentimientos. Pero sabía que Anna honraría su compromiso de quedarse y terminar el programa. En ese momento, no estaba seguro de que se quedara por él.

»De acuerdo. —Bobbie golpeteó con suavidad el sobre negro—. Anna se queda. ¿Quién es la desafortunada sucesora?

Solo quedaban Lani y Tiffany. Chris aguardó, intentando verse indiferente mientras una de las cámaras captaba un primer plano de su rostro. La otra cámara pasaba lentamente de la expresión demacrada de Anna a la sonrisa de Lani a la mirada de furia de Tiffany.

Por fin prepararon un nuevo sobre negro. Chris lo abrió y miró con culpa el nombre de Lani. Para su alivio, ella rompió a reír.

—¡Me toca! —Lani corrió hacia Chris, lo abrazó y le susurró—: ¡Ustedes dos estarán bien! —Se colocó la ramita de orquídeas en el pelo y saludó alegremente a la cámara—. ¡Busquen mi videojuego, Caballeros del Paraíso, el próximo otoño!

Lani lanzó besos al aire y se fue dando saltos.

El sol casi se había puesto. Al otro lado del agua, las luces de St. Thomas brillaban como hileras de velas en una enorme catedral oscura. La producción del programa puso luces adicionales para terminar de filmar y luego acercó a Anna y a Tiffany hacia Chris.

—Felicidades. —Chris le dio un beso breve a cada una. Tiffany lo rodeó con sus brazos y le habló como en un arrullo. Anna la fulminaba con la mirada.

Luego de un silencio incómodo, la producción se llevó a Tiffany para responder preguntas enviadas por los fanáticos.

»Anna, por favor. —Chris se quitó el micrófono y lo dejó sobre una mesa —. Tenemos que hablar.

Se dio vuelta para buscarla, pero ella ya había desaparecido.

Capítulo catorce

—¿Puedo ayudarla, señorita? —preguntó un hombre con seriedad.

Anna quitó la mano de la puerta de acceso solo para empleados del Paradise Resort.

—*Mamma mía* —murmuró Lani—. ¡Mira eso!

Anna estaba mirando. El vikingo de un metro noventa y cinco con el pelo recogido en una cola de caballo que caminaba hacia ellas no llevaba un hacha de batalla, pero ella dudaba de que pudiera haber sido más impresionante si así hubiese sido.

—Esta es un área restringida. —El vikingo se paró frente a la puerta, y Anna retrocedió automáticamente—. Solo para el personal.

Lani extendió la mano.

—Tú debes ser Lars. —Ella y su hermana, Kim, habían permanecido en el Complejo después de haber abandonado el concurso con la condición de brindar un cambio de imagen gratuito a los huéspedes a cambio de pensión completa—. Conocí a tu hermano, Lucas, en el desayuno.

Anna había comido con el padre, pero había oído rumores de que Chris tenía empleados nuevos. “Guardaespaldas”. La clase de empleados que necesitaba después de que ella le había arruinado la vida.

El hombre se levantó los anteojos de sol, lo que reveló unos ojos de color azul cobalto.

—Mi nombre es Lars Andersen. —Tenía un leve acento europeo—. Son del concurso, ¿sí? —Le sonrió a Anna—. Vi tu salto desde el helicóptero. ¡Fue brillante!

—Oh. Gracias. —Anna se preguntó si él era uno de los primos de Chris, de los de Dinamarca que había mencionado el día que ella había visitado su yate. “El día en que nos casamos”. Dos días antes de que ella parloteara sobre su secreto a todo el mundo. Anna se retorció con tristeza y deseó por millonésima vez haber podido retirar lo dicho o, al menos, haber podido correr a casa y ocultarse bajo la cama. Pero Chris la había obligado a

quedarse en el concurso, así que tendría que enfrentar las cámaras y dar lo mejor de sí.

Lani sostuvo en alto una tarjeta plástica de acceso.

—Buscamos a Doris. Marie, de Recepción, dijo que deberíamos ver en la lavandería y nos prestó su llave.

—Eso estuvo muy mal de su parte.

—¿Doris no está en la lavandería?

—No está permitido compartir las tarjetas de acceso. —Lars se apropió del artículo de plástico—. Sin embargo, será un placer acompañarlas en persona.

—Creo que podemos aceptar esos términos. —El rostro de Lani se iluminó con una sonrisa para derretir hombres. Como Lars no se derritió, ella se encogió de hombros y lo siguió.

Anna nunca había estado en el complejo para el personal y le sorprendió descubrir que parecía una ciudad en miniatura. Había un bloque de departamentos que podrían haber sido las habitaciones de huéspedes de la década del cincuenta; una guardería cercada, con niños en el patio; y una zona de estacionamiento para los carros eléctricos que llevaban huéspedes y equipaje. Para algo justo en el medio del Complejo, el lugar parecía notablemente privado. Ella y Lani siguieron a Lars más allá de la cabaña de mantenimiento hacia el aroma de sábanas recién lavadas.

—Buenos días. —Lars golpeó una puerta abierta e interrumpió el sonido de las risas de unas mujeres—. Tengo visitantes para la señora Andersen.

La lavandería del Paradise Resort era una habitación con mucho aire y luz, estantes de acero llenos de ropa de blanco, una mesa larga donde un par de mucamas chismorreaban y doblaban sábanas, y cuatro de las lavadoras y secadoras más grandes que Anna había visto. Una de las secadoras estaba fuera de sitio y, arrodillado entre tornillos, colocando el panel lateral con cuidado, estaba Chris. Por eso el guardaespaldas las había acompañado por el Complejo. Lars sabía que la espalda que debía estar guardando estaba allí.

—Buenos días, Anna. —Doris sonrió por encima de la sábana que estaba doblando. Era una mujer alta y delgada, que mantenía su pelo rubio canoso en un rodete distinguido. El conjunto sencillo que siempre vestía estaba cubierto por un guardapolvo celeste—. ¿Qué puedo hacer por ti?

Chris levantó la vista sorprendido.

—Buenos días. —Anna logró esbozar una sonrisa incómoda—. Yo, emmm.. —Sintió que Chris la miraba—. Es decir, Lani y yo... —Anna miró

con desesperación a las mucamas, quienes trabajaban juntas para doblar una sábana de dos plazas—. Emmm... ¿Puedo ayudar con eso? —le preguntó a Doris.

—Desde luego. —Doris entrecerró los ojos—. Pero me temo que Lani no puede entrar con sandalias. —Hizo un gesto hacia los químicos sobre los estantes—. Solo con zapatos cerrados.

Lani le dio un empujoncito a Anna.

—Está bien. Esperaré junto a Lars. —Se volvió hacia el guardaespaldas—. ¿Sabes?, soy una mujer extremadamente peligrosa.

Anna rodeó un carro de lavandería medio lleno y levantó un extremo de la sábana de Doris. Observó a las mucamas para ver cómo se hacía.

—Quería... —La tela estaba tibia y suave por la secadora. ¿Por qué las sábanas limpias le recordaban a Chris?—. Quiero decir... —Anna cerró la boca y se concentró en doblar. No ayudaba que Chris se viera tan atractivo, manchado con tierra, vestido con vaqueros. Esa era la clase de trabajo que él adoraba: la simple tarea de mantenimiento que había hecho toda su vida en el Complejo. La vida simple que ella había destruido.

Chris guardó las herramientas y se limpió las manos con un trapo. Anna y Doris doblaron otra sábana.

—¿Necesitas servicios de conserjería? —sugirió la madre de Chris.

—Sí. Es decir, n-no. Es decir, algo así. —Anna buscó ayuda, pero Lani estaba ocupada con Lars. ¿Por qué, oh, por qué tenía que estar Chris allí?—. Se trata de las citas. Las cenas románticas que estamos organizando para el programa. —Se suponía que ella y Tiffany debían organizar, cada una, una tarde íntima con Chris para darle la posibilidad a él de proponerles matrimonio.

Anna se estremeció. Tenía frío y calor al mismo tiempo.

»Lani y yo... Pensamos... —Evitó mirar a Chris—. Pensamos que, en lugar de una cita, podría organizar una fiesta para el Complejo. —Tragó saliva—. Para agradecerles a los huéspedes habituales por su paciencia con el programa.

Chris se puso de pie y agarró los lados de la secadora.

—¿Quieres hacer una fiesta? —Colocó el pesado aparato en su lugar.

—¡Lávate! —le ordenó Doris—. Y cámbiate la remera antes de que ensucies mi ropa de blanco limpia.

—Sí, mamá. —Chris caminó hasta la pileta de acero y rápidamente se enjabonó las manos.

Anna tomó una sábana e intentó fingir que no miraba. No funcionó. El hombre la estaba observando.

—¿Tú y Lani —fregó los antebrazos musculosos— quieren organizar una fiesta para nuestros huéspedes?

—En el restaurante del pabellón, en la cima de la colina. —Anna nunca había estado allí. El lugar era demasiado costoso. Pero había oído que era lindo—. Está cerrado los lunes, ¿verdad? Entonces, ¿podríamos usarlo mañana?

Chris terminó de fregarse y se secó los brazos con una toalla. Había una pila de remeras blancas dobladas, según vio Anna, sobre uno de los estantes. Antes de que pudiera considerar lo que eso implicaba, él se había quitado la remera sucia y la había dejado en un carro.

Anna se sonrojó. Las mucamas silbaron alegremente. Chris tomó una remera, arqueó una ceja sarcástica hacia las empleadas y, para cuando Anna pudo volver a respirar, él estaba prolijo y arreglado. Al menos ya sabía cómo se las arreglaba para estar siempre limpio.

Anna observó la tela arrugada en sus manos.

—Oh. Lo siento.

Doris quitó la sábana de los dedos entumecidos de Anna.

—¿Cómo puedo ayudar?

Lani se asomó por la puerta abierta.

—Buscamos adornos. Marie, de Recepción, dijo que tiene muchas cosas almacenadas.

—Sí, hay un depósito con elementos para fiestas.

—Pensamos —explicó Anna— que, si pudiéramos tomar prestados unos adornos y utilizar el pabellón la noche cuando está cerrado, el presupuesto que me asignó el concurso para la cita romántica —tragó saliva— podría cubrir la comida y el alcohol.

Chris frunció el ceño.

—Es una oferta generosa. ¿Hace mucho que lo planean?

—Desde ayer por la tarde. —Desde que Chris la había salvado para mantenerla en el programa. Anna había pasado la noche en vela preguntándose si eso significaba que él podría perdonarla. Al final había decidido que la mantenía como un castigo.

—Lo siento. —Chris sacudió la cabeza—. Tiffany ya reservó el pabellón.

—Ella ¿qué?

—Me buscó hace una hora y dijo que quería hacer una fiesta de agradecimiento para mis huéspedes. —Se cruzó de brazos—. También me gané un masaje en el cuello muy relajante.

—¡Esa vaca! —explotó Lani—. ¡Esa bruja entrometida!

—Llevó a todo el equipo de producción y grabó nuestra charla —explicó Chris—. Parecía sospechoso, pero le prometí que podía utilizar el pabellón mañana por la noche.

—Oh. —Anna intentó disimular su decepción—. Oh, es una pena.

—No, no lo es —gruñó Lani—. ¡Es totalmente desvergonzado! No podemos permitir que se salga con la suya. —Se volvió y le quitó los anteojos al guardaespaldas—. Supongo que no querrías asesinar a Tiffany.

—Podría. —Lars hizo una mueca—. Pero me temo que nunca lo sabremos.

—Te daré quinientos dólares.

—¡Lani! —protestó Anna—. ¡No te daré el dinero del presupuesto para matar a Tiffany!

—Aguafiestas. —Se enganchó los anteojos de Lars en la blusa—. Qué tal trescientos setenta y... no, aguarda, me compré estas sandalias... —Lani movió los labios en silencio—. ¿Dos cincuenta y nueve?

—En mi experiencia, lo único que puedes aniquilar por doscientos cincuenta y nueve dólares es una botella de vino. —Lars bajó la mano por el escote de Lani y recuperó lo que le pertenecía—. Y yo tomo Akvavit.

—Tiffany toma cualquier cosa. —Lani parecía pensativa—. Siempre y cuando venga en un coco ahuecado y con una sombrillita de papel. Apuesto a que, si muelo un par de botellas de laxantes... —Asintió y se dirigió hacia la reja de entrada.

—Será mejor que vayas por ella —le pidió Chris a su guardaespaldas. Echó un vistazo a Anna—. Creo que estoy a salvo aquí.

Lars se encogió de hombros en señal de acuerdo y salió detrás de Lani. Las mucamas doblaron la última sábana y sacaron el carro por la puerta.

—Bueno. —Anna suspiró. Esperaba que la fiesta fuera una especie de disculpa para Chris. Un paso diminuto para compensarlo por haber expuesto su secreto—. Bueno, ya está. Gracias de todas formas.

—Quizás —sugirió Doris— podrías hacer la fiesta en otro lado. ¿En el molino, por ejemplo? Está frente al pabellón, cruzando el estacionamiento, por lo que los huéspedes pueden trasladarse de un lado al otro.

Chris sacudió la cabeza.

—El molino no está listo para una fiesta grande.

—A veces tenemos que precipitarnos con las cosas, listos o no. —Su madre se quitó el guardapolvo—. Tengo una cita con el padre de Anna. ¿Por qué no le muestras el depósito? Tal vez entre los dos se les ocurran algunas ideas. —Colgó el guardapolvo de un gancho y se fue.

“¿Una cita con papá?”.

—¡Aguarde! —la llamó Anna, pero Doris no se detuvo. “¿Qué clase de cita?”. Anna se preguntó si Chris le había contado a la madre sobre la boda. Durante el desayuno, Anna por fin le había confesado toda la historia a su padre, con la idea de que le arrancarían la cabeza. Pero todo lo que él había hecho había sido palmearle la mano y hacer un chiste sobre haberse perdido la única oportunidad de almorzar en un yate.

Deseó que su padre estuviese allí junto a ella. No podía enfrentar sola a Chris.

—De acuerdo. —Él se aclaró la garganta nervioso—. Te mostraré el depósito.

—No tienes que hacerlo —señaló Anna—. Puedo organizar un picnic. —No, eso sería demasiado similar a su cita en el molino—. O podríamos salir a navegar. —Lo que le recordó al yate—. O... ¿pasar la tarde doblando ropa limpia? —Observando a Chris enjabonarse los brazos.

Anna puso los ojos bizcos. Chris la miró con curiosidad.

—O bien podríamos ver qué hay allí. —Guió a Anna por la puerta y pasaron varios edificios de bloques sin pintar. El depósito resultó ser tan grande como la lavandería, bien ventilado y agradablemente fresco. Conociendo a Doris, a Anna no le sorprendió encontrar el lugar libre de polvo, con cajas de plástico etiquetadas sobre estantes de madera. Los propios estantes eran más sorprendentes. Hechos a mano con madera fina oscura, parecía que debían estar en la biblioteca de alguien de hacía cien años.

—Estos son preciosos. —Pasó el dedo por la fibra—. ¿De dónde son?

—Mi padre los hizo. Cuando mis padres eran dueños del Paradise. Los estantes solían estar en el vestíbulo. —Chris señaló una foto junto a la puerta—. Esta fue tomada poco antes de que mi padre falleciera.

Anna examinó una foto de Doris, joven y animada, en la que sostenía a un bebé de pelo fino vestido de marinero. El hombre junto a ella se parecía mucho a Chris, pero cansado y encogido, como si estuviese enfermo.

—Ese soy yo. —Chris señaló innecesariamente al bebé.

—¿Qué sucedió? —Anna estuvo a punto de tomar la mano de Chris, pero luego lo pensó mejor—. Con tu padre, quiero decir.

—Neumonía. Había estado enfermo todo el invierno. Mis padres tenían la misma cobertura médica que sus empleados, que no era mucho en aquel tiempo, por lo que se negó a recibir asistencia hasta que ya casi no podía respirar. Murió de un shock séptico.

—Lo lamento mucho.

—Culpé a los Andersen durante mucho tiempo. Los detestaba, en verdad, hasta que Ryan se escabulló desde St. Thomas a los siete años para decirme que yo era su nuevo mejor amigo. —Chris sonrió—. Sorprendentemente, mi madre nunca estuvo resentida con la familia de mi padre. Dice que él vivió y murió en sus propios términos, que es todo lo que cualquiera puede hacer.

—¿De verdad? —Anna tenía demasiada experiencia con padres tercos—. Un poco creo que la familia se trata de compromiso.

—Tal vez. Debo admitir que es algo en lo que estoy trabajando.

Anna volvió la mirada hacia la foto, que mostraba un vestíbulo de hotel anticuado con caracolas de papel maché en la pared y pilas de chucherías y de juguetes de playa sobre los estantes del padre de Chris. Junto a esa había otras fotos del Complejo: algo más desgastado de lo que se veía en la actualidad, con una piscina mucho más pequeña. Pero la playa de arenas blancas era igual de perfecta y los edificios de mediados del siglo pasado tenían su propio encanto kitsch.

—Es casi una pena que hayan reformado el Complejo.

—Reformado y vuelto a reformar —corrigió Chris—. Entre la sal en el aire y las tormentas de verano, las cosas se desmoronan con facilidad. Después de que mi madre lo había vendido, convenció al dueño de construir este depósito. Creo que estaba más interesada en proteger los estantes de papá que el contenido, pero el depósito ha sido útil. Reutilizamos las decoraciones todo el tiempo para fiestas de cumpleaños, casamientos... —Se le quebró la voz. La última boda en la que había estado había sido la suya—. Anna...

—Detente. —Respiró profundo—. Aguarda, déjame decir algo. —Le tomó un momento reunir el valor—. Chris, siento tanto lo del programa... Creí que el micrófono estaba apagado. —Como si eso hiciera la diferencia—. Me... Me cortaría la lengua si pudiera retractarme.

—No es tu culpa —indicó Chris y, al ver la expresión triste de ella, agregó—: De verdad, no lo es. Ayer tuve una larga conversación con Ryan. La producción estuvo manipulando los micrófonos para que se encendieran solos. El objetivo era sorprender a la gente con la guardia baja y conseguir cosas más interesantes para el programa.

—¿Manipulan los micrófono? ¡Bromeas! —Anna no podía creerlo—. ¿Es legal?

—Es legal siempre y cuando estemos en *Novia tropical*. Nuestros contratos dicen que pueden grabarnos en cualquier lugar, en cualquier momento. Es exasperante, vil, y me hace lamentar haberles permitido filmar en mi Complejo. Pero es legal.

—No hubiese habido nada para grabar si hubiera mantenido la boca cerrada.

—Deberíamos haber hablado sobre el tema. Debería haberte contado sobre mi herencia para que pudiéramos idear un plan.

—No me debías nada.

—Tú confiaste en mí. Prometiste poner mi felicidad por sobre la tuya. —Chris sujetó la mano de Anna y le hizo palpitar el corazón—. Yo hice la misma promesa y luego hice caso omiso de la presión bajo la que estabas. Debí haber sido más honesto. Es solo que... —Desvió la mirada—. Mucha gente me veía como su pase a la fortuna de los Andersen, incluso cuando estaba en la quiebra. Significó mucho saber que tú no querías nada.

—Eso no es verdad. —Su mano se sentía tan cálida y firme...—. Quería vacaciones gratis.

—Eso era para tu padre. —Chris le oprimió los dedos—. Tú no has pedido ni una sola cosa desde que te conozco, excepto utilizar el pabellón. Y ni siquiera puedo hacer eso por ti.

—No importa. —Anna retiró la mano—. Pensaremos en otra cosa. Veamos qué hay aquí. —Comenzó a leer las etiquetas de las cajas—: Adornos para pasteles, velas, Navidad... —Eso tenía su propia sección de estantes—. Papel para regalos... —Anna abrió una caja con papeles de colores doblados prolijamente—. ¡Tu mamá guarda de todo!

—Un antiguo hábito de la isla. No podemos conducir hasta una tienda. —Chris bajó una caja etiquetada “Década del 20”. Había habido una fiesta de la Ley Seca para la última víspera de Año Nuevo.

Anna echó un vistazo a unas boas de plumas y collares de perlas de plástico. Sacó un collar largo y se lo colocó.

—¡Oye, tú, muchachote! —Sacudió las perlas contra el pecho de él—. ¿Bailas Charleston?

—¿Tradicional? ¿O Lindy-Hop?

Anna no tenía idea de lo que eso significaba. Chris oprimió la pantalla de su teléfono y lo colocó sobre un estante.

»Después de todo, no bailamos en nuestra boda.

Una melodía comenzó a sonar.

—Emm... —Anna retrocedió con timidez—. Nunca bailé. —No con alguien que le importaba—. Quiero decir, no un baile de salón.

—Es fácil. —Chris estiró una mano—. Dos pasos: adelante y atrás. —Le sujetó una palma y deslizó la otra mano de forma irresistible alrededor de su cintura, y comenzó a moverse hacia atrás y hacia adelante con un rebote entre los pasos. Anna se movía con él, siguiéndole el ritmo instintivamente. “¿Esto es seguir?”. Siempre había pensado que las mujeres que bailaban bailes de salón tenían grandes dificultades para poder seguir a sus parejas. Pero eso se sentía natural y más que un poquito íntimo.

Chris estiró la pierna, y Anna hizo lugar automáticamente. Él giró y la sostuvo mientras ella estiraba la pierna hacia arriba. Durante todo el tiempo, la mirada de él estaba clavada en la de ella. Anna nunca había mirado a un hombre por tanto tiempo. Nunca había experimentado la clase de atención vertiginosa, concentrada que Chris le estaba prestando. Él parecía tan correcto, tan competente...

La música terminó. Chris rodeó a Anna con sus brazos. Ella sintió los músculos de él contra sus caderas y muslos, y se aferró a sus bíceps. “Como cuando nos conocimos”. Como cuando él la había levantado del suelo, aquella tarde lejana, y ella casi... La boca de él se unió a la suya. Una ola de sensaciones bullía por su piel como champaña burbujeante. Él la levantó y la apoyó sobre... una caja o estante, no estaba segura... y la besó con pasión.

Anna se aferró a él y lo besó. “Esto no está pasando”. ¿O quería decir que no sucedía lo suficientemente rápido? Deseaba a Chris, lo deseaba más cerca. La idea de un milímetro de espacio o de ropa entre ellos le dolía.

—Anna... —Chris dejó de besarla y respiraba con dificultad.

Anna oprimió su mejilla contra el pecho de él y disfrutó el flujo de la respiración de Chris en su oído. El aroma a ropa limpia entraba por la puerta abierta.

—Supongo que... —Ella le besó el cuello—. Supongo que sería de mal gusto hacer el amor sobre las sábanas limpias de tu madre.

—¿En la lavandería? —Chris la miró sonriendo—. Un poco. Sí.

Anna consideró la caja sobre la que estaba sentada. O quizás el piso de hormigón impecable.

—Bueno... —Pasó las manos por debajo de la remera de él y tocó sus abdominales. “Oh, cielos”—. Si estiras el brazo y cierras la puerta... —A

menos que se desnudaran pronto, ella pensó que moriría.

—Anna. —El rostro de Chris se ensombreció—. Detente.

“¿Detente?”. La palabra fue como un balde de agua fría. ¿Había malinterpretado las cosas? Comenzó a formársele un nudo en el estómago.

—¿No...? —¿Había besado a Chris? ¿O él la había besado primero?—. ¿No quieres...? —El nudo subió hasta el pecho y le oprimió los pulmones.

—Claro que quiero. —Chris le besó las manos y le quitó el dolor—. Es todo en lo que he pensado desde el momento en que nos conocimos.

—¿De verdad?

—Bueno, no todo quizás. —Le dio vuelta las palmas y las acarició con la nariz—. El noventa por ciento.

Anna se estremeció, pero esta vez de placer.

—Yo también. Entonces, ¿por qué? —Quizás el depósito era demasiado sórdido. Quizás él pensaba que Anna era sórdida. “Quizás no puede olvidar que le arruiné la vida”.

—Anna, escucha. —La expresión de Chris comenzaba a palidecer.

Ella tragó saliva.

—Está bien.

—Mi tío Henrik (mi abogado) quiere que me vaya. Cree que necesito estar un tiempo solo para resolver algunas cosas.

“Solo”.

—¿Lejos del Complejo?

—En especial eso. Mi vida será un poco alocada por un tiempo.

—Lo sé. —Sus hombros se encorvaron—. Por mi culpa.

—No del todo. —Chris entrelazó sus dedos con los de ella—. Ni siquiera en gran parte. Henrik sostiene que jugué al gerente de hotel el tiempo suficiente. —Chris se encogió de hombros avergonzado—. Que ignoré responsabilidades más grandes. Y tiene razón. Así fue.

—¿Qué significa eso? ¿Se supone que debes irte a jugar al multimillonario?

—¿Demonios, no! —Chris sonrió—. Significa que habrá muchas reuniones. Mucho tiempo estudiando mis bienes para ver qué es lo mejor.

—¿Renunciarás a la isla? Parece algo tan triste...

—No es triste. Y no renunciaré. Ni a la isla ni a ti. Pero es un mal momento para comenzar una relación duradera, y es la única clase que quiero para nosotros. Entonces, me voy. Solo. Por seis meses, tal vez. —Le oprimió las manos—. Luego, si aún quieres, me gustaría que empezáramos de nuevo.

—Ya veo. —Parecía sensato. ¿Por qué quería llorar?

—Henrik creó un fideicomiso para ti. Pagó la hipoteca y los gastos médicos de tu padre, y recibirás una suma anual de por vida.

—¿Hizo qué? —¿Pagó las deudas de su padre? Anna se quedó estupefacta—. ¿Hiciste qué?

—No es una fortuna. No pensé que querrías algo así. Es solo una muestra de agradecimiento por haberme ayudado a comenzar a descubrir quién soy.

—Yo no... es decir... no... —Anna no estaba segura de lo que había hecho—. No tenías que darme dinero.

—Lo sé. Henrik insistió, así que eso es todo. Nuestra familia te causó muchos problemas. Además... —Chris parecía avergonzado—. Cuando regrese...

“Cuando regrese”. Anna comprendió. Cuando Chris regresara, ella no necesitaría su dinero. De ese modo, él sabría que ella lo quería por sí mismo.

»Además —bromeó Chris—, aún podría donar toda mi herencia. Podrías terminar manteniéndonos a los dos.

Anna no pudo sonreír mucho.

—Tienes razón. Es todo demasiado complicado. —Soltó a Chris—. Será mejor que... posterguemos las cosas.

—Por ahora.

—Por ahora. —Anna se bajó de la caja—. ¿Y por seis meses? —Miró con pesar la espalda ancha del hombre.

—Seis meses después del programa. Debo terminar *Novia tropical*. —Hizo una mueca—. Pero tú puedes renunciar ahora si quieres. La producción no te detendrá y, si lo intentan, Henrik los freirá como si fueran panqueques daneses.

A Anna comenzaba a agradarle el tío Henrik.

—¡Oh, cariño! —Ella rio—. ¡Dices las cosas más lindas!

Entonces, ¿debería renunciar a *Novia tropical*? ¿Irse ahora sin preocupaciones, sin deudas, *sin* Chris? Sacudió la cabeza.

»Seguiré adelante. Tiffany y yo daremos nuestras fiestas, y tú puedes darle a ella el premio. —Anna sonrió irónicamente—. No puedo esconder la cola y huir.

—¿Estás segura?

—Estoy segura. Excepto que... —Recordó la razón, la razón oficial por la que estaban en el depósito—. Excepto que necesito resolver qué haré para mi

fiesta. —Abrió otra caja—. Vaqueros: adultos. —Anna miró adentro con los ojos entrecerrados—. ¿Adultos? ¿En serio?

—Te sorprendería lo popular que es eso entre los turistas extranjeros. No nos atrevemos a decirles que St. John nunca tuvo arreo de ganado.

—O un tren de carga hacia donde arrear el ganado. —Anna examinó las hileras de cajas de bodas, que llenaban la mitad del depósito. Campanas, gasa, fundas de sillas, flores artificiales, un arco decorado. Pensó en la decoración sencilla que la capitana Greta había utilizado en el yate de Chris y en lo perfecto que había sido.

Chris encontró una caja etiquetada “Década del 80”.

—Esta es divertida. —Adentro había montones de cosas polvorientas coloridas.

—Debes estar bromeando. —Anna sacó un brazalete violeta de silicona—. ¡Oh, esto es genial! ¿Qué más hay allí? —Rebuscaron entre cintas para la cabeza, polainas coloridas y discos compactos de los ochenta. Otra caja contenía manteles de lamé dorado con flecos.

Chris encontró una bolsa con guantes blancos y se puso uno.

—Ryan y yo solíamos usar estos. —Dobló los brazos y caminó hacia atrás, como Michael Jackson—. Conocíamos todos los pasos de *Thriller*.

Anna desplegó un traje de tamaño natural de las Tortugas Ninja.

—Una fiesta de los ochenta. —Su cerebro concebía una idea—. ¿Podemos reservar la piscina y el *snack bar*? ¿El lunes, mientras Tiffany tiene el pabellón? ¿Toda la noche?

—Bueno, claro. —Chris se veía escéptico—. Pero queda muy lejos del pabellón. Y no creo que las tortugas Ninja atraigan a muchos huéspedes.

—No a los huéspedes adultos. —Rio ante el ceño fruncido de Chris por la confusión—. Es para sus niños. —Eso era perfecto. Un agradecimiento verdadero para el Complejo—. ¿Qué tal si organizamos una pijamada de los ochentas para los niños? Así sus padres podrían tener la noche libre y asistir a la fiesta de Tiffany.

—¿Una pijamada? ¿Para dos docenas de niños? —Chris levantó una ceja—. Parece mucho trabajo.

—¿Y qué? Lani y Kim ayudarán. En casa siempre organizo fiestas infantiles en la piscina. No son pijamadas, pero es lo mismo. —Anna estiró una cinta rosa fuerte sobre la cabeza de Chris y le paró la punta del pelo. Luego tomó el teléfono y le sacó una foto.

—No lo sé. —Chris hizo una mueca—. Es un poco despreciable hacerte trabajar de niñera mientras Tiffany se queda con toda la diversión.

—Diversión. ¡Bah! —Anna rio—. Tendré una *renta anual*. —Una pequeña renta, según había dicho él. Anna intentó virtuosamente no preguntarse cuánto sería—. Si voy a ser el sostén de la familia dentro de seis meses, tendrás que dejarme llevar los pantalones.

Chris rompió a reír.

—Está bien. Tú ganas.

—Memoriza esas palabras. Las dirás todo el tiempo. —Excepto que no sería así. Porque, dentro de dos días, Chris se habría ido. “Seis meses”. El buen humor de Anna se evaporó.

Chris cerró la caja de los ochenta.

—¿Qué sucede?

—De verdad se terminó una vez que dejemos este depósito —señaló Anna despacio—. Quiero decir, daré mi fiesta y me iré. —¿Y si Chris conocía a otra mujer? Alguien más inteligente, más rica y más digna que ella. ¿Y si perdía el interés en Anna después de haber empezado a vivir como un multimillonario?

—Tienes razón. —Chris le acarició la mejilla—. Tendremos que enfriar las cosas después de dejar el depósito.

—No más diversión. —Le oprimió los dedos.

—No más conversaciones en privado. —Le rodeó la cintura con el brazo.

—No más besos. —El pulso de Anna se aceleró. Levantó la cabeza.

—Qué bueno que aún estamos aquí —murmuró Chris.

Capítulo quince

Chris tenía que admitir que las luces que Bobbie había instalado en el pabellón eran impresionantes. Históricamente, la estructura de piedra era parte del ingenio azucarero, utilizada para bailes y entretenimiento al aire libre durante la época colonial. Durante los pocos años en que los padres de Chris habían sido propietarios del Complejo, habían agregado un estacionamiento muy necesario, y la reciente instalación de un ascensor de servicio había hecho del pabellón un lugar perfecto para bodas y fiestas. Un lugar perfecto, decorado con buganvillas, con una vista impactante desde Pillsbury Sound hasta St. Thomas, pero un poco desnudo.

Ahora, con una iluminación ajustada que resaltaba el trabajo en piedra y las enormes vigas del siglo dieciocho, el pabellón irradiaba romanticismo. Combinado con guardería gratis, bar libre, y la banda de música con saxo y tumbadoras (liderada por Roy, el amigo de Chris), la fiesta de Tiffany resultaba un éxito tremendo. No hacía mal que Lars estuviera allí, haciendo su rutina de guardaespaldas de cara impasible, que atraía a las mujeres como un rascador de un metro noventa atraía a los gatos.

Chris se tomó un descanso de atender a los invitados y encontró un lugar tranquilo que daba hacia el Complejo. Con cuidado, desconectó el micrófono. Debería estar feliz. La producción de *Novia tropical* se estaba comportando bien, las fotos de la fiesta serían una herramienta magnífica de marketing, y los huéspedes del Complejo parecían estar divirtiéndose. Habitualmente, Chris hubiese disfrutado de este tipo de reuniones. En ese momento, solo podía pensar en Anna.

Miró colina abajo, entre las palmeras ondulantes, hacia destellos de luz en el agua de la piscina, niños que corrían y globos. Se suponía que Chris dividiría su tiempo entre las fiestas de Tiffany y de Anna para, en teoría, proponerle matrimonio a una de las dos. Pronto, él y el equipo de cámaras bajarían a la piscina. Al día siguiente, le daría el premio en efectivo a Tiffany, y luego *Novia tropical* empacaría y se iría.

“Y Anna también”. Chris no dudaba de lo acertado de la decisión de liberar a Anna durante los próximos meses, de volver a empezar como una pareja luego de que él hubiera descubierto cómo ser un Andersen con dinero y no solo de nombre. Lo acertado de la decisión era evidente. Solo que no podía soportar la idea de dejarla ir.

Bobbie Burke se paseó por el pabellón hasta la pared de Chris. Su marido estaba visiblemente ausente de los festejos. Chris se preguntó si Ryan se había escondido.

—Entonces. —Bobbie había resaltado su apariencia de mitad de siglo pasado con un vestido negro sin tirantes y ajustado a la cintura y con una estola de zorro clásica—. ¿Tú qué crees? —Apoyo los dedos sobre los de él—. ¿Valió la pena haber puesto todas esas luces?

—Las luces están bien. —Chris corrió la mano.

—Dejé instrucciones sobre cómo utilizar el panel para distintos efectos. Es complicado, pero tu gerente de bar parece entenderlo.

—Jason es un buen tipo.

—Lo sé. Intenté robártelo para que se encargue de nuestro catering, pero no dio el brazo a torcer.

Chris frunció el ceño.

—La familia de su esposa vive en Tórtola. Nosotros, los locales, tendemos a quedarnos en nuestro sitio.

—Me di cuenta. Incluso cuando tienen opciones, incluso cuando pueden viajar por el mundo. Le da a una chica que pensar. —Bobbie miró de reojo—. Quiero decir, es lindo aquí, por supuesto. Pero podrías vivir en cualquier parte. Hacer lo que quieras.

—¿Qué es esto? ¿Una entrevista? ¿Un toque de color personal para tu programa?

—Extraoficialmente. Palabra de honor. —Se tocó el corazón—. Solo tengo curiosidad. ¿Qué estás haciendo aquí?

—St. John es mi hogar.

—Mi hogar es Rockland, Indiana pero, si tuviera millones, no los desperdiciaría en ese pueblucho. —Ladeó la cabeza—. De acuerdo, podría comprar el lugar y demolerlo. Pero, si lo hiciera, contrataría a una empresa de demolición. No malgastaría mi vida utilizando una maza.

¿Estaba Chris malgastando su vida?

—Me gusta administrar el Complejo.

—¿Te gusta? ¿De verdad? Porque, según Ryan, los últimos dos años han sido una pesadilla. Semanas de cien horas de trabajo. Tareas que te rompían la espalda. Estrés interminable por las facturas. Cuando podrías haber escrito un cheque y resolverlo todo. Entonces, repito la pregunta: ¿por qué?

Chris no podía explicar por qué exactamente. Adoraba el Paradise y, hasta hacía poco, odiaba el dinero de los Andersen. Pero ella tenía razón. La respuesta era complicada.

—Supongo que quería probar algo.

—¿Probar que tus padres tenían razón al haber comprado el Complejo? Eso no era de su incumbencia. El ceño fruncido de Chris se profundizó.

—¿Cómo lo sabes?

—Es de dominio público. El casamiento de tus padres, el cierre de la venta con el préstamo hipotecario, la desheredación de tu padre, la bancarrota y su muerte. —Miró a Chris con dulzura—. El huérfano de ojos azules que no tenía zapatos hasta que un primo con corazón de oro apareció y lo rescató.

“Maldito Ryan y su lengua floja”.

—Tenía tres pares de zapatos en perfecto estado. —Contando las aletas de buceo—. Y será mejor que Doris no te oiga llamarme “huérfano”.

—Medio huérfano. Bastante parecido. Luego, de repente, interviene el destino. Tu tío muere y te deja su dinero. Corres a comprar el Paradise Resort y dedicas tu vida a redimir el fracaso de tu padre. Es una gran historia. —Bobbie abrió su bolso y sacó una hoja doblada—. Será aún mejor cuando agregue esto. —Le mostró a Chris una copia de la licencia de matrimonio con Anna.

—¿Y qué? —preguntó Chris con prudencia—. Ella está en el programa. No rompimos ninguna regla.

—No violaron los términos de sus contratos. Es un truco sucio, pero no puedo demandarlos. —Bobbie se encogió de hombros—. Solo ten en cuenta que, cuando la vida arroja limones, hago una limonada pública.

—¿Qué es eso? ¿Una especie de amenaza velada?

—¿Fue velada? Lo siento. —Guardó la licencia en el bolso—. Déjame ser clara: quiero una boda. *Novia tropical* debe tener una boda. Tú elegiste a Anna, así que ella es nuestra chica. —Bobbie sacó una caja con un anillo y lo colocó en la mano de Chris—. Mueve tu trasero bien formado hasta esa estúpida fiesta de niños y proponle matrimonio frente a las cámaras. De lo contrario, juntaré cada trocito de publicidad jugosa y desgarradora (sobre ti, tus primos muertos y tu padre) y la colgaré por todo Internet. Por ejemplo, oí

que tus abuelos odiaban a Doris. Oí que lo atrapó en un matrimonio sin amor y que, después de que su padre lo desheredara, ella obligó al pobre hombre a trabajar hasta la muerte.

Chris se aferró a la barandilla.

—¿Por qué haces esto? —Él podría renunciar al programa y estamparle a Bobbie una demanda descomunal. Ella no podría hacerle frente al tío Henrik por mucho tiempo. Pero, en el corto plazo, los viejos rumores lastimarían a su madre. Doris nunca se había quejado de los Andersen, nunca había expresado insatisfacción con su vida. Pero Chris la había visto observar fotografías. Él sabía cuánto ella extrañaba al padre—. ¿Por qué fabricar un escándalo? —inquirió él—. El programa estuvo consiguiendo una gran cantidad de rating. Deja que Tiffany gane.

—El rating no construirá mi reputación. Debo brindar lo que prometí: entusiasmo, drama, y una boda de ensueños. Eso es lo que Ryan y yo nos propusimos.

—Entonces, ¿por qué demonios se fugaron? Él se habría casado con cualquier chica que le hubieras elegido.

—Tienes razón. Le gustaban todas por igual. *Novia tropical* no tenía profundidad emocional. Me casé con Ryan para sacarlo del programa.

Chris se quedó observándola.

»¿No lo entiendes? Tú eres el de la historia romántica. Tú eres el multimillonario humilde que perdió el corazón por una chica del medio oeste. Estuve volviéndome loca tratando de descubrir la manera de filtrar tu secreto pero, gracias a Anna, ese problema se resolvió solo.

—¿Ryan te contó sobre el dinero?

—No te veas tan espantado. No fue él. Doré algunas píldoras y conseguí una copia del testamento de tu tío.

Bobbie tenía razón. Chris no debería espantarse. El chantaje y la confabulación eran habituales en la familia de su padre. Chantaje, confabulación y batallas interminables por dinero.

¿Y qué sucedía con Chris? ¿Tenía algo por lo que valiera la pena luchar?

—Es una pena que tú y Ryan se estén separando —comentó él al fin—. Eres mejor Andersen que él.

—Dímelo a mí. Entonces, ¿está acordado? ¿Le propondrás matrimonio?

—Lo pensaré.

—Piensa rápido. —Se inclinó hacia adelante y reconectó el micrófono de él—. Mientras tanto, ve a bailar con Tiffany. Aún cree que podrías estar

interesado en casarte con ella. —Bobbie le hizo una seña a Roy. La banda comenzó a tocar una melodía lenta y romántica.

Chris encontró a Tiffany y la llevó a la pista. La multitud se abrió. Un reflector iluminó el vestido corto de color metálico mientras ella se deslizaba en los brazos de él. Chris apenas lo notó. Odiaba la idea de que Bobbie pudiera hacer sufrir a su madre. Pero la alternativa —casarse con Anna en *Novia tropical*— era igual de mala. Chris no sabía si él y Anna tenían un futuro juntos pero, si así era, su madre sería la primera persona en decir que no deberían comenzar un matrimonio bajo la amenaza de un chantaje.

Algo pellizcó la nuca de Chris. Tiffany sonrió con vehemencia.

—Al menos —susurró entre dientes— finge que te importa que esté yo aquí.

—Me importa. —Chris la sostuvo con un brazo mientras hacían un *dip*—. Porque terminé. Después de esta noche, el concurso se termina.

—No estés tan seguro. —La canción terminó, y las luces del pabellón se encendieron—. No has probado mi mercadería.

Chris comenzó a caminar. Tiffany lo tomó del brazo y caminó junto a él. Roy apoyó el saxo e hizo señas para pedir un tamborileo de atención.

—Damas y caballeros —llamó—, si todos pueden tomar asiento, los niños organizaron una breve actuación.

Chris arrastró a Tiffany hacia una mesa del fondo y la sentó en una silla. En lugar de quedarse quieta, ella se levantó y se sentó sobre la falda de Chris.

—¿Te gusta? —Tiffany se bajó el cierre frontal del vestido.

Las luces titilaron. Un trueno artificial se oyó en el aire. Hubo un coro de aullidos y gruñidos, luego aparecieron las notas iniciales de *Thriller*, de Michael Jackson, y Anna guio a un desfile de zombis en miniatura que se tambaleaban por la arcada. Los niños usaban cintas coloridas en la cabeza, polainas desiguales y un guante blanco. Tenían los rostros pintados para parecer lobos y monstruos. Anna detectó a Chris, suprimió un saludo y observó a Tiffany incrédula. Los niños levantaron las manos como garras y bailaron.

—Olvídalos, semental. —Tiffany se inclinó más cerca y mordisqueó la oreja de Chris—. El verdadero espectáculo está aquí. —Oprimió la mano de él sobre su pecho. Chris tocó parte de un pecho desnudo y casi saltó de la silla. El vestido de Tiffany estaba abierto hasta el ombligo y, de alguna forma, se había quitado el corpiño.

—De ninguna manera. —Casi la arroja al suelo, pero se detuvo al recordar a los niños—. Esto no está pasando.

—No te preocupes —dijo Tiffany en un arrullo—. Nadie puede ver. —Guardó el corpiño en el bolsillo delantero de Chris y buscó el cierre de su pantalón. —Apuesto a que nunca nadie te lo había hecho así.

—Te sorprendería. —Chris la tomó de la muñeca. Había pasado tiempo desde que salían de fiesta con Ryan. Pero conocía el juego—. Aquí, no. No ahora. —Le cerró el vestido—. Tu habitación, en una hora. Espérame entre las sábanas. Desnuda. —Enviaría a Lucas o a Lars a buscar su ropa. O, mejor aún, a confiscar el maquillaje. Jamás saldría en público a cara lavada.

Hubo una chispa en los ojos de Tiffany.

—¿Lo dices en serio?

—¿Tú qué crees? —Chris le tomó la cara con ambas manos y la besó. Fue un beso largo y bueno. Las cámaras, que grababan a los niños, se lo perdieron. Anna, que bailaba con los pequeños zombis, vio todo. A pesar del ejercicio, Chris vio cómo la sangre abandonaba las mejillas de ella.

El baile terminó, y los niños corrieron hacia sus padres para recibir las felicitaciones. Una cámara se precipitó sobre Tiffany, que se contoneaba sobre la falda de Chris. Él intentó fingir que ella no estaba. Por fin, Anna formó a los niños en fila para irse.

“Anna”.

Chris deslizó a Tiffany de su falda y se dirigió hacia la banda.

—Excelente música. —Estrechó la mano de Roy—. Gracias por haber tocado esta noche. ¿Cómo está Jeanine?

—Me envía mensajes cada tres minutos para avisarme que no está en trabajo de parto. —Roy sacudió el teléfono—. Ningún bebé por nacer ha causado tanto revuelo.

Chris sabía lo entusiasmado que estaba Roy por ser padre.

—Dale mis saludos. —Se dirigió a las escaleras.

Tiffany se abrió pasos a empujones hasta él.

—¡Cariño! —Lo tomó de la mano y, una vez más, un reflector la encontró—. ¿No tienes algo que pedirme? ¿Frente a la cámara? —Se inclinó hacia adelante y susurró—: ¿Antes de un sexo oral tan alucinante que te partirá la cabeza?

—¿Quieres que hable? ¿Aquí?

—Sin anillo, no hay placer —volvió a susurrar. Retrocedió con una sonrisa brillante y artificial—. Claro, cariño. Sabes lo antigua que soy.

—Está bien. Hagámoslo bien. —Chris metió la mano en el bolsillo y se arrodilló—. *Hay* algo que quiero pedirte.

La noviacuda se llevó las manos al pecho.

»Tiffany, ¿me harías el honor de usar... —Chris puso el corpiño en sus manos— tu ropa interior? —Y agregó en un susurro—: Tienes los pechos caídos.

Tiffany abrió la boca. Un hilito de baba se formó en el labio. Chris se irguió y se alejó.

—¡Te mataré! —chilló ella—. ¡Morirás! —Se sintió una ráfaga de aire detrás de él. Chris se dio vuelta y vio a Tiffany rebotar contra Lars y tambalearse sobre los tacos altos. El guardaespaldas la sujetó bajo un brazo.

—Siéntate sobre ella —gruñó Chris, feliz de estar al mando por una vez—. Enciérrala. Ahórcala, me tiene sin cuidado. Solo mantén a esa lunática lejos de mí hasta mañana.

Tiffany intentó patear a Chris en la espinilla, pero la levantaron en el aire. Quedó colgando, balbuceando, como una pelota de fútbol poco cooperativa.

—Tiene mucha energía. —Lars sonrió—. ¿Y si quiere bailar?

—Haz lo que quieras. —Chris se encogió de hombros—. Pero te recomiendo que tengas cuidado.

Capítulo dieciséis

Para una mujer que había pasado la mitad de su vida en la piscina con niños, Anna no estaba tan lista para su fiesta infantil como pensaba. Claro, su clase de natación más grande había tenido doce alumnos, mientras que treinta y dos niños, de entre tres y catorce años, se habían presentado para la pijamada, incluyendo los ocho a los que ella había invitado, cuyos padres trabajaban en el Complejo.

—¡Marco! —gritó Ryan Andersen desde el agua con una banda de toalla fluorescente para la cabeza, que le cubría los ojos.

—¡Polo! —exclamó un coro en respuesta.

Por suerte había tenido mucha ayuda. Lani y Kim entretenían a los niños al pintarles la cara como monstruos o al hacer cambios de imagen glamorosos. El padre de Anna había invadido la cocina del Complejo para hacer sus famosas galletas con forma de delfín. Y el chef de Chris, para no ser menos, había horneado una torta en forma de Pac-Man, con mini pastelillos para su “comida”. Entre los dulces, la piscina, el baile de *Thriller*, y una cantidad de discos de los ochenta, Anna creía que todos estaban divirtiéndose. Todos, excepto la camarógrafa aburrida, a la que le habían asignado grabar el evento.

Tiffany sin duda se había divertido en su fiesta. Anna recogió una pila de platos sucios y arrojó las sobras a un cubo de basura, intentando borrar la imagen de Chris besando a la noviacuda. Sabía que no estaba interesado en Tiffany. El problema era que muchas mujeres más acosarían a Chris ahora que sabían que era rico, y algunas de ellas serían más interesantes que Tiffany. Anna no estaba segura de poder vivir con eso, aun si Chris se lo pedía. Y, una vez que pelotones de mujeres hermosas e inteligentes comenzaran a perseguirlo, ¿cuánto tiempo más estaría Chris interesado en una profesora de natación común y corriente del medio oeste?

Anna sacó el móvil y —por enésima vez— repasó las fotos: Chris en el depósito con una banda rosa en la cabeza, la capitana Greta en el yate, decenas de fotos de St. John, de su padre, de Lani y de Kim. Encontró la primera fotografía que había tomado de Chris casi de perfil contra la timonera de su

bote. Anna recordó la riña después del partido de vóleibol y su cuaderno de dibujo que rodaba por el acantilado. La vida con un multimillonario podría ser una larga serie de riñas con mujeres.

—¡Marco! —Ryan se zambulló entre los niños que chillaban.

—¡Polo!

Anna echó un vistazo al reloj del *snack bar*. “Medianoche”. Guardó su teléfono. Era difícil de creer que los niños aún estaban despiertos. Hasta los mellizos de tres años se zambullían frenéticamente en el área acordonada para los más pequeños. Ella se escabulló hacia adentro para ayudar a Lani y a Kim a preparar hileras de divanes con sábanas blancas de hotel. Detrás del mostrador, el padre de Anna dejó una galleta de delfín para cada niño y guardó el resto en un envase. Anna cambió la música a canciones más lentas e hizo señales con las luces.

—Bien, pequeñuelos. —Caminó hacia el exterior—. ¡Hora de dormir! ¡La piscina está cerrada! —Para su sorpresa, media docena de niños salieron del agua, obedientes. Un par de adolescentes contratados para ayudar envolvían a los más pequeños en toallas con capucha y los llevaban adentro en busca de los pijamas. Ryan tomó a uno de seis años y lo sacó de la piscina.

—¡Marco!

—¡Polo! —chilló el niño y se volvió a lanzar.

Anna chifló.

—¡Última llamada para galletas de delfín! —Eso movilizó a más niños hacia la cama. Ryan se sacó la venda de los ojos y comenzó a perseguir al resto.

—¿Puedo pasar? —preguntó Chris. La verja de la piscina se abrió, y Lucas (el otro guardaespaldas vikingo, tal vez más grande y rubio que su hermano) dejó pasar a Chris y a dos miembros del equipo de *Novia tropical*.

—Estoy intentando calmar las cosas —señaló Anna—. No es un buen momento para traer más gente.

—Solo un camarógrafo y yo. Lucas se asegurará de que se comporte. —Chris dirigió una mirada significativa al guardaespaldas—. ¿Quieres ayuda para sacar a los niños de la piscina?

—Arruinarás tu ropa.

—Un administrador general siempre está preparado. —Chris colgó el sacó en una silla, se quitó la corbata y se desabrochó la camisa. Debajo de todo eso, Anna no pudo evitar darse cuenta de que se veía fantástico con su habitual remera blanca y los vaqueros oscuros.

—De acuerdo. —Desvió la mirada. Lamentablemente, la posó sobre la camarógrafa, quien filmaba con entusiasmo el striptease de Chris y luego a Lucas, que se reía abiertamente del ceño fruncido de Anna.

Chris se metió hasta los primeros escalones de la piscina.

—¡Ryan! —gritó—. ¡Adelante!

Para horror de Anna, Ryan levantó a la niña más cercana y la lanzó hacia los escalones mientras ella chillaba de alegría. Chris atrapó a la niña y se la entregó a un adolescente con una toalla. Ryan nadó de costado, atrapó a un niño que intentaba liberarse y se lo arrojó a Chris. Los otros niños se amontonaron rogando ser los próximos. En pocos minutos, la piscina estaba vacía. Ryan salió tambaleándose.

—Gracias, amigo. —Palmeó el hombro de su primo y se dejó caer en una tumbona—. Necesito una siesta.

Anna y Chris entraron para ayudar con los niños. El *snack bar* ya estaba tranquilo, con hileras de niños arropados en los divanes; algunos dormían, otros oían a Lani leer *La telaraña de Charlotte*, otros tantos aguardaban soñolientos a que Kim les pintara una luna o una estrella en las manos. Anna arreó dos rezagados medio dormidos hasta la cama justo cuando Wilbur era proclamado “cerdo notable”. Les pagó a las niñeras y acomodó a su padre en un diván en un rincón.

—¡Lo hicimos! —Lani le chocó la mano en silencio—. ¿Quieres que Kim y yo nos quedemos a dormir aquí?

—No, gracias. Estamos bien. ¡Lo hicieron de maravillas! —Anna la abrazó—. ¿Por qué no disfrutan del final de la fiesta de Tiffany? —Echó un vistazo a Chris—. ¿Puede ser?

—Claro, adelante. Me quedaré con Anna —anunció y agregó—: El equipo de cámaras puede dar una mano si los niños se despiertan.

Los de las cámaras no parecían fascinados por la idea.

»Entretanto —les avisó—, estableceré el borde más lejano de la piscina fuera de sus límites. Cualquiera que cruce el perímetro de un metro terminará nadando con todo su equipo. —Arrastró las últimas dos tumbonas hacia el borde de la piscina que daba a la playa, pasando junto a su primo que roncaba, lo que les dejó a los de la producción un par de sillas de plástico para niños.

»¿Anna? —Chris bajó las luces y encontró un plato de galletas de delfín sin tocar—. ¿Puedo participar de tu fiesta?

—Estás en tu casa. —Anna rescató el chal de gaza que le había dado Lani y se acomodó en una tumbona. Entre el sonido de las olas y la cascada infinita

de la piscina, el lugar elegido por Chris era un poco ruidoso. Pero era muy lindo, una oscuridad profunda iluminada por las luces titilantes de St. Thomas. La luz reflejada en la piscina resplandecía detrás de las tumbonas mientras que, arriba, unas nubes se turnaban para ocultar tres cuartos de luna.

Chris le ofreció su saco a Anna.

—Querrás cubrirte si vamos a pasar la noche al aire libre. —Se abrochó la camisa—. Refresca.

—¡Refresca! —Ella rio—. Le hablas a una osa polar. —De todas formas, se puso el saco, y disfrutó de la holgura masculina de este.

—No es el frío. Es la humedad. —Chris señaló la neblina baja sobre el agua—. Te sorprendería lo rápido que el viento y la lluvia pueden hacerte temblar.

—No tan rápido como el viento y el granizo.

—No lo sé —admitió Chris—. Esquíé un poco, pero siempre con buen clima. ¿Lo extrañas?

—¿El invierno? Cielos, no. —Anna pensó en su casa sobre la panadería en avenida Downer—. Bueno, tal vez algunas cosas. —Tomó una galleta de delfín—. Despertarme en las mañanas oscuras con el aroma de pan recién horneado. Las formas como de encaje sobre los ventanales mal aislados. Tenemos una terraza, y Diane y yo solíamos hacer caramelo masticable al echar jarabe de caramelo caliente sobre la nieve fresca. —Anna miró hacia el equipo de producción deseando atreverse a tomar la mano de Chris.

Él arrimó la tumbona para bloquear la cámara y estiró el brazo para tomar su mano.

—Caramelo masticable de nieve suena divertido.

—Era genial. Y el lago Michigan es muy bonito en invierno. Gris y desafiante. No suele congelarse pero, cuando ocurre, puedes pararte en la playa y observar un mundo de blanco infinito. Hasta que *tú* te congelas, claro. —El calor pasó de la mano de Chris hacia los dedos de Anna—. Lo que no extraño es el viento, ni el aguanieve sucia ni que se me congele el pelo en la parada de autobús. —Ni preocuparse por el padre y por el dinero. Pero todo eso había cambiado. Anna echó un vistazo al equipo de grabación—. ¿Pueden oírnos?

—¿Con la cascada? Lo dudo. Pero, por si acaso... —Chris tomó los micrófonos y los colocó junto a la caída infinita de la piscina. Nadie de la producción pareció notarlo.

»Estamos bien —aseguró Chris—. Se rendirán o terminarán con dolor de cabeza por oír estática.

—En ese caso... —Anna tragó saliva—. Debo agradecerte. Tu tío Henrik nos trajo hoy los papeles para mi anualidad. —Cincuenta mil dólares por año de por vida. No era una fortuna, pero era una suma generosa con la que él sabía que ella estaría cómoda—. Intenté rechazarla, pero Henrik me convenció.

—Es su trabajo. —Chris sonrió—. Por eso lo envié.

—No lo merezco. Nunca esperé recibir dinero.

—Yo tampoco. —Chris se encogió de hombros—. No cometas el mismo error que yo y huyas. —Se puso serio—. El dinero es un respiro, Anna. Entonces, mientras no estoy, puedes pensar en qué tipo de vida quieres.

—Yo quiero... —Anna quería quedarse con Chris. Odiaba la idea de irse a casa sola—. Quiero... —Se mordió el labio. Chris le había pedido seis meses, y ella necesitaba respetarlo. “Seis meses mientras otras mujeres intentan robárselo”. Una llama de celos se encendió en el corazón de Anna—. Quiero arrancarles los pelos a Tiffany.

Chris rio.

—No te preocupes. Después de esta noche, no está interesada en mí.

—Pero otras mujeres lo estarán. ¡Muchas mujeres! Y no estaré cerca para arrancarles los pelos.

Chris pareció sorprendido primero y luego halagado.

—¿Estás celosa?

—Un poco. —“Completamente”—. Ojalá tuviésemos más tiempo.

—Lo mismo digo. Pero encontraremos el tiempo. Este verano, si aún quieres. Lo prometo. —Le oprimió la mano y miró hacia el equipo de producción. Solo una de ellos estaba al borde de la piscina y estaba durmiendo despatarrada sobre una mesa de picnic. Chris juntó las tumbonas y armó un solo sillón de dos plazas—. Ven aquí.

Anna se acomodó bajo su brazo. Estaba fresco. La neblina del océano se había levantado e inundaba la playa y el muelle, lo que transformaba las luces debajo de ellos en puntos parpadeantes.

—¿Una galleta? —Levantó el plato y luego detuvo a Chris antes de que diera un mordisco—. ¡No, la cola, no! ¡Tienes que hacerlo bien, para que no sepa lo que le espera!

—¿Cómo es eso?

—Primero, el señor Delfín disfruta de su libertad. —Anna tomó una galleta y la hizo nadar por el aire—. Luego lo besas. —Hizo la demostración—. Y luego... —Anna mordió la cabeza—. Una muerte rápida, limpia y compasiva.

Chris observó al delfín.

—Espero que no seas tan compasiva con los maridos.

“Maridos”. Anna se sonrojó con un placer inesperado.

—Los maridos pueden conservar la cabeza. A los tres años, cuando patenté mi sistema, no sabía qué era un marido.

—De acuerdo. —Chris hizo nadar al delfín, lo besó y, sin dejar de mirarla, mordió la cabeza—. ¡Oh, maldición!

—¿Qué sucede? ¿Una cáscara de huevo? —preguntó Anna.

—Oh, demonios. Es la mejor galleta que comí en mi vida. —Chris masticó el cuerpo del delfín—. Y no puedo comer más porque nunca volveré a hacer eso.

—¿Nunca? —No podía culparlo—. Bueno, supongo que podrías saltarte la parte del beso.

—Y la natación. Y la decapitación ritual.

—Tal vez. —Frunció el ceño—. Tu método parece un poco cruel.

—Hagamos un trato. —Chris colocó el plato sobre la falda de Anna—. Tú nadas, besas y arrancas la cabeza. Yo comeré el resto.

—¡Perfecto! —Acabaron con el resto de las galletas. Anna hacía su ceremonia de la infancia con cada delfín y le daba el resto a Chris. Luego, ella alzó el brazo y recorrió la barba apenas incipiente en la mandíbula de él—. Esta noche realmente es la última. —Anna bostezó cansada—. Eso es bueno, supongo. Al menos el concurso acabó.

—Al menos.

—Si pudieras hacer cualquier cosa... Quiero decir, ahora mismo, conmigo. Si pudiéramos crear un recuerdo perfecto que durara seis meses, ¿cuál sería?

Chris le acarició los dedos con la nariz.

—¿Devorar otro plato de galletas?

—Hablo en serio. —Anna se estremeció. Él le besó el centro de la palma.

—Es una pregunta peligrosa para hacerle a un hombre.

—Eso no. —Retiró la mano—. Pero tampoco fiestas. ¿Cuál es tu cita soñada? ¿Un paseo en barco? ¿Baile en línea? ¿Pizza y videojuegos?

—No lo sé. ¿Qué harías tú? —Chris la rodeó con ambos brazos—. Y, por favor, no me digas que es baile en línea.

—Yo soy más una chica de polca. —Anna pensó en su cuaderno de dibujos perdido—. Me gustaría dibujarte otra vez. Puro y despreocupado, como antes de que todo esto comenzara. —Antes de que ella hubiese divulgado su secreto.

—Eso no era despreocupado, Anna. Era perdido. —Le acarició la mejilla—. No volvería a esa vida ni por un millón de dólares.

—Tal vez. —Su respuesta la llenó de calidez—. Pero igual quiero saber. —Anna se acurrucó más cerca—. ¿Cuál es tu idea de una cita ideal?

—¿Si pudiéramos hacer cualquier cosa, ir a cualquier lado, excepto a la cama?

—Excepto eso. —Anna cerró los ojos.

Chris le besó el pelo.

—Querría exactamente lo que tengo aquí y ahora.

Ella suspiró feliz.

—Yo también.

Capítulo diecisiete

Vivir como un multimillonario tenía sus ventajas. Chris abrió la laptop en el salón del Tordensky e ingresó la contraseña. Por ejemplo, podía pagar a sus familiares para mantener alejada a la chusma. En la cubierta, justo afuera de su puerta, bajo un toldo levantado rápidamente para la lluvia, *Novia tropical* se estaba preparando para entregar el premio en efectivo. Más allá de la cubierta, en el mar gris y con neblina, un anillo de botes espectadores rodeaba al yate como tiburones desiguales que merodeaban.

Bobbie había cumplido con su amenaza de vender la biografía de Chris. En el instante en que se dio cuenta de que él no iba a proponer matrimonio, ella armó una historia desgarradora: la muerte del padre, la infancia sin dinero, el trágico accidente del helicóptero. Hasta publicó videos de Chris donde jugaba en la playa con los primos la semana anterior a que murieran.

Chris golpeteó, malhumorado, los dedos sobre la mesa. Bobbie no había dicho nada sobre Doris gracias a unas rápidas amenazas legales del tío Henrik. Y no había mencionado el matrimonio secreto de Chris y de Anna. No había sido necesario. Su historia —y el sitio web de *Novia tropical*— se habían vuelto virales de inmediato. Chris apenas había logrado escapar de un convulsionado grupo de periodistas, y Lars y Lucas ahora estaban ocupados ganándose el pan al arrojar al océano a cualquier fotógrafo que atraparan escabulléndose en el Tordensky.

Chris leyó el informe contable del Paradise Resort, lo releyó dos veces, luego se rindió y llamó a un tripulante para que guardara la laptop bajo llave. Ya no importaba. Henrik había contratado un administrador general para que ayudase a Doris a manejar la propiedad. *Novia tropical* se iría aquel día — junto con Anna—, y Chris sería libre para pensar las cosas seriamente.

“Libre”. Chris echó un vistazo por las ventanas de popa y vio a Anna vestida de un modo encantador con un traje de buzo corto de color rosa. En tan solo unos minutos, él sería libre. ¿Por qué de repente eso sonaba a “solo”?

En el exterior, Bobbie se dirigía a las cámaras y señalaba a Anna y a Tiffany. Fuera de cámara, Ryan tomó una par de copas de champaña, se abrió

pasó entre la producción y el equipamiento, y esquivó a Lars para entrar al salón, lo que dejó pasar una ráfaga de aire húmedo.

—Bueno, primo. —Ryan le entregó una copa de champaña empapada—. Lo logramos. —Colocó el cheque de premio de *Novia tropical* sobre la mesa—. Una hora más y habrás terminado. —Una ráfaga de lluvia sacudió el toldo, lo que hizo que el estilista de Tiffany saliera corriendo en busca de laca para el pelo—. Por cierto, me gusta tu atuendo de navegación. —Hizo una mueca—. Muy sur de Francia.

Quería decir muy costoso.

—Es del tío Jacob. Tuve que huir del Complejo sin mi ropa. Y terminé con *Novia tropical* en este momento. —Apoyó la copa de champaña—. En cuanto salga por esa puerta y le dé el cheque a Tiffany.

—Sobre eso... sí —comentó Ryan—. Bobbie hizo cambios en el programa.

—¿Le propondrás matrimonio a Tiffany después de todo?

—Yo no. —Ryan se estremeció—. Nunca volveré a casarme.

Chris sonrió para sus adentros. Comenzaba a pensar que él tampoco volvería a hacerlo.

»La capitana Greta nos prestó tus Kawasakis. Las chicas correrán una carrera.

—¿En motos de agua? ¿Ahora? —Chris miró al exterior—. ¿Bajo la lluvia?

—Solo llovizna. Y todo lo que harán será trasladarse de un lado a otro con baldes de carnada. Algo diseñado para desparramar. Ya sabes. —Rio de manera poco convincente—. Para hacer reír.

Chris observó a Bobbie presentar a Tiffany con un balde amplio y poco profundo. La noviacuda miró el interior, puso cara de disgusto, y mantuvo el balde alejado de su cuerpo. Anna recibió un balde, bajó la mirada y arrugó la nariz. Un miembro del equipo hundió la mano y sacó una masa olorosa de entrañas de pescado para mostrarle a la cámara.

—¿Los tiburones son opcionales? —preguntó Chris con seriedad—. ¿O los mandaste traer en helicóptero?

—¿Tiburones? ¿En estas aguas? ¡Bah! Corren más peligro de que las acosen las gaviotas. —Ryan se encogió de hombros—. Todo terminará en media hora, y todo lo que tú tienes que hacer es esperar y observar. Para ser honestos, me sorprende un poco que Bobbie te libere tan fácilmente. Estaba seguro de que tendría más ases bajo la manga.

—Tú podrías detener todo esto. Eres coproductor.

—¿Qué puedo decir? —Ryan mostró las palmas—. Bobbie es más dura que yo. Además, las chicas quieren hacerlo. Ya han hecho una decena de vueltas de práctica alrededor del yate. Anna lo hizo genial, por cierto. Tiffany dio vuelta la moto tres veces.

—¿En serio? —Las Kawasakis eran bastante estables—. ¿Cómo lo hizo?

—Con muchas palabras que no podemos reproducir en el programa. — Ryan sonrió—. ¿Entonces? ¿Vienes a hacerte el romántico para las cámaras y a alentar a las chicas?

Chris sabía que Anna había conducido motos de agua en el pasado. Probablemente no había nada de malo en una carrera.

—De acuerdo —aceptó al fin—. Si Anna lo aceptó, iré.

La sonrisa de Ryan se agrandó.

»Pero esto es definitivamente lo último que soportaré. ¿Entendiste? Una demora, truco o cambio más, y tú y Bobbie terminarán a la deriva en un bote salvavidas de goma con agujeros. Y yo *sí* mandaré traer tiburones.

—Mírate lanzando amenazas como un multimillonario. —Ryan levantó la copa de champaña de Chris y la vació—. Lo siguiente que harás será conducir el programa.

—Lo único que haré con el programa es sacarlo de mi propiedad. —Chris sacó unos anteojos de sol del cajón (a pesar de las nubes, la tarde estaba brillante) y bajó a la plataforma ubicada en la popa del barco. El equipo de cámaras ya estaba esperando sobre motos de agua entre el Tordensky y la gabarra, que aparecía y desaparecía al balancearse entre la neblina.

Anna y Tiffany aguardaban en la plataforma junto a dos contenedores para carnada vacíos.

—¡No me subiré a esa moto de agua! —Tiffany golpeó el suelo con un pie—. Está rota. Se da vuelta.

—La moto está perfecta —le dijo la directora del programa—. Ambas fueron revisadas esta mañana. Tu moto se da vuelta porque giras demasiado rápido.

—¡No lo hago! ¡Mientes! ¡La carrera está arreglada! —Tiffany señaló a Anna—. ¡Todo está arreglado para que ella gane!

—Todo está arreglado para que dos personas se enamoren. Nadie puede hacer nada si no te eligen. Y no puedes determinar...

—No importa. —Anna se abrochó el casco rosa—. Podemos intercambiar. —Cambió de lugar con Tiffany. Las mujeres subieron a las motos de agua y colgaron los baldes lodosos en el manubrio.

La plataforma apestaba a pescado podrido.

“Esto es ridículo. —Chris debió haber hablado con Anna en privado—. Debo ponerme firme”. Pero ¿tenía derecho a decirle a ella qué hacer? Chris recordó el salto del helicóptero, cuánto quería detenerlo y cuánto quería ella saltar. Anna había aceptado correr. Tal vez creyó que lo disfrutaría. Aunque Chris se animaría a apostar que nadie le había advertido sobre las entrañas de pescado.

—Anna... —Intentó encontrar su mirada.

—¡Está bien! —Bobbie se adelantó—. Para nuestra última prueba, señoritas, deberán traer carnada desde la gabarra del yate hasta aquí. La primera que llene su contenedor —se detuvo para que la cámara hiciera un plano— ¡será la ganadora de *Novia tropical!*

Chris cerró los puños.

—¡Preparados! —Bobbie levantó un silbato—. ¡Listos! ¡Ya! —Sonó el silbato.

Anna soltó el balde y se inclinó hacia un costado para vaciarlo en el contenedor. Tiffany tomó el suyo y arrojó el pescado podrido sobre Anna.

—¡Oye! —Anna levantó los brazos. Dejó caer el balde al mar.

La moto de agua de Tiffany rugió.

—¡Besa mi delgado trasero de noviacuda! —Se alejó a toda velocidad hacia la gabarra.

Chris comenzó a caminar. Uno de los marineros de cubierta corrió hacia Anna con una toalla. Otro utilizó un gancho para recuperar el balde. Anna escupió y se quitó la baba.

—¿Y bien? —inquirió Bobbie—. ¿Dejarás que Tiffany te trate así?

—¿Lo haré? —Anna devolvió la toalla—. ¿Lo haré? —Su mirada pasó de Bobbie a Ryan a Chris y terminó sobre el muelle—. No, no lo haré. —Arrojó el balde a los pies de Bobbie—. No se lo permitiré a ella ni a ustedes. —Se arrancó el micrófono y lo tiró—. ¡Renuncio!

Al otro extremo, Tiffany recogió un balde lleno de carnada y comenzó a regresar.

—¡Anna! —Chris estiró una mano—. Sube...

—Adiós, Chris —dijo Anna con firmeza—. Dejaré la moto de agua en el Complejo. —Aceleró a toda velocidad hacia Tiffany y giró de golpe frente a la noviacuda. La moto de agua de Tiffany rebotó en la estela de Anna y desparramó carnada. La mujer frenó, bañada en entrañas de pescado, gritando

obscuridades. Anna avanzó como un rayo entre dos botes espectadores y desapareció en la lluvia.

“¡Maldición!”. El temperamento de Chris estalló. Maldición, ¿por qué estaba allí parado? Anna no podía regresar sola. No conocía las corrientes, las rocas, las vías marítimas locales. “¿Y si Tiffany tenía razón y la moto de agua estaba defectuosa?”. Mil cosas podían convertir el viaje en un desastre. El mar abierto no era indulgente.

—Bueno. —Ryan rio—. Creo que terminaste.

Chris giró y le dio un puñetazo al primo. Al menos creyó que lo había golpeado. Ryan estaba sobre la cubierta y se tomaba la mandíbula. Una moto de agua rugió hasta detenerse detrás de él.

—¡Yo gano! —gritó Tiffany—. Ella renunció. Todos lo vieron. ¡Gané!

Chris tomó a Tiffany de los hombros y la arrastró hacia el muelle.

—Felicidades. —Le puso el cheque del premio en la mano—. Ahora vete.

—¿Qué? ¿Qué? —Se quedó mirándolo—. ¿Cómo te atreves...?

—¿Lars? —Chris llamó a sus guardaespaldas—. ¿Lucas?

Lucas apareció en la plataforma.

—¿Sí, jefe? —Lars se asomó por la barandilla de la cubierta superior.

Chris verificó la moto de agua y se subió.

—Saquen a toda esta maldita gente del concurso de mi yate.

Los hermanos sonrieron al mismo tiempo.

—Sí, mi capitán.

Chris aceleró y salió en busca de su esposa.

Capítulo dieciocho

—¡Entrañas de pescado! —Anna no podía creer que su vida había llegado a eso—. ¡Una pelea de entrañas de pescado! —Eso es lo que Bobbie debió haber buscado: una lucha de noviacudas para el final del programa. Anna verificó el GPS y apuntó la Kawasaki hacia St. John. Nunca debió haber aceptado correr la carrera. Se suponía que se encontrarían con Chris en el yate para que él pudiera entregarle el premio a Tiffany, ya que estaba claro que no sería justo que Anna recibiera el dinero. Pero, durante el viaje (nada menos que en el helicóptero privado del Tordensky para cuatro personas), Bobbie había sugerido una última competencia. Y Tiffany, sin saber que ya había ganado, había insistido en hacerlo.

“Podría haberme negado”. Se acercó una borrasca, y Anna entornó los ojos. Redujo la velocidad. Se había quedado tan sorprendida al ver al Tordensky en toda su gloria —camareros con guantes blancos, montañas de caviar, esculturas de hielo para enfriar la champaña—, tan estupefacta al observar a Chris actuar como un regatista multimillonario que se vio subida a la moto de agua antes de haber recuperado la razón. Luego, una vez arriba, había sido demasiado divertido para bajarse.

“¿En qué pensaba Chris?”. Anna no podía ni imaginar cuanto había costado ese traje que llevaba puesto. “Miles”. Muchos miles probablemente. ¡Y anteojos de sol con incrustaciones de platino! ¿Qué sucedió con el hombre al que se había acurrucado la noche anterior? ¿El haberse mudado al yate ya había cambiado a Chris?

La lluvia cesó y dejó una neblina fina y agitada. Anna redujo más la velocidad sintiéndose culpable, sabiendo que no debería haber huido. En realidad no era peligroso. Tenía un tanque de combustible, un GPS con el que podía pedir ayuda, y solo quedaban unos kilómetros para llegar al Paradise Resort. Pero ella esperaba poder seguir la línea costera de St. John. Ahora, envuelta en neblina, el mar parecía dar claustrofobia, como si un contenedor cubierto de escarcha se hubiera dado vuelta y la hubiese dejado atrapada en la superficie del agua.

Algo rondaba debajo de las olas. “Algo grande”. Pero... tal vez no un tiburón. No podía ser un tiburón, según razonó Anna, porque, de lo contrario, se habría detenido para comerla. Apretó el acelerador y se sorprendió cuando nada ocurrió. Anna retrocedió y volvió a intentarlo. La Kawasaki se sacudió y se calmó. ¿Lo estaba imaginando? ¿Confundida por la neblina? Intentó una tercera vez y obtuvo el mismo resultado. El motor funcionaba, pero se sentía ahogado y sin fuerza. En su ciudad natal había visto que eso le ocurría a motos de agua alquiladas cuando quedaban enredadas en algas. Recordó a Tiffany cuando se le daba vuelta la Kawasaki y cómo había conseguido que Anna intercambiara lugares. ¿Había sido una coincidencia? Apostaría cien dólares a que la noviacuda había atascado el motor a propósito.

Se oyó el rugido de un motor fuera de borda. Anna intentó ver con inquietud, por miedo a ser embestida, pero el ruido fue desapareciendo. Volvió a mirar el GPS y se preguntó si era momento de pedir ayuda. St. John estaba cerca. Podía lograrlo, incluso a poca velocidad, pero tomaría tiempo. La gente —“papá”— podría preocuparse. Encima de eso, estaban los famosos arrecifes de coral alrededor de la isla. ¿La marea estaba alta o baja? ¿Podía pasarlos en medio de la neblina? De golpe recordó *Piratas del Caribe*. Su guía turística decía algo sobre traficantes de drogas que pasaban en lanchas motoras. ¿Estarían contrabandeando con ese clima?

Se oyó otro motor. Ese no era fuera de borda. Una moto de agua, quizás, y se acercaba rápido. Anna movió la cabeza de un lado al otro intentando localizar de dónde provenía. Levantó una pierna y la afirmó sobre el asiento en caso de que tuviese que saltar. El motor redujo la marcha.

—¡Anna! —gritó un hombre— ¡Anna! ¡Soy yo!

—¿Chris? —Jamás una voz había sido tan bien recibida— ¡Chris! —La neblina se disipó y lo detectó sobre la moto de agua de Tiffany. Se veía tanto atractivo como ridículo con esa ropa costosa y empapada. Anna rompió en risitas de alivio mezcladas con gritos ahogados por la culpa. Era evidente que había salido apurado en su búsqueda.

Chris mostró una amplia sonrisa y niveló la velocidad de su moto con la de ella.

—¡Gracias al cielo que estás bien!

—No me atrevo a detenerme. —Anna tenía hipo e intentaba tranquilizarse—. Mi motor está atascado o algo. Tampoco puedo ir más rápido.

—Apágalo. —Chris se puso de pie sobre la moto y abrió un compartimento—. La remolcaré.

Anna aguardó mientras Chris aseguraba una cuerda entre ambas motos. Aceptó agradecida su mano y se pasó a la moto de Chris, detrás de él.

»Me asustaste. —Chris tomó las manos de ella y las puso alrededor de su pecho—. No hacía más que imaginar toda clase de desastres.

—Podría haber usado la radio si necesitaba ayuda. —Anna se abrazó más a él—. ¿Cómo me encontraste?

—Las motos de agua del Tordensky pueden ubicarse entre sí. —Chris la soltó y avanzó entre la neblina—. Y con respecto a la ayuda —gritó por encima del hombro—, podrías haber usado la radio si hubieses estado consciente o no muy ocupada ahogándote. Hay muchas maneras de meterse en problemas en aguas abiertas, por eso nunca jamás se sale solo en moto de agua.

—Lo sé. Lo siento. Creo que perdí los estribos.

—No puedo culparte. —Le oprimió un brazo—. Creo que yo los perdí hace dos semanas. La próxima vez, dame una señal y los perderemos juntos.

—Buena idea. —Ahora que estaba con Chris, la llovizna parecía casi acogedora, aunque suponía que él debía sufrir con la ropa empapada. Al menos la neblina estaba desapareciendo. Anna apoyó el costado de su casco sobre la espalda de Chris y observó cómo St. John aparecía y desaparecía, como una presencia acechante de verde continuo. En solo unos minutos estarían en el Paradise Resort. “Y luego todo se terminaría”. Empacaría, recogería a su padre y se irían.

Chris redujo la velocidad de la moto.

—Llegamos.

—¿Ya? —Anna se irguió y miró a su alrededor. Una pequeña playa de arenas blancas estaba al frente, rodeada por completo de selva escarpada—. Eso no es el Paradise.

—Pensé en detenernos en un lugar privado. —Giró la cabeza—. ¿Te parece bien?

—¡Muy bien! —No había muelle. Tendría que hacer encallar las Kawasaki—. ¿Debería ir andando?

—Puedes hacerlo. O puedo llevarte a ti primero.

—Nadaré. Siempre y cuando me prometas que tendrás cuidado. —Se quitó el casco rosa y se lo puso a Chris. Luego se deslizó en las olas tibias. Anna se mecía feliz, tentada de quitarse tanto el traje de buzo, que le picaba, como el traje de baño, pero no lo suficientemente atrevida para hacerlo—. Adelante. —Le sonrió mientras Chris se ajustaba el casco—. Yo observaré.

Chris condujo las Kawasakis atadas en un círculo amplio y luego las llevó hacia la playa con gran habilidad. Anna nadó detrás de él, encantada de llegar a suelo firme. Se dejó caer y apoyó las manos y las zapatillas de agua en la arena cómoda. Ahora que el peligro había pasado, se dio cuenta de lo nerviosa que se había sentido.

»Gracias por haber ido por mí.

—Aguarda. —Chris levantó un dedo y luego sacó el teléfono. Sabiendo que el hombre había pasado la mitad de su vida en el agua, a Anna no le sorprendió ver que estaba sano y seco en un estuche impermeable—. ¿Ryan? La encontré. Estamos bien. —Hizo una pausa y escuchó—. Estamos en la casa club de St. Thomas. ¿Podrías avisarle al padre de Anna que se encuentra bien? —Otra pausa—. No, de ninguna manera. Ninguna entrevista —sostuvo con firmeza—. Te veré mañana.

Mañana. Como en... ¿el día después de esa noche? Anna tragó saliva.

—Hubiera jurado que estábamos en St. John —comentó ella—. ¿Tan perdida estoy? —“Perdida en una isla privada con Chris”. Se estiró involuntariamente.

—Solo tenía cuidado por si había alguien escuchando. Ryan sabe dónde estamos. —Chris apagó el teléfono—. Mantén esa pose seductora.

—¿Seductora? —Anna rio nerviosa. Más bien desaliñada y empanada con arena, aunque valoraba el cumplido.

Chris ingresó un código en los paneles de control de las Kawasakis y desactivó tanto el rastreo del sistema antirrobo como del GPS.

—Solo para que lo sepas —señaló—, podríamos haber apagado el motor de tu moto de agua desde el yate.

Anna se imaginó a la deriva sin motor.

—¿De verdad? —Recordó las sombras oscuras debajo de las olas—. Cielo santo.

—Nunca es buena idea robarle a un multimillonario. A menos que también lo seas. —Guardó el casco en el compartimento—. A menos que tu marido te dé los códigos.

“Marido”. La palabra la estremeció. Chris parecía diferente. Más seguro. Como si Anna le perteneciera. En otro momento, eso hubiese sido molesto. En ese instante, era lo más sensual del mundo. Él se apoyó sobre la moto de agua; la viva imagen de un marino náufrago heroico con su ropa arruinada.

»¿Estás para una caminata corta? ¿O te llevo en brazos?

—¡Llevarme! —La imagen le hizo cosquillas en el estómago—. No seas ridículo...

Chris se acuclilló y levantó a Anna en brazos.

»¡Oh! —Se tomó del cuello de él, electrizada—. ¡Oh, cielos! —Él avanzó una distancia corta entre la vegetación, luego bajó a Anna y la besó. Un loro pasó volando sobre su cabeza. Las flores se derramaban en cantidad desde cada rama. A Anna le temblaban las rodillas. Se aferró a Chris mareada por la felicidad—. ¿Aquí es adonde vamos?

—Un poco más arriba. —Chris la tomó de la mano y comenzó a subir.

A Anna le tomó un momento darse cuenta de que seguían una senda estrecha. Caminó con esfuerzo detrás de Chris —el calor era sofocante dentro de la selva— y se preguntó si se dirigían a otra ruina como el ingenio azucarero. En su lugar, el camino terminaba en un claro cercado, que contenía una cabaña encalada, cerrada firmemente para protegerla de las tormentas.

»Mi abuela vivía aquí —explicó Chris—. La madre de Doris. Estamos en el bosque nacional que cubre la mayor parte de la isla, pero es un lote privado.

—¿Ella falleció?

—Metafóricamente. —Chris sonrió—. Volvió a casarse y se mudó a Miami Beach. Me ha pagado veinte dólares por año desde que era niño para mantener el lugar. —Desapareció por la parte de atrás y regresó con una llave.

Anna siguió a Chris hasta el interior y lo ayudó a abrir las persianas de todas las habitaciones. Para su sorpresa, el lugar tenía buena ventilación, con muchas ventanas y un porche con mosquitero, que daba a la colina. En lugar de camas, las dos habitaciones traseras tenían hamacas enormes colgadas de unas vigas.

—Déjame adivinar —comentó Anna riendo—: Las hamacas fueron idea de Ryan.

—A los catorce años, eran el colmo de lo sensacional. —Chris llevó a Anna hasta la cocina y le mostró una botella polvorienta y medio vacía—. Junto con el ron.

Anna admiró la cocina, que tenía una cocina de propano, una antigua heladera de un metro vacía y una canilla de agua fría. Chris abrió las alacenas e inspeccionó unas pocas latas dispersas.

»Parece que tenemos carne encurtida, duraznos y café instantáneo para la cena —anunció—. O puedo caminar hasta la casa de los vecinos y pedir comida.

—No te vayas. —¿Estaba sugiriendo Chris que pasaran la noche juntos? Anna deseaba que sí—. Durazno y guiso está bien. —Él la miró y otra vez la sorprendió lo adorable que era. No solo atractivo, aunque también estaba eso. El hombre prácticamente brillaba de bondad interior.

Una ráfaga de lluvia agitó las persianas. Se hizo silencio en la cocina.

»No te vayas —repitió Anna. Estiró el traje de buzo sintiéndose completamente sucia—. ¿Puedo lavarme?

—No hay agua caliente. Pero puedes bañarte con agua tibia.

Eso sonaba de maravillas.

—¿Tú primero? Te debes sentir terrible con esa ropa mojada.

Los ojos azules de Chris se ensombrecieron.

—Nunca me sentí menos terrible en mi vida. —Dio un paso hacia ella y luego dudó—. Adelante. Herviré agua para hacer café. ¿Quieres que mire la bañera por si hay arañas?

Anna podía manejar las pequeñas por su cuenta.

—Te avisaré.

No había arañas, aunque una iguana de sesenta centímetros se aferraba perezosamente al mosquitero de la ventana. Anna se quitó el traje de buzo, que le llegaba a los muslos, lo que dejó caer unos dos kilos de arena y se metió bajo el agua fresca. Una chispa se encendió en ella al recordar la expresión intensa de Chris. Cerró los ojos y recordó la tierna sensación de que la llevara en brazos. Esos brazos fuertes que la levantaron. Su cuello... ¿Cuánto había visto del cuerpo de Chris, por cierto? “No lo suficiente”. Su pecho, el día en que se cambió la remera frente a ella. Sus manos tibias y firmes... Anna estiró el brazo y giró la canilla del agua fría, pero el agua no cambió.

Una puerta chirrió fuerte. La cortina se hizo a un lado y de golpe ella vio todo lo que ansiaba ver de Chris. Él la atrajo hacia sí y la besó con avidez. Las manos de Anna encontraron los hombros de él y luego la espalda; recorrió la línea de la espina dorsal. Él gimió, la oprimió más, le sujetó la cabeza.

—Anna. —Chris se calmó un poco—. Prometí poner tus intereses por encima de los míos. Te amo. Quiero que seas mi esposa de verdad, pero no será fácil. Tal vez para ti sea mejor huir.

El corazón de Anna palpitaba con fuerza. Quería a Chris, lo necesitaba con desesperación, pero eso no era solo lujuria.

—Yo también te amo. —Le acarició la barbilla—. Prometí confiar en ti. No importa lo que suceda, lo enfrentaremos juntos.

Chris la levantó. Ella rodeó la cintura de él con sus piernas riendo, llorando, queriendo a ese hombre con toda su alma. Compartieron una mezcla de jabón, besos, caricias asfixiantes y toallas esponjosas. Luego, Anna estaba flotando sobre una hamaca suave junto al hombre que amaba. Sus manos la provocaban, lo que la hacía gemir. Tibios besos revoloteaban sus pechos. Recibió con agrado el peso de su marido sobre ella y se sintió completamente querida, absolutamente amada.

Un golpe de calor la invadió.

—Oh, cielos. —Nunca había tenido relaciones con un hombre sin protección—. Oh, cielos, ¿qué hay si viene un bebé? —Ella pensó que él le diría que no se preocupara, que no ocurriría, que terminaría allí. En su lugar, Chris rompió a reír. Le acarició la mejilla.

—¿Se te acaba de ocurrir?

—¡Me distraje!

Chris se mecía lentamente, lo que la distraía aún más. Revoleó los ojos de placer. Chris le besó la oreja.

—¿Cómo se llama tu padre?

—¿Papá? Es... emmm... Williams, como yo. —No, momento. Anna estaba casada—. Como solía ser yo. —Se concentró—. Ah, te refieres a su nombre de pila. Es George.

—George Andersen. —Chris le besó la nariz, el cuello, el hombro.

El corazón de Anna se encendió de amor.

»George o Georgina —agregó Chris—. Sacaremos el premio mayor de cualquier manera.

Capítulo diecinueve

Chris se levantaba religiosamente al amanecer todos los días y caminaba por el Complejo. Era un hábito que había comenzado durante la infancia: una hora de paz en lo que de otro modo era una vida pública y llena de gente. Por lo tanto, cuando despertó por el aroma a café, se sorprendió al darse cuenta de que eran más de las nueve. Claro que había estado despierto casi toda la noche. Chris sonrió y se desperezó complacientemente. Se sentía famélico y satisfecho al mismo tiempo. Doce horas de amor soñoliento era lo mejor que la vida le podía deparar. “Doce horas con Anna”. Si su esposa no se hubiera levantado de la hamaca, habría hecho que fueran trece.

“Mi esposa. —La sonrisa de Chris se agrandó tanto que le hizo doler la cara—. Anna”. No cabía duda: era el hombre más afortunado del planeta. Era difícil de creer que había pasado las últimas tres semanas preocupándose por el concurso. Los últimos dos años obsesionado con el Complejo. Los últimos veintiséis meses estresado por su herencia. Si hubiera sabido lo maravilloso que era el matrimonio, se habría fugado con Anna diez años atrás. Chris hizo unas cuentas rápidas y determinó que eso lo hubiese llevado a la cárcel. En todo caso, estaba feliz de que estuviesen casados ahora. Podrían enfrentar cualquier cosa, resolver cualquier problema, juntos.

Lo que planteaba una pregunta: ¿dónde estaba Anna? Chris recordaba ligeramente el sonido de la ducha, y había un aroma delicioso a desayuno por toda la casa. Pero cuestiones menores como la comida y la higiene eran pésimas razones para abandonar al marido. Chris quería a Anna donde pudiera verla, abrazarla, mirarla a los ojos. Luego, después de una cantidad importante de abrazos y miradas... más una escapada para cazar un búfalo y colocarlo a los pies de ella... doce horas más haciendo el amor era definitivamente una exigencia.

Chris se deslizó fuera de la hamaca y decidió que habría que cambiar de orden la cacería del búfalo y las doce horas de amor. Encontró un par de vaqueros manchados de pintura, se echó agua a la cara en el baño y ladeó la cabeza para escuchar: su esposa se estaba riendo con otro hombre.

“Maldición. —Chris se dirigió descalzo a la cocina llena de luz—. Ryan”. Compartía una caja de pan de maíz con Anna. Chris cerró el puño y notó con satisfacción el moretón en la mandíbula de Ryan.

—¿Qué demonios haces aquí? —Anna levantó la vista, sobresaltada. Chris se mordió la lengua—. Quiero decir, ¿qué *cuernos* haces aquí? —Su esposa se veía totalmente encantadora en su traje de baño negro, cubierto por una de las remeras de Chris. Ella observó su pecho desnudo, los pantalones manchados y el pelo despeinado, y desplegó una sonrisa de amor tan puro que Chris quería arrojarse al suelo y sacudir manos y pies como si fueran patas.

—¡Buenos días, dormilón! —Anna se levantó de un salto y lo abrazó—. Ryan trajo el desayuno. Aún está caliente.

Chris la besó. Dos veces. Y luego, sin poder resistirse al aroma, se sentó y tomó un poco de pan de maíz.

—Gracias. —Mordió el pan recién frito—. Ahora vete. —Chris sentó a Anna sobre su falda, cortó un poco de pan y se lo dio. Ella comió contenta y le rodeó el cuello con los brazos. Así era mucho mejor. Volvieron a besarse. Por un rato largo.

—Por todos los santos —refunfuñó Ryan—. ¿Por qué no consiguen una habitación?

—Lo hicimos. Toda una casa llena de habitaciones. Para poder estar solos.

—Emm... Cierto. Respecto de eso... —Ryan se aclaró la garganta—.

Tenemos que hablar.

Chris suspiró. Era evidente que su primo no se iría. Se sirvió café, llenó la taza de Anna y se sentó en otra silla.

—Está bien.

Ryan tragó saliva.

—Bueno... emmm... —Desvió la vista hacia la esposa de Chris.

Anna se veía confundida.

—¿Necesitan hablar en privado?

—No, no es así. —Chris le tomó la mano—. ¿De qué se trata?

Ryan clavó la mirada en la mesa.

—En primer lugar, juro que no sabía nada.

—¿Saber qué?

—Sobre este lugar. Es decir, sobre que Bobbie sabía sobre este lugar. No se lo conté. Los rastreó por su cuenta.

Bobbie había mencionado que había investigado los bienes de la familia.

—¿Está aquí? ¿Ahora?

—Está aquí, pero ese no es el gran problema. Colocó un camarógrafo afuera. —Ryan no levantó la vista—. Anoche.

—Parece que se mojó. —Había llovido a intervalos—. ¿Adónde quieres llegar?

La taza de Anna se sacudió.

—¡Dejamos las persianas abiertas!

—¿Y qué? —Chris no veía... y, de repente, comprendió. Un camarógrafo. Filmaba por las ventanas. La noche anterior—. ¡Malditos bastardos! —Tiró la silla al ponerse de pie—. ¡Ustedes, desgraciados, me grabaron con mi mujer! —Chris nunca había derribado una mesa. Ni la había utilizado como un garrote. Tomó el borde de madera sólida.

—¡No lo hagas! —chilló Anna de inmediato—. ¡Aún podrían estar grabando!

—No. Ella lo prometió. —Ryan se deslizó de la silla y puso distancia entre él y Chris—. Es decir, estoy casi seguro de que la cámara está apagada.

Chris consideró por un instante asesinar a Ryan, luego cambió de opinión y se paró junto a su esposa.

—Oh, cielos. —Anna respiraba con dificultad—. ¡Oh cielos, va a publicar nuestra noche de bodas en Internet!

—No lo hará. —Chris le oprimió la mano—. No se atrevería. —La golpearía con una demanda tan grande que Bobbie desearía haber robado un banco y que la hubiesen enviado a la cárcel.

—Créeme, se atreve —afirmó Ryan con seriedad—. No solo eso; ha editado el video con... —dirigió la mirada hacia Anna— un metraje más sensual. Escenas donde no se ven rostros. De DVD que pudo haber... emmm... encontrado durante nuestra luna de miel. En el yate.

¿Bobbie había editado su noche de bodas con pornografía danesa? Chris cerró los puños.

»Mira —comenzó a decir Ryan—, todo es mi culpa. Puedes golpearme más tarde. Pero ahora...

En ese momento, Anna se veía como si alguien la estuviera golpeando. A Chris le importaba un comino si su trasero aparecía por todo Internet. Pero nadie, *nadie*, humillaría a su esposa.

—De acuerdo. Lo haremos. —Respiró profundo y se obligó a calmarse—. Haremos la boda en el programa. Eso es lo que quiere, ¿no? —Miró a Anna—. ¿Te parece bien?

—Supongo que sí. —Se estremeció—. ¿Eso detendrá a Bobbie? ¿No publicará el video?

—Será mejor que sí —respondió Chris con seriedad.

—Así será —prometió Ryan—. Quiere un final romántico. Publicar un montón de pornografía arruinaría... —Tosió—. Emm.. Como sea. Tienen una semana para planear...

—Mañana —lo interrumpió Chris—. Mañana a la tarde. O nunca. —Echó a su primo una mirada furiosa—. Sin amenazas, ni tratos ni demoras. Bobbie me da el video esta tarde. O ambos se enfrentarán al tío Henrik.

Ryan hizo una mueca.

—Dame un momento. —Salió con cuidado por la puerta de la cocina.

Chris levantó la silla y se sentó junto a Anna.

—¿Estás bien? —Las pupilas de ella tenían el doble del tamaño normal.

—Casi. —Se mordió el labio—. Es decir... Debió haber estado mirando. El camarógrafo. Y luego Bobbie tuvo que haber visto el video para editarlo.

—Es solo una amenaza. Probablemente no editó nada —mintió Chris y agregó—: Además, las habitaciones traseras son oscuras por la tarde. —Había estado muy distraído para encender una lámpara, gracias al cielo—. Dudo de que hayan conseguido algo más que sombras aburridas.

—Tal vez tengas razón. —Anna se relajó apenas e intentó sonreír—. Aunque no recuerdo haberme aburrido.

—Yo tampoco. —“Maldición”. Tendrían que quedarse a aburrirse hasta la mañana siguiente—. Ven aquí.

Ella se acomodó en su falda y lo rodeó con los brazos.

—Pobre Ryan.

—¿Ryan? —Chris le besó el pelo—. ¿Por qué él?

—Creyó haber encontrado lo que tenemos nosotros. Me refiero con Bobbie. —Anna levantó la vista—. Y no fue así. Eso es triste.

Chris no quería sentir lástima por Ryan.

»Podemos superar esto, ¿verdad? ¿No contaminará nuestro matrimonio?

—Claro que no. —Chris le rozó la mejilla en busca de palabras. “Te amo”. ¿Se lo había dicho la noche anterior?—. Anna, te...

La puerta principal se abrió de golpe. Anna saltó como un ciervo. Bobbie avanzó por el umbral a la cabeza de su equipo, con una pila de ropa.

—¡De acuerdo, tortolitos! —Le lanzó una cajita transparente a Chris. Adentro estaba el anillo de compromiso que no le había dado a Tiffany—.

Tenemos un trato. Tú obtienes el video, y yo consigo tu promesa de casarte con Anna en *Novia tropical*.

Chris y Anna intercambiaron miradas.

»Así que vayan a lavarse, vístanse y denme una propuesta sensacional, directa del corazón. —Bobbie empujó a Anna hacia el equipo de producción—. ¡Tenemos una gran final que organizar!

Capítulo veinte

Según Doris, la novia promedio pasaba diez meses planeando su boda en el Paradise Resort. Anna se acurrucó con cuidado en la capa impermeable que protegía su costoso vestido de novia y reflexionó sobre el hecho de que ella había logrado tener dos bodas en menos de tres semanas.

La lluvia golpeaba sobre los techos de carpas blancas dispersas por el ingenio azucarero abandonado. Claro que Anna no había planeado ninguna de las dos ceremonias por su cuenta. La tarde en el yate de Chris había estado a cargo de la capitana Greta. Mientras que el circo que se estaba llevando a cabo en ese momento... Anna suspiró, con cuidado de no mirar hacia el camarógrafo que la rondaba. Al menos había elegido un buen vestido. Inmediatamente después de la propuesta de Chris del día anterior, Bobbie había enviado a Anna y a Lani a una tienda de novias exclusiva en St. Thomas.

Anna se abrió la capa y admiró los cristales Swarovski que relucían en su vestido con escote corazón antes de volver a taparse para protegerse de la llovizna irregular. Al otro lado del césped, precisamente en el lugar donde Tiffany había arrojado el cuaderno de dibujo de Anna por el acantilado, se había montado un altar blanco adornado con flores artificiales. Más allá del despeñadero, el yate de Chris se balanceaba sobre un mar veteado.

Chris no estaba allí. No había hablado con Anna desde aquella horrible propuesta de matrimonio frente a las cámaras. Sin embargo, había enviado un mensaje de texto, tarde por la noche, para avisarle que Bobbie había entregado el video del chantaje. Anna se abrazó a la capa con la sensación de sentirse violada y se preguntó si alguna vez volvería a sentirse a salvo, si alguna vez Chris se sentiría a salvo con ella. ¿El plan de chantaje de Bobbie habría cambiado la concepción de matrimonio en Chris? Porque si él aún la quería, ¿por qué no había llegado?

Dentro de la carpa abierta para el banquete, Bobbie caminaba de un lado al otro dando órdenes al personal del Complejo. El padre de Anna dejó la mesa donde Lani y Kim estaban colocando una torta de bodas con forma de

delfín y corrió bajo la lluvia hasta la carpa que funcionaba como vestuario de Anna.

—¿Cómo estás, cariño? —Se sacudió algunas gotas de lluvia del pelo.

—Bien. —Anna abrazó al padre—. Aunque creo que el programa podría estar en problemas. —Se esforzó por parecer alegre—. Al parecer nos falta un novio.

—Vendrá. —El padre de Anna le palmeó la mano—. Es un buen hombre.

—Lo sé. —De verdad lo sabía. Aun si... Anna tragó saliva. Aun si Chris no quería seguir casado, no la abandonaría de esa manera. Se aferró a la mano de su padre y observó el yate. ¿Podría haber sucedido algo? Si hubiese habido un accidente, seguro se habrían enterado.

Bobbie se acercó, seguida de cerca por Lani.

—Será mejor que ese multimillonario tuyo aparezca —gruñó Bobbie—. Habré sacrificado mi video especial, pero exprimiré tu humillación por cada gota de drama que valga.

—Alguien viene. —Lani señaló el agua, donde una manchita minúscula revoloteaba encima del Tordensky: el pequeño helicóptero rojo que pertenecía al yate. La manchita se hizo más grande, y el zumbido llegó a sus oídos.

—Tiene que ser Chris —sugirió el padre de Anna con seguridad.

—Claro. Vamos a su encuentro. —Bobbie comenzó a reunir a su equipo de producción—. ¡Vamos! Quiero a todos allí para la gran llegada. —Le frunció el ceño a Anna—. Y no te atrevas a ensuciar el vestido ni con una minúscula partícula de lodo. —Arrastró al equipo hacia una zona abierta en el campo.

Anna intercambió miradas con Lani y luego miró más allá, hacia los invitados de la boda.

—Adelante —la animó Lani—. Me quedaré para ayudar a Lars y a Lucas a mantener alejados a los invitados. —Le guiñó un ojo—. Quién sabe. Tú y Chris podrían tener la posibilidad de secuestrar el helicóptero y fugarse.

¿No sería un final sorpresivo? Y completamente justificado, según pensó Anna, dado los trucos sucios que Bobbie había utilizado.

—Gracias. —Recogió la falda bajo la capa impermeable, se puso botas y comenzó a caminar con cuidado por el césped mojado junto a su padre.

El helicóptero rojo dio vueltas sobre el campo y comenzó a descender. Al hacerlo, esparcía gotas de lluvia como si fueran proyectiles desde las paletas. Antes de que tocara el suelo, la puerta se abrió y Ryan Andersen dio un salto más allá de los patines del helicóptero.

“Ryan. —Anna se colocó en puntas de pie para intentar ver la cabina de pasajeros—. Solo”.

—No vendrá —gritó Ryan—. Chris. Está camino a la Riviera italiana con Tiffany.

El corazón de Anna dio un vuelco.

—¡Desgraciado! —Bobbie corrió hacia el helicóptero y miró el interior—. ¡No puedo creer que esa serpiente me traicionara!

—Tengo el canal de seguridad del yate conectado a mi teléfono como prueba. —Ryan lo mantuvo en alto y se encogió de hombros con expresión de disculpa hacia Anna—. Dijo que su vida estaba muy enmarañada ahora para estar casado, y Tiffany estuvo dispuesta a conformarse con un collar de diamantes. Está allí modelándolo en su bikini roja, blanca y azul.

Todas las miradas se posaron en el yate de Chris. Definitivamente el Tordensky se veía más pequeño.

»Esa es toda la historia. —Ryan giró hacia el helicóptero—. Me iré con ellos, y este helicóptero tiene poco combustible, por lo que tenemos que despegar mientras el yate esté cerca. —Estiró los brazos y comenzó a subir—. ¡Un gusto haberte conocido, Bobbie! El tío Henrik puede enviar tus quejas y comentarios a mi abogado de divorcios...

—¡Carl Ryan Rasmus Andersen! —Bobbie hundió sus garras en el hombro de él—. ¡Detente justo ahí! —Le dio un tirón fuerte, lo que le hizo dar una voltereta hacia atrás, que terminó con su rostro en el barro—. ¡Yo comandaré este helicóptero! Tenemos que tener a ese hombre frente a las cámaras para terminar el programa. ¡Ustedes dos! —Bobbie señaló un técnico de sonido y un camarógrafo—. ¡Y tú, Chandra! ¡Suban!

—Yo no. —La directora retrocedió—. No iré. Renuncio.

—Cuatro es el límite —exclamó el piloto—. Y tenemos que irnos ahora.

—Está bien. Llevaremos la otra cámara. —Bobbie apuró al equipo de producción—. ¡Vamos, vamos, vamos!

El motor rugió. El helicóptero se elevó y salió volando de costado, como una avispa enojada en persecución del yate. En pocos segundos se convirtió en un punto rojo.

Anna se quitó la capucha de la capa impermeable sin prestar atención a la llovizna. Tragó la desilusión. Oprimió el brazo del padre.

—Supongo que eso es todo. —No podía culpar a Chris por haberse escapado. Estaba (casi) contenta de que hubiese engañado a Bobbie para evitar una gran boda por Internet. Pero era difícil de creer que el hombre con

quien se había casado había huido y la había abandonado sin despedirse—. *Novia tropical* terminó oficialmente.

Ryan se puso de pie y se quitó el lodo de los ojos.

—No necesariamente.

Anna se quitó el velo y se lo ofreció.

»Es posible que Bobbie siga filmando durante el transcurso del viaje. — Se refregó la cara, lo que arruinó la delicada tela—. De hecho, casi que se lo prometí a Tiffany.

—¿En verdad Tiffany se va a la Riviera? —A Anna le dolía el estómago.

—Todos van. Todos los que están en el yate. La capitana Greta tiene órdenes estrictas de no detener el Tordensky ni permitir que los pasajeros utilicen la radio para nada, excepto emergencias de vida o muerte.

Al menos el video del chantaje había sido destruido. Al menos el programa no tendría la gran boda.

Ryan se dirigió al padre de Anna:

»¿Le invito una bebida?

—Desde luego. ¿Cariño? ¿Vienes a comer un poco de pastel de delfín?

Anna observó a los invitados de la boda, quienes permanecían adentro de la carpa del banquete, custodiados por Lars, Lucas y Lani. Tendría que enfrentarlos a todos tarde o temprano. En aquel momento, tarde parecía una buena idea.

—En unos minutos. —Le dio un beso al padre—. ¿Podrían ustedes dar comienzo a todo? ¿Abrir el bar? Después de todo, ya está pago.

—Es cierto —afirmó Ryan con alegría—. En ese caso —entrelazó el brazo con el del padre de Anna—, ¡le invitaré dos bebidas! Oh, aguarden. —Se detuvo y le alcanzó un par de binoculares a Anna—. Chris no podía llamar. Le preocupaba demasiado que lo escucharan. Pero, si observas desde la pared de piedra detrás del altar, prometió que saludaría.

“¿Saludar? —Anna frunció el ceño. Esa era la cosa más estúpida que había oído. ¿Qué tal un mensaje de texto? ¿Qué tal una nota a la antigua?—. ¿Qué tal aparecer para despedirse con un beso?”. Arrastró los pies irritada hacia la pared. ¿De verdad Chris la iba a saludar mientras navegaba hacia la Riviera con otra mujer? Ella sacudió la cabeza. Por supuesto que no. Tenía que ser alguna clase de truco.

Anna apresuró el paso. ¿Se estaría ocultando en algún lugar? Pero todo lo que la recibió cuando llegó al altar era la franja estrecha de césped entre la pared y el acantilado. Las nubes cambiaron, lo que convirtió al océano en cien

sombras de azul. Abajo, a lo lejos, las olas golpeaban como un corazón desilusionado contra las rocas.

Anna se quitó la capa y la acomodó sobre la pared. Se trepó y agradeció el haberse negado a llevar corsé. Apuntó los binoculares de Ryan hacia el yate distante. Si Chris estaba saludando, estaba demasiado lejos para verlo.

¿Y ahora? ¿A olvidarse del hombre con el que se había casado? ¿Perseguirlo? ¿Esperar? Las nubes se dividieron, lo que creó varios rayos de luz brillante. Luego el sol salió e iluminó las gotas de lluvia, como si fueran cristales de boda, sobre el césped. Anna apoyó la tiara sobre la pared y se sacudió el pelo. Claro que esperaría a Chris. En unos minutos, regresaría a la fiesta, comería pastel, apretaría los dientes y sonreiría a los periodistas a los que Bobbie había invitado al evento. Antes de que el día acabara, seguramente su marido llamaría.

Una cámara se disparó frente a ella. ¡Ya había periodistas! Anna bajó la mirada y olvidó su resolución de sonreír.

—¿Por qué ustedes, chacales...?

Chris estaba medio colgado del acantilado, cubierto de lodo.

—Lo siento. —Levantó el teléfono con una mano y sacó otra fotografía de ella—. Tenía que preservar esa expresión.

—¡Oh! —Anna tembló ante la posible caída—. ¡Oh, Chris! ¿Qué estás haciendo?

—Alpinismo. —Sonrió—. Solía ser bueno. —Se le resbaló el teléfono—. Lamentablemente, estoy un poco oxidado. —Suspiró con tristeza y desapareció de la vista.

—¡Chris! —Anna se arrojó sobre el estómago y comenzó a reptar hacia adelante en su rescate—. Chris, sostente...

Chris volvió a aparecer, parpadeó sorprendido y se rio a carcajadas.

—Es para un dibujo que estoy planeando. —Se arrastró por el borde—. Es una excelente foto, ¿verdad? —Movié el teléfono de un lado a otro—. ¿El modo en que te atrapé observando con romanticismo el mar?

—¡Idiota! —Anna se esforzó por ponerse de rodillas con el vestido y luego lo derribó—. Tú, horrible... —Sus labios encontraron los de él y olvidó lo que estaba diciendo.

“Esto. —Anna se aferró a su marido—. Por siempre esto”. En el mar, en el Complejo, sobre el césped mojado con un costoso vestido de novia arruinado. Adondequiera que Chris fuese, allí estaría ella.

—Detente. Aguarda —dijo él con la voz entrecortada. Sus ojos azules brillaban de amor—. Interrumpiste mi discurso.

—¿Qué discurso, lunático?

—Sobre tu fotografía. —Chris se sentó y abrió la mochila—. Sobre que necesitaríamos un retrato tuyo para acompañar este. —Colocó un cuaderno lleno de barro en sus manos.

Anna lo observó perpleja.

—¡Mi cuaderno de dibujo! —Abrió la tapa y miró las páginas con cuidado. Todo estaba allí. La habitación de hospital de Diane. Las flores y los animales del recorrido en autobús el día de su llegada. Los botes a lo largo de la costanera de St. Thomas. Anna contuvo la respiración y dio vuelta la hoja hasta el retrato de Chris. Era excesivamente idealista, estaba un poco borroso y no era ni remotamente tan maravilloso como el hombre de carne y hueso—. ¿Cómo demonios lo encontraste?

—Con gran dificultad. —Chris volvió a sonreír—. Lamento no haber llamado. Estuve escalando este bendito acantilado de arriba abajo desde el amanecer. Y la recepción del celular es terrible.

—Creí que te habías ido con Tiffany en el yate. Ryan nos mostró la transmisión en vivo del canal de seguridad.

—No hay señal en vivo. Lo grabamos ayer con el teléfono de Ryan. Tiffany resultó ser bastante servicial después de haberle prometido un collar de diamantes y el uso completo del Tordensky. Pensé que podríamos ofrecerle un empleo de relaciones públicas...

—Suficiente. —Anna besó a Chris para callarlo. Luego lo besó de nuevo por pura alegría—. ¿Y ahora? ¿Volvemos a la fiesta? —Observó la pared con tristeza—. Alguien no tardará en encontrarnos aquí.

—Podemos unirnos a la fiesta, claro. Si quieres. —Chris señaló el lugar desde donde había aparecido por el acantilado—. O podemos escabullirnos por las escaleras.

—¡Escaleras! —Anna se asomó gateando. En efecto, había unos antiguos escalones de piedra, hechos en la misma roca. Superficiales, apenas una escalera resbaladiza, pero posiblemente utilizable...

—Tengo la moto de agua esperándonos en la playa —explicó Chris—. El tío Henrik nos presta su avión privado, y Ryan prometió cuidar de tu padre. Llamarán esta noche cuando termine la fiesta. —Rio—. Entonces, señora Andersen, ¿qué será? ¿Puerto Rico? ¿Bali? ¿España? ¿Una cómoda granja de

ovejas (de cuya mitad ahora eres dueña) en Dinamarca? ¿Adónde te gustaría ir de luna de miel?

—¡A la granja de ovejas! ¡Definitivamente! —Anna esperaba que hubiese una chimenea ardiente y toneladas de nieve—. Excepto que... —Observó más allá del borde e hizo una mueca—. Con este atuendo... —Tendría que quitarse el vestido de novia y bajar en ropa interior.

—Te ayudaré. —Chris descendió hasta los escalones—. Bajaremos como un equipo. —Le ofreció la mano a Anna.

Ella la tomó sabiendo que estaría bien. Sabiendo que ella y Chris se mantendrían a salvo el uno al otro.

Juntos podían hacer cualquier cosa.

Epílogo: un año más tarde

Anna Andersen abrió un cuaderno de dibujo sobre su cama de hospital y miró por la ventana mientras atardecía.

—Está nevando —le comentó a Diane—. Otra vez.

—Es febrero. Es Milwaukee. —Diane volvió a llenar un plato con galletas de delfín de la panadería de la avenida Downer—. Vivo diciéndotelo: es ley.

—Sigue sin haber una ley sobre la nieve. —Anna ajustó una manta amarilla de bebé sobre un puño diminuto y observó maravillada a su hijo. George Christopher había nacido con el pelo oscuro de su madre, los ojos azules de su padre y con el rechazo de su abuelo a preocuparse demasiado—. No llenar a las mamás primerizas de galletas —continuó—: tal vez haya una ley sobre eso.

—¿Cuántas te comiste hoy?

—¿Hoy? —Anna bostezó. Entre su padre, Chris y Doris (quien se tomó tiempo libre en el Complejo), el tío Henrik, y Lars y Lucas, y la capitana Greta (quien afirmaba que siempre había querido ver el lago Michigan congelado), sin mencionar un par de docenas de enfermeras hambrientas...—. En realidad, creo que no llegué a comer ninguna. —Anna eligió una galleta de color azul brillante con la convicción de que se la merecía. Hizo nadar al delfín por encima de la manta de su bebé, lo acercó suavemente a la nariz de él, y mordió la cabeza para una muerte piadosa.

Diane atrapó y asesinó a un delfín por su cuenta.

—Mmm... —Anna suspiró feliz. Habría sido más fácil tener a su bebé en las Islas Vírgenes de Estados Unidos pero, después de tantos meses de sol tropical, extrañaba su antiguo hogar. Además, el padre de Anna estaba preparando la panadería para entregársela a Diane y se había rehusado terminantemente a dejar Milwaukee sin antes haber limpiado y pintado cada rincón y haber probado todas las recetas dos veces con la nueva dueña.

Anna sonrió ante la idea de que ahora podía entregar panaderías a la gente con la misma facilidad con la que antes entregaba *cupcakes*. No era mucho teniendo en cuenta la felicidad que su amiga les había dado. Pero Diane

adoraba hornear, y era bueno saber que las galletas de delfín (casi tan deliciosas como las originales) aun deleitarían a los niños de la avenida Downer.

“Niños”. Anna dibujó curvas suaves en el papel para retratar la dulce cabeza de su bebé. Qué milagro maravilloso eran los niños. Y qué suerte tenía ese de tener tanta gente que lo amara. Durante los últimos dos días, prácticamente había tenido que hacer fila para sostener a su propio hijo.

La puerta se abrió, y entró Chris con un oso de peluche casi tan grande como él.

—¿Hay alguien despierto?

—Yo sí. —Anna recibió un beso cálido de su esposo—. G. C. está fuera de combate. —Sacudió la cabeza ante el oso enorme—. ¿Qué demonios es eso?

—Un regalo para el bebé de parte de Ryan. —Chris guardó el oso en un rincón, detrás de la silla para visitas—. Me pidió que te mandara saludos. Está hasta el cuello en negociaciones secretas y no puede venir en persona.

—¿Qué negocio esta vez? —Anna rio—. ¿Cebos de pesca digitales? ¿La Casa Internacional del Pan de Maíz? ¿O su padre finalmente lo chantajeó para que tomara clases de apoyo para asistir a la facultad de Derecho?

—No lo sé. —Chris levantó a su hijo con cuidado—. Ni me interesa. —Se irguió y se quedó con la mirada perdida, completamente absorto.

Diane tomó su bolso.

—Veo que las cosas están por ponerse sentimentales. —Se despidió de Anna con un abrazo—. ¿Mañana te irás a casa?

—Tal vez. —Anna sonrió—. Me aconsejaron que no me apresurara. —Eso era lo bueno de las habitaciones de maternidad privadas. No apuraban a las pacientes para que se fueran. Anna se sentía totalmente lista para instalarse en el cómodo departamento junto al lago, que habían comprado para sus viajes a Milwaukee, pero no del todo preparada para enfrentar a la multitud de familiares que exigirían tiempo con su hijo. Saludó a Diane con la mano cuando esta llegó a la puerta y luego observó con satisfacción su cuarto lleno de tarjetas, flores y hasta un traje de baño turquesa que había llegado junto con un buqué de globos de parte de Lani y de Kim. En un lugar de honor sobre la cómoda estaba el primer retrato de Chris hecho por Anna, puesto en un marco de madera hecho por él como regalo.

—Ven aquí. —Anna se corrió para hacerle lugar a su familia. Chris se quitó los zapatos y con cuidado se unió a su esposa en la cama. Los ojos del

bebé se abrieron. Observó solemne el rostro del padre.

—Te traje algo. —Chris sacó una cajita del bolsillo. Tenía un pequeño relicario de platino, grabado con la fecha de nacimiento del niño, adornado con seis zafiros azul brillante, que hacían juego con las piedras grandes de la alianza—. Un zafiro por cada hijo —bromeó Chris.

Anna rio.

—Tal vez uno por cada ojo.

Él abrió el relicario y le mostró las hebras de pelo fino de bebé.

»¡Oh, Chris! —Anna revisó la cabeza de su hijo y encontró un pequeño punto pelado—. ¡No lo hiciste!

—La enfermera me prometió que volvería a crecer.

—Claro que sí. Pero, ¡oh!, pensar en las tijeras afiladas cerca de su...

George Christopher lanzó un chillido de hambre.

Anna acomodó al bebé sobre una almohada mientras Chris le abrochaba el relicario alrededor del cuello de ella. Anna aún no había dominado el tema de la lactancia. Por fortuna, el bebé tenía el carácter amable de su padre y no se quejaba.

»Yo también tengo un regalo para ti —anunció Anna—. Debajo de la cama.

—¿Un regalo? —Chris parecía sorprendido—. ¿Para mí? —Buscó bajo la cama y encontró una caja del tamaño de un cuaderno—. ¿Una obra de arte?

—Eso o uno de los enormes cebos eléctricos chatos de Ryan.

Era el dibujo que Anna había hecho a partir de la fotografía. La que él le había tomado a ella sentada en la pared, con su vestido de novia, mirando al mar. Ese dibujo era mejor que el que había hecho de él. Un año de clases de dibujo le habían enseñado mucho. Pero el romance, la sensación de posibilidad, eran prácticamente los mismos.

—Guau. —Chris parpadeó rápidamente—. Me encanta. —Se inclinó y besó a Anna—. Y te amo. Eres la mujer más linda, talentosa, amable, sensual...

Su hijo eructó con fuerza y escupió sobre la cama. Se rieron juntos, manejando con torpeza mantas limpias y pañales, y meciendo al bebé para que se durmiera. Por fin Anna arropó a George Christopher en su cuna y regresó a la cama.

—¿Por qué no duermes un poco? —Chris se acercó más y rodeó a Anna con el brazo—. Yo cuidaré del bebé. —Observó a su hijo con tanta ternura que a Anna se le llenaron los ojos de lágrimas. Casi buscó la cámara para

preservar esa expresión y dibujarla más tarde. Pero luego cambió de opinión y se acurrucó junto a él.

Algunas cosas no podían capturarse en un papel. Anna abrazó a su marido con profunda felicidad. Algunas cosas solo podían guardarse en el corazón.

[Únete a mi Grupo de Lectores y consigue un cuento gratuito de la serie Novias del Paraíso.](#)

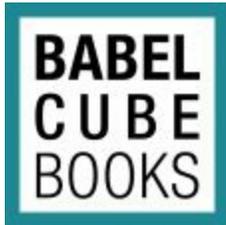
Recibirás noticias sobre nuevos lanzamientos y regalos, pero no te preocupes:
sin spam.

Tus comentarios y recomendaciones son fundamentales

Los comentarios y recomendaciones son cruciales para que cualquier autor pueda alcanzar el éxito. Si has disfrutado de este libro, por favor **deja un comentario**, aunque solo sea una línea o dos, y házselo saber a tus amigos y conocidos. Ayudará a que el autor pueda traerte nuevos libros y permitirá que otros disfruten del libro.

¡Muchas gracias por tu apoyo!

¿Quieres disfrutar de más buenas lecturas?



Tus Libros, Tu Idioma

Babelcube Books ayuda a los lectores a encontrar grandes lecturas, buscando el mejor enlace posible para ponerte en contacto con tu próximo libro.

Nuestra colección proviene de los libros generados en Babelcube, una plataforma que pone en contacto a autores independientes con traductores y que distribuye sus libros en múltiples idiomas a lo largo del mundo. Los libros que podrás descubrir han sido traducidos para que puedas descubrir lecturas increíbles en tu propio idioma.

Estamos orgullosos de traerte los libros del mundo.

Si quieres saber más de nuestros libros, echarle un vistazo a nuestro catálogo y apuntarte a nuestro boletín para mantenerte informado de nuestros últimos lanzamientos, visita nuestra página web:

www.babelcubebooks.com